ARTHUR CONAN DOYLE

Cuentos de misterio

Lectulandia

El autor escocés, Sir Arthur Conan Doyle (Edimburgo, 1859-Sussex, 1930), conocido por su famosa serie de Sherlock Holmes, es también un gran maestro en el difícil género del cuento. En los siete relatos incluidos en la presente selección el autor nos vuelve a demostrar su magistral talento narrativo.

La intriga, lo extraordinario y la aventura se entrelazan con intensidad y concisión para desconcertar y, a la vez, maravillar al lector. Todos estos elementos unidos a la genialidad de Conan Doyle, han convertido estos cuentos en inmortales, y los lectores de hoy, como los de generaciones pasadas, siguen desfrutando con la lectura de unas historias en las que el placer reside en la espera del desenlace más que en el desenlace mismo. En los siete relatos incluidos en la presente selección el autor nos vuelve a demostrar su magistral talento narrativo.

Lectulandia

Arthur Conan Doyle

Cuentos de misterio

ePub r1.0
Titivillus 05.02.2017

Título original: *Tales of Mistery*
Arthur Conan Doyle, 1922
Traducción: Armando Lázaro Ros

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El tren especial desaparecido

La confesión hecha por Herbert de Lernac, que se halla en la actualidad penado con sentencia de muerte en Marsella, ha venido a arrojar luz sobre uno de los crímenes más inexplicables del siglo, sobre un suceso que, según creo, no tiene precedente alguno en los anales del crimen de ningún país. Aunque en los medios oficiales se muestran reacios a tratar del asunto, por lo que los informes entregados a la prensa son muy pocos, existen, no obstante, indicaciones de que la confesión de este archicriminal está corroborada por los hechos, y de que hemos encontrado al fin la solución del más asombroso de los asuntos. Como el suceso ocurrió hace ya ocho años y una crisis política que en aquellos momentos tenía absorta la atención del público vino, hasta cierto punto, a quitarle importancia, convendrá que yo exponga los hechos tal como me ha sido posible conocerlos. Los he compulsado comparando los periódicos de Liverpool de aquella fecha, las actas de la investigación realizada acerca de John Slater, maquinista del tren, y los archivos de la compañía del ferrocarril de Londres y la costa occidental, que han sido puestos cortésmente a mi disposición. Resumiéndolos, son como sigue:

El día 3 de junio de 1890, un caballero que dijo llamarse monsieur Louis Caratal pidió una entrevista con Mr. James Bland, superintendente de la estación central de dicho ferrocarril en Liverpool. Era un hombre de corta estatura, edad mediana y pelo negro, cargado de espaldas hasta el punto de producir la impresión de alguna deformidad del espinazo. Iba acompañado por un amigo, hombre de aspecto físico impresionante, pero cuyas maneras respetuosas y cuyas atenciones constantes daban a entender que dependía del otro. Este amigo o acompañante, cuyo nombre no se dio a conocer, era, sin duda alguna, extranjero, y probablemente español o suramericano, a juzgar por lo moreno de su cara. Se observó en él una particularidad. Llevaba en la mano izquierda una carpeta negra de cuero, de las de los correos, y un escribiente observador, de las oficinas centrales, se fijó en que la llevaba sujeta a la muñeca por medio de una correa. Ninguna importancia se dio en aquel entonces a este hecho, pero los acontecimientos que siguieron demostraron que la tenía. Se hizo pasar a monsieur Caratal hasta el despacho de Mr. Bland, quedando esperándole fuera su acompañante.

El negocio de monsieur Caratal fue solucionado rápidamente. Aquella tarde había llegado de un país de Centroamérica. Ciertos negocios de máxima importancia exigían su presencia en París sin perder ni un solo momento. Se le había ido el expreso de Londres y necesitaba que se le pusiese un tren especial. El dinero no tenía importancia, porque era un problema de tiempo. Si la compañía se prestaba a que lo ganase poniéndole un tren, él aceptaba las condiciones de la misma.

Mr. Bland tocó el timbre, mandó llamar al director de tráfico, Mr. Potter Hood, y dejó arreglado el asunto en cinco minutos. El tren saldría tres cuartos de hora más tarde. Se requería tiempo para asegurarse que la línea estaba libre. Se engancharon

dos coches, con un furgón detrás para un guarda, a una poderosa locomotora conocida con el nombre de Rochdale, que tenía el número 247 en el registro de la compañía. El primer vagón sólo tenía por finalidad el disminuir las molestias producidas por la oscilación. El segundo, como de costumbre, estaba dividido en cuatro departamentos: un departamento de primera, otro de primera para fumadores, uno de segunda y uno de segunda para fumadores. El primer departamento, el delantero, fue reservado a los viajeros. Los otros tres quedaron vacíos. El guarda del tren especial fue James McPherson, que llevaba ya varios años al servicio de la compañía. El fogonero, William Smith, era nuevo en el oficio.

Al salir del despacho del superintendente, monsieur Caratal fue a reunirse con su acompañante, y ambos dieron claras señales de la gran impaciencia que tenían por ponerse en marcha. Pagaron la suma que se les pidió, es decir, cincuenta libras y cinco chelines, la tarifa corriente para los trenes especiales es de cinco chelines por milla. Se dirigieron hasta el vagón, instalándose inmediatamente en el mismo, aunque se les aseguró que transcurriría muy cerca de una hora para cuando la vía estuviese libre. En el despacho del que acababa de salir monsieur Caratal ocurrió mientras tanto una coincidencia extraña.

El que en un rico centro comercial alguien solicite un tren especial no es cosa extraordinaria; pero el que la misma tarde se soliciten dos de esos trenes ya era cosa poco corriente. Eso fue, sin embargo, lo que ocurrió; apenas Mr. Bland hubo despachado el asunto del primer viajero, cuando se presentó en su despacho otro con la misma pretensión. Este segundo viajero se llamaba mister Horace Moore, hombre de aspecto militar y porte caballeresco, que alegó una enfermedad grave y repentina de su esposa que se hallaba en Londres, como razón absolutamente imperiosa para no perder un instante en ponerse de viaje. Eran tan patentes su angustia y su preocupación, que Mr. Bland hizo todo lo posible para complacer sus deseos. No había ni qué pensar en un segundo tren especial, porque ya el comprometido perturbaba hasta cierto punto el servicio corriente local. Sin embargo, quedaba la alternativa de que Mr. Moore cargase con una parte de los gastos del tren de monsieur Caratal e hiciese el viaje en el otro departamento vacío de primera clase, si monsieur Caratal ponía inconvenientes a que lo hiciese en el ocupado por él y por su compañero. No parecía fácil que hiciese objeción alguna a ese arreglo; sin embargo, cuando Mr. Potter Hood le hizo esa sugerencia, se negó en redondo a tomarla ni siquiera en consideración. El tren era suyo, dijo, e insistiría en utilizarlo para uso exclusivo suyo. Cuando mister Horace Moore se enteró de que no podía hacer otra cosa que esperar al tren ordinario que sale de Liverpool a las seis, abandonó la estación muy afligido. El tren en que viajaban el deforme monsieur Caratal y su gigantesco acompañante dio su pitido de salida de la estación de Liverpool a las cuatro y treinta y un minutos exactamente, según el reloj de la estación. La vía estaba en ese momento libre y el tren no había de detenerse hasta Manchester.

Los trenes del ferrocarril de Londres y la costa occidental ruedan por líneas

pertenecientes a otra compañía hasta la ciudad de Manchester, a la que el tren especial habría debido llegar antes de las seis. A las seis y cuarto se produjo entre los funcionarios de Liverpool una gran sorpresa, que llegó incluso a consternación al recibo de un telegrama de Manchester en el que se anunciaba que no había llegado todavía. Se preguntó a St. Helens, que se encuentra a un tercio de distancia entre ambas ciudades, y contestaron lo siguiente:

«A James Bland, superintendente, Central L. and W. C., Liverpool.—El especial pasó por aquí a las 4,52, de acuerdo con su horario.—Dowser, St. Helens».

Este telegrama se recibió a las 6,40. A las 6,50 se recibió desde Manchester un segundo telegrama:

«Sin noticias del especial anunciado por usted».

Y diez minutos más tarde, un tercer telegrama, todavía más desconcertante:

«Suponemos alguna equivocación en horario indicado para el especial. El tren corto procedente de St. Helens, que debía seguir al especial, acaba de llegar y no sabe nada de este último. Sírvase telegrafiar.—Manchester».

El caso estaba asumiendo un aspecto por demás asombroso, aunque el último de los telegramas aportó en ciertos aspectos un alivio a los directores de Liverpool. Parecía difícil que, si al especial le había ocurrido algún accidente, pudiera pasar el tren corto por la misma línea sin haber advertido nada. Pero ¿qué otra alternativa quedaba? ¿Dónde podía encontrarse el tren en cuestión? ¿Lo habían desviado a algún apartadero, por alguna razón desconocida, para permitir el paso del tren más lento? Esa explicación cabía dentro de lo posible en el caso de que hubiesen tenido que llevar a cabo alguna pequeña reparación de avería. Se enviaron sendos telegramas a todas las estaciones intermedias entre St. Helens y Manchester, y tanto el superintendente como el director de tráfico permanecieron junto al transmisor, presas de la máxima expectación, en espera de que fuesen llegando las contestaciones que habían de informarles con exactitud de lo que le había ocurrido al tren desaparecido. Las contestaciones fueron llegando en el mismo orden de las preguntas, es decir, en el de las estaciones que venían a continuación de la de St. Helens:

«Especial pasó por aquí a las 5.—Collins Green».
«Especial pasó por aquí 5,5.—Earlestown».
«Especial pasó aquí 5,15.—Newton».
«Especial pasó aquí 5,20.—Kenyon-Empalme».
«Ningún especial pasó por aquí.—Barton Moss».

Los dos funcionarios se miraron atónitos.

—No me ha ocurrido cosa igual en mis treinta años de servicio —dijo Mr. Bland.

—Es algo absolutamente sin precedentes e inexplicable, señor. Algo le ha ocurrido al especial entre Kenyon-Empalme y Barton Moss.

—Sin embargo, si la memoria no me falla, no existe apartadero entre ambas estaciones. El especial se ha fugado de los raíles.

—Pero ¿cómo es posible que el tren ordinario de las cuatro cincuenta haya pasado por la misma línea sin verlo?

—No queda otra alternativa, Mr. Hood. Tiene por fuerza que haber descarrilado. Quizá el tren corto haya observado algo que arroje alguna luz en el problema. Telegrafiaremos a Manchester pidiendo mayores informes, y a Kenyon-Empalme le daremos instrucciones de que salgan inmediatamente a revisar la vía hasta Barton-Moss.

La respuesta de Manchester no se hizo esperar:

«Sin noticias del especial desaparecido. Maquinista y guarda del tren corto afirman de manera terminante que ningún descarrilamiento ha ocurrido entre Kenyon-Empalme y Barton Moss. La vía, completamente libre, sin ningún detalle fuera de lo corriente.—Manchester».

—Habrá que despedir a ese maquinista y a ese guarda-tren —dijo, ceñudo, Mr. Bland—. Ha ocurrido un descarrilamiento y ni siquiera se han fijado. No cabe duda que el especial se salió de los raíles sin estropear la vía, aunque eso es superior a mis entendederas. Pero no tiene más remedio que haber ocurrido así, y ya verá usted cómo no tardamos en recibir telegrama de Kenyon o de Barton Moss anunciándonos que han encontrado al especial en el fondo de un barranco.

Pero la profecía de Mr. Bland no estaba llamada a cumplirse. Transcurrió media hora y llegó, por fin, el siguiente mensaje enviado por el jefe de estación de Kenyon-Empalme:

«Sin ningún rastro del especial desaparecido. Con seguridad absoluta que pasó por aquí y que no llegó a Barton Moss. Desenganchamos máquina de tren mercancías, y yo mismo he recorrido la línea, que está completamente libre, sin señal alguna de que haya ocurrido accidente».

Mr. Bland se tiró de los cabellos, lleno de perplejidad, y exclamó:

—¡Esto raya con la locura, Hood! ¿Es que puede en Inglaterra esfumarse un tren en el aire a la plena luz del día? Esto es absurdo. Locomotora, ténder, dos coches, un furgón, cinco personas… y todo desaparecido en la vía despejada de un ferrocarril. Si no recibimos alguna noticia concreta, iré yo personalmente a recorrer la línea dentro de una hora, en compañía del inspector Collins.

Al fin ocurrió algo concreto, que tomó la forma de otro telegrama procedente de Kenyon-Empalme:

«Lamento informar que cadáver de John Slater, maquinista tren especial, acaba de ser encontrado entre matorral aliagas a dos millas y cuarto de este empalme. Cayó de locomotora, rodó barranco abajo y fue a parar entre arbustos. Parece muerte debida a heridas en la cabeza que se produjo al caer. Examinado cuidadosamente terreno alrededores, sin encontrar rastro de tren desaparecido».

He dicho ya que el país se encontraba en el hervor de una crisis política, contribuyendo todavía más a desviar la atención del público las noticias sobre sucesos importantes y sensacionales que ocurrían en París, donde un escándalo colosal amenazaba con derribar al Gobierno y desacreditar a muchos de los dirigientes de Francia. Esta clase de noticias llenaba las páginas de los periódicos, y la extraña desaparición del tren despertó una atención mucho menor que la que se le habría dedicado en momentos de mayor tranquilidad. Además, el suceso presentaba un aspecto grotesco que contribuyó a quitarle importancia; los periódicos desconfiaban de la realidad de los hechos tal como venían relatados. Más de uno de los diarios londinenses trató el asunto de paparrucha ingeniosa, hasta que la investigación del juez acerca de la muerte del desdichado maquinista (investigación que no descubrió nada importante) convenció a todos de que era un incidente trágico.

Mr. Bland, acompañado del inspector Collins, decano de los detectives al servicio de la compañía, marchó aquella misma tarde a Kenyon-Empalme. Dedicaron todo el siguiente día a investigaciones, que sólo obtuvieron un resultado totalmente negativo. No sólo no existía rastro del tren desaparecido, sino que resultaba imposible formular una hipótesis que pudiera explicar lo ocurrido. Por otro lado, el informe oficial del inspector Collins (que tengo ante mis ojos en el momento de escribir estas líneas) sirvió para demostrar que las posibilidades eran mucho más numerosas de lo que habría podido esperarse. Decía el informe:

«En el trecho de vía comprendido entre estas dos estaciones, la región está llena de fundiciones de hierro y de explotación de carbón. Algunas de éstas se hallan en explotación, pero otras han sido abandonadas. No menos de una docena cuentan con líneas de vía estrecha por las que circulan vagonetas hasta la línea principal. Desde luego, hay que descartarlas. Sin embargo, existen otras siete que disponen, o que han dispuesto, de línea propia que llegan hasta la principal y enlazan con ésta, lo que les permite transportar los productos desde la bocamina hasta los grandes centros de distribución. Todas esas líneas tienen sólo algunas millas de largura. De las siete, cuatro pertenecen a explotaciones carboníferas abandonadas, o, por lo menos, a pozos de mina que ya no se explotan. Son las de Redgauntlet, Hero, Slough of Despond y Heartsease, mina esta última que era hace diez años una de las más importantes del Lancashire. Es posible también eliminar de nuestra investigación estas cuatro líneas, puesto que sus vías han sido levantadas en el trecho inmediato a la vía principal para evitar accidentes, de modo que, en realidad, no tienen ya conexión con ella. Quedan

otras tres líneas laterales, que son las que conducen:

a) a las fundiciones de Carnstock,
b) a la explotación carbonífera de Big Ben,
c) a la explotación carbonífera de Perseverance.

La de la Big Ben es una vía que no tiene más de un cuarto de milla de trayecto, y que muere en un gran depósito de carbón que espera ser retirado de la bocamina. Allí nadie había visto ni oído hablar de ningún tren especial. La línea de las fundiciones de hierro de Carnstock estuvo, durante el día 3 de junio, bloqueada por 16 vagones cargados de hematita. Se trata de una vía única, y nada pudo pasar por ella. En cuanto a la línea de la Perseverance, se trata de una doble vía por la que tiene lugar un tráfico importante, debido a que la producción de la mina es muy grande. Ese tráfico se llevó a cabo durante el día 3 de junio como de costumbre; centenares de hombres, entre los que hay que incluir una cuadrilla de peones del ferrocarril, trabajaron a lo largo de las dos millas y cuarto del trayecto de esa línea, y es inconcebible que un tren inesperado haya podido pasar por ella sin llamar la atención de todos. Para terminar, se puede hacer constar el detalle de que esta vía ramificada se encuentra más próxima a St. Helens que el lugar en que fue hallado el cadáver del maquinista, por lo que existen toda clase de razones para creer que el tren había dejado atrás ese lugar antes de que le ocurriese ningún accidente.

Por lo que se refiere a John Slater, ninguna pista se puede sacar del aspecto ni de las heridas que presenta su cadáver. Lo único que podemos afirmar, con los datos que poseemos, es que halló la muerte al caer de su máquina, aunque no nos creemos autorizados para emitir una opinión acerca del motivo de su caída ni de lo que le ocurrió a su máquina con posterioridad».

En conclusión, el inspector presentaba la dimisión de su cargo, puesto que se encontraba muy irritado por la acusación de incompetencia que se le hacía en los periódicos londinenses.

Transcurrió un mes durante el cual tanto la Policía como la compañía ferroviaria prosiguieron en sus investigaciones sin el más pequeño éxito. Se ofreció una recompensa y se prometió el perdón en caso de no tratarse de un crimen, pero nadie aspiró a una cosa ni a otra. Los lectores de los periódicos abrían éstos diariamente con la seguridad de que estaría por fin aclarado aquel enigma tan grotesco; pero frieron pasando las semanas y la solución seguía tan lejana como siempre. En la zona más poblada de Inglaterra, en pleno día, y en una tarde del mes de junio, había desaparecido con sus ocupantes un tren, lo mismo que si algún mago poseedor de una química sutil lo hubiese volatilizado y convertido en gas. Desde luego, entre las distintas hipótesis que aparecieron en los periódicos, hubo algunas que afirmaban en serio la intervención de potencias sobrenaturales o, por lo menos, preternaturales, y que el deforme monsieur Caratal era, en realidad, una persona a la que se conoce

mejor con otro nombre menos fino. Otros atribuían el maleficio a su moreno acompañante, aunque nadie era capaz de formular en frases claras de qué recurso se había valido.

Entre las muchas sugerencias publicadas por distintos periódicos o por individuos particulares, hubo una o dos que ofrecían la suficiente posibilidad para atraer la atención de los lectores. Una de ellas, la aparecida en *The Times*, con la firma de un aficionado a la lógica que por aquel entonces gozaba de cierta fama, abordaba el problema de una manera analítica y semicientífica. Será suficiente dar aquí un extracto, pero los curiosos pueden leer la carta entera en el número correspondiente al día 3 de julio. Venía a decir:

«Uno de los principios elementales del arte de razonar es que, una vez que se haya eliminado lo imposible, la verdad tiene que encerrarse en el residuo, por improbable que parezca. Es cierto que el tren salió de Kenyon-Empalme. Es cierto que no llegó a Barton Moss. Es sumamente improbable, pero cabe dentro de lo posible, que el tren haya sido desviado por una de las siete vías laterales existentes. Es evidentemente imposible que un tren circule por un trecho de vía sin raíles; por consiguiente, podemos reducir los casos improbables a las tres vías en actividad, es decir, la de las fundiciones de hierro Carnstock, la de Big Ben y la de Perseverance. ¿Existe alguna sociedad secreta de mineros del carbón, alguna *Camorra* inglesa, capaz de destruir el tren y a sus viajeros? Es improbable, pero no imposible. Confieso que soy incapaz de apuntar ninguna otra solución. Yo aconsejaría, desde luego, a la compañía que concentrase todas sus energías en estudiar esas tres líneas y a los trabajadores del lugar en que éstas terminan. Quizá el examen de las casas de préstamos del distrito sacase a la luz algunos hechos significativos».

Tal sugerencia despertó considerable interés por proceder de una reconocida autoridad en esa clase de asuntos, y levantó también una furiosa oposición de quienes la calificaban de libelo absurdo en perjuicio de una categoría de hombres honrados y dignos. La única respuesta que se dio a estas censuras fue un reto a quienes las formulaban para que expusiesen ellos públicamente otra hipótesis más verosímil. Esto provocó, efectivamente, otras dos que aparecieron en los números del *Times* correspondientes a los días 7 y 9 de jubo. Apuntaba la primera de ellas la idea de que quizá el tren hubiese descarrilado y se hubiese hundido en el canal de Lancashire y Staffordshire, que corre paralelo al ferrocarril en un trecho de algunos centenares de yardas. Esta sugerencia quedó desacreditada al publicarse la profundidad que tiene el canal, que no podía, ni mucho menos, ocultar un objeto de semejante volumen. El segundo corresponsal llamaba la atención hacia la cartera que constituía el único equipaje que los viajeros llevaban consigo, apuntando la idea de la posibilidad de que llevasen oculto en su interior algún nuevo explosivo de una fuerza inmensa y pulverizadora. Pero el absurdo evidente de suponer que todo el tren hubiera podido

quedar pulverizado y la vía del ferrocarril no hubiese sufrido el menor daño colocaba semejante hipótesis en el terreno de las burlas. En esa situación sin salida encontrábanse las investigaciones, cuando ocurrió un incidente nuevo y completamente inesperado.

El hecho es, nada más y nada menos, que el haber recibido la señora de McPherson una carta de su marido, James McPherson, el mismo que iba de guarda-tren en el especial desaparecido. La carta, con la fecha de 5 de julio de 1890, había sido puesta en el correo de Nueva York y llegó a destino el 14 del mismo mes. Expresáronse dudas acerca de su autenticidad, pero la señora McPherson afirmó terminantemente la de la letra; además, el venir con ella la cantidad de cien dólares en billetes de cinco dólares bastaba para descartar la idea de que se tratase de una añagaza. El remitente no daba dirección alguna, y la carta era como sigue:

«Mi querida esposa: Lo he meditado muchísimo, y me resulta insoportable el renunciar a ti. Y también a Elisita. Por más que lucho contra esa idea, no puedo apartarla de mi cabeza. Te envío dinero, que podrás cambiarlo por veinte libras inglesas, que serán suficientes para que tú y Elisita crucéis el Atlántico. Los barcos de Hamburgo que hacen escala en Southampton son muy buenos y más baratos que los de Liverpool. Si vosotras vinieseis y os alojaseis en la Johnston House, yo procuraría avisaros de qué manera podríamos reunirnos, pero de momento me encuentro con grandes dificultades y soy poco feliz, porque me resulta duro renunciar a vosotras dos. Nada más, pues, por el momento, de tu amante esposo,

James McPherson».

Se calculó durante algún tiempo con mucha seguridad que esta carta conduciría al esclarecimiento total del caso, sobre todo porque se consiguió el dato de que en el buque de pasajeros Vístula, propiedad de la Hamburg y New York, que había zarpado el día 7 de junio, figuraba como pasajero y bajo el nombre de Summers un hombre de gran parecido físico con el guarda-tren desaparecido. La señora McPherson y su hermana, Elisita Dolton, embarcaron para Nueva York según las instrucciones que se les daban, y permanecieron alojadas durante tres semanas en la Johnston House, sin recibir noticia alguna del desaparecido. Es probable que ciertos comentarios indiscretos aparecidos en la prensa advirtiesen a éste que la Policía las empleaba como cebo. Sea como sea, lo cierto es que nadie les escribió ni se acercó a ellas, y que las mujeres acabaron por regresar a Liverpool.

Así quedaron las cosas sin nueva alteración hasta el año actual de 1898. Por increíble que parezca, durante los últimos ocho años nada ha trascendido que arrojase la más pequeña luz sobre la extraordinaria desaparición del tren especial en el que viajaban monsieur Caratal y su acompañante. Las minuciosas investigaciones que se realizaron acerca de los antecedentes de los dos viajeros pudieron únicamente dejar comprobado el hecho de que monsieur Caratal era muy conocido en la América del

Centro como financiero y agente político, y que en el transcurso de su viaje a Europa exteriorizó una ansiedad extraordinaria por llegar a París. Su acompañante, que figuraba en el registro de pasajeros con el nombre de Eduardo Gómez, era hombre que tenía una historia de personaje violento, con fama de bravucón y peleador. Sin embargo, existían pruebas de que servía con honradez y abnegación los intereses de monsieur Caratal, y de que este último, hombre de cuerpo desmedrado, se servía de él como guardián y protector. Puede agregarse a esto que de París llegaron informes acerca de las finalidades que monsieur Caratal perseguía probablemente en su precipitado viaje.

En el anterior relato están comprendidos todos los hechos que se conocían sobre este caso hasta que los diarios de Marsella publicaron la reciente confesión de Herbert de Lernac, que se encuentra actualmente penado con sentencia de suerte en la cárcel, por el asesinato de un comerciante de apellido Bonvalot. He aquí la traducción literal del documento:

«No doy a la publicidad esta información por simple orgullo o jactancia; si quisiera darme ese gusto, podría relatar una docena de hazañas mías no menos espléndidas. Lo hago con objeto de que ciertos caballeros de París se den por enterados de que yo, que puedo dar noticias de la muerte de monsieur Caratal, estoy también en condiciones de decir en beneficio y a petición de quién se llevó a cabo ese hecho, a menos de que el indulto que estoy esperando me llegue muy rápidamente. ¡Mediten, señores, antes de que sea demasiado tarde! Ya conocen ustedes a Herbert de Lernac, y les consta que es tan fácil para la acción como para la palabra. Apresúrense, porque de lo contrario están perdidos.

»No citaré nombres por el momento. ¡Qué se diría con sólo que yo los diese a conocer! Me limitaré a exponer con qué habilidad llevé a cabo la hazaña. En aquel entonces fui leal a quienes se sirvieron de mí, y no dudo de que también ellos lo serán conmigo ahora. Lo espero, y hasta que no me convenza de que me han traicionado me reservaré esos nombres, que producirían una conmoción en Europa. Pero cuando llegue ese día… Bien; no digo más.

»Para no andar con rodeos, diré que el año 1890 hubo en París un célebre proceso relacionado con un monstruoso escándalo de políticos y financieros. Hasta dónde llegaba la monstruosidad del escándalo únicamente lo supimos ciertos agentes confidenciales como yo. Estaban en juego la honra y la carrera de muchos de los hombres más destacados de Francia. Ya habrán visto mis lectores un grupo de nueve bolos de pie, todos muy rígidos y muy peripuestos, y muy firmes. De pronto llega rodando la bola desde lejos, y a éste quiero y a éste también, pop, pop, pop, los nueve bolos ruedan por el suelo. Pues bien: represéntense a algunos de los hombres más destacados de Francia como a estos bolos, y que ven llegar desde lejos a este monsieur Caratal, que hacía de bola. Si se le permitía llegar a París, todos ellos —pop, pop, pop— rodaban por el suelo. Se decidió que no llegase.

»No los acuso de tener clara conciencia de lo que iba a ocurrir. Ya he dicho que estaban en juego grandes intereses financieros y políticos. Se formó un sindicato para poner en marcha la empresa. Hubo algunos de los que se suscribieron al sindicato que no llegaron a comprender cuál era su finalidad. Otros sí que tenían una idea clara de la misma, y pueden estar seguros de que yo no me he olvidado de sus nombres. Mucho antes de que monsieur Caratal embarcase en América tuvieron ellos noticia de su viaje, y supieron que las pruebas que traía con él equivalían a la ruina de todos ellos. El sindicato disponía de una suma ilimitada de dinero; una suma ilimitada, en toda la extensión de la palabra. Buscaron un agente capaz de manejar con seguridad aquella fuerza gigantesca. El hombre elegido tenía que ser fértil en recursos, decidido, adaptable; es decir, de los que se encuentran uno entre un millón. Se decidieron por Herbert de Lernac, y reconozco que acertaron.

»Quedó a mi cargo el elegir mis subordinados, manejar sin trabas de ninguna clase la fuerza que proporciona el dinero, y asegurarse de que monsieur Caratal no llegase jamás a París. Me puse a la tarea que se me había encomendado con la energía que me es característica antes de que transcurriese una hora de recibir las instrucciones que se me dieron, y las medidas que tomé fueron las mejores que era posible idear para conseguir el objetivo.

»Envié inmediatamente a Suramérica a un hombre de mi absoluta confianza para que hiciese el viaje a Europa junto con monsieur Caratal. Si ese hombre hubiese llegado a tiempo a su destino, el barco en que este señor navegaba no habría llegado jamás a Liverpool. Por desgracia, había zarpado antes de que mi agente pudiera alcanzarlo. Fleté un pequeño bergantín armado para cortar el paso al buque; pero tampoco me acompañó la suerte. Sin embargo, yo, como todos los grandes organizadores, admitía la posibilidad del fracaso y preparaba una serie de alternativas, con la seguridad de que alguna de ellas tendría éxito. Nadie calcule las dificultades de mi empresa por debajo de lo que realmente eran, ni piense que en este caso era suficiente recurrir a un vulgar asesinato. No sólo era preciso destruir a monsieur Caratal; había que hacer desaparecer también sus documentos y a sus acompañantes, si teníamos razones para creer que había comunicado a éstos sus secretos. Téngase además presente que ellos vivían alerta, sospechando vivamente lo que se les preparaba. Era una empresa digna de mí desde todo punto de vista, porque yo alcanzo la plenitud de mis facultades cuando se trata de empresas ante las cuales otros retrocederían asustados.

»Todo estaba preparado en Liverpool para la recepción que había de hacerse a monsieur Caratal, y mi ansiedad era todavía mayor porque tenía razones para creer que ese hombre había tomado medidas para disponer de una guardia considerable desde el momento que llegase a Londres. Todo había de hacerse, pues, entre el momento que él pusiese el pie en el muelle de Liverpool y el de su llegada a la estación terminal Londres del ferrocarril de Londres y la costa occidental. Preparamos seis proyectos, cada uno más complicado que el anterior; de las andanzas

del viajero dependería cuál de esos proyectos pondríamos por obra. Lo teníamos todo dispuesto, hiciese lo que hiciese. Lo mismo si viajaba en un tren ordinario, que si tomaba un expreso o contrataba un tren especial, le saldríamos al paso. Todo estaba previsto y a punto.

»Ya se supondrá que me era imposible realizarlo todo personalmente. ¿Qué sabía yo de las líneas inglesas de ferrocarriles? Pero con dinero es posible procurarse agentes activos en todo el mundo, y encontré muy pronto a uno de los cerebros más agudos de Inglaterra, que se puso a mi servicio. No quiero citar nombres, pero sería injusto que yo me atribuyese todo el mérito. Mi aliado inglés era digno de la alianza que establecí con él. Conocía bien a fondo la línea del ferrocarril en cuestión, y tenía bajo su mando a una pandilla de trabajadores inteligentes y en los que podía confiar. La idea fue suya, y yo sólo tuve que contribuir con algunos detalles. Compramos a varios funcionarios del ferrocarril, siendo James McPherson el más importante de todos, porque nos cercioramos de que tratándose de trenes especiales, era casi seguro que actuase de guarda-tren. También Smith, el fogonero, estaba a nuestras órdenes. Se tanteó asimismo a John Slater, maquinista; pero resultó hombre demasiado terco y peligroso, y prescindimos de él. No teníamos una certidumbre absoluta de que monsieur Caratal contratase un tren especial, pero nos pareció muy probable que lo hiciese, porque era cosa de la máxima importancia para él llegar cuanto antes a París. Realizamos, pues, preparativos especiales para hacer frente a esa eventualidad. Esos preparativos estaban a punto hasta en sus menores detalles mucho antes de que el vapor diese vista a las costas de Inglaterra. Quizá divierta al que lea esto el saber que uno de mis agentes iba embarcado en la lancha del piloto que siguió al vapor hasta el lugar en que tenía que anclar.

»Desde el instante de la llegada de Caratal a Liverpool supimos que recelaba peligro y estaba sobre aviso. Traía de escolta a un individuo peligroso de apellido Gómez, que iba bien armado y dispuesto a servirse de sus armas. Este individuo llevaba encima los documentos confidenciales de Caratal, y estaba preparado para protegerlos igual que a su amo. Existía, pues, la probabilidad de que Caratal se hubiese confiado a Gómez, y que sería perder energías el acabar con el primero dejando con vida al segundo. Forzosamente tenía que ser idéntico su final, y nuestros proyectos a ese respecto se vieron favorecidos por la solicitud que hicieron de un tren especial. Está claro que en ese tren especial, dos de los tres empleados de la compañía estaban al servicio nuestro, y que la rema que les pagamos por ello iba a permitirles gozar de independencia durante el resto de su vira. Yo no llegaré hasta el punto de afirmar que los ingleses son más honrados que los naturales de cualquier otro país, pero sí afirmo que su precio de venta me ha resultado siempre más caro.

»He hablado ya de mi agente inglés. Es un hombre a quien espera un gran porvenir, a menos de que alguna molestia de garganta se lo lleve antes de tiempo. A su cargo corrieron todas las medidas que hubo que tomar en Liverpool, mientras que yo me situé en el mesón del Empalme de Kenyon, donde aguardé un despacho

cifrado para entrar en acción. Cuando todo estuvo dispuesto para el tren especial, mi agente me telegrafió en el acto, advirtiéndome que debía tenerlo todo preparado inmediatamente. Él, por su parte, solicitó, con el nombre y apellido de Horace Moore, otro tren especial, confiando en que lo enviarían en el mismo en que viajaría monsieur Caratal. Su presencia en el tren podría sernos útil en determinadas circunstancias. Si, por ejemplo, nos fallaba nuestro golpe máximo, mi agente cuidaría de matarlos a los dos a tiros y de destruir los documentos; pero Caratal estaba sobre aviso y se negó a que viajase en su tren ninguna otra persona. Entonces mi agente se retiró de la estación, volvió a penetrar en ella por otra puerta y se metió en el furgón por el lado contrario al del andén. Viajó, pues, con el guarda-tren McPherson.

»Voy a satisfacer el interés del lector poniéndolo al corriente de lo que yo tenía tramado. Todo había sido preparado con varios días de antelación, a falta sólo de los últimos retoques. La línea de desviación que habíamos elegido había estado anteriormente conectada con la vía principal; pero esa conexión estaba ya cortada. No teníamos que hacer, para volver a conectarla, sino colocar irnos pocos raíles. Éstos habían sido colocados con todo el sigilo posible para no llamar la atención, y sólo quedaba el completar la unión con la vía principal, disponiendo las agujas tal y como habían estado en otro tiempo. Las traviesas no habían sido quitadas, y los raíles, bridas y remaches estaban preparados, porque nos habíamos apoderado de ellos en un apartadero que había en el trecho abandonado de la línea. Valiéndome de mi pandilla de trabajadores, cortos en número, pero competentes, lo tuvimos todo preparado mucho antes de que llegase el tren especial. Cuando éste llegó, se desvió hacia la línea lateral tan suavemente, que los dos viajeros no advirtieron, por lo visto, en modo alguno el traqueteo de los ejes en las agujas.

»Nuestro proyecto era que Smith, el fogonero, cloroformizase a John Slater, el maquinista, a fin de que éste desapareciese con los demás. En este punto, y sólo en este punto, fallaron nuestros proyectos, porque dejo de lado la estupidez criminal de McPherson escribiendo a su mujer. Nuestro fogonero se manejó en su papel con tal torpeza, que Slater cayó de la locomotora en sus forcejeos. Aunque la suerte nos acompañó y ese hombre se desnucó al caer, no por eso deja de constituir un borrón en lo que de otro modo habría sido una obra de absoluta maestría, de las que es preciso contemplar con callada admiración. El técnico en crímenes descubrirá en John Slater la única grieta de todas nuestras admirables combinaciones. Quien como yo lleva obtenidos tantos éxitos, puede permitirse ser sincero, y por esa razón señalo con el dedo a John Slater y afirmo que él fue el único fallo.

»Pero ya tenemos a nuestro tren especial dentro de la línea de dos kilómetros, o más bien, de una milla de largura, que conduce, o más bien que solía conducir, a la mina abandonada de Heartsease, que había sido una de las minas de carbón más importantes de Inglaterra. Se me preguntará cómo pudo ocurrir que nadie viese circular el tren por la línea abandonada, y contesto que esa línea corre en todo su trayecto por una profunda trinchera. Nadie que no estuviese en el borde de esa

trinchera podía verlo. Pero alguien estaba allí. Quien estaba era yo mismo, y ahora diré lo que vi.

»Mi ayudante se había quedado junto a las agujas para dirigir la maniobra de desviación del tren. Le acompañaban cuatro hombres armados. Si el tren hubiese descarrilado, cosa que nos pareció muy probable porque las agujas estaban muy oxidadas, tendríamos todavía medios a qué recurrir. Una vez que mi ayudante vio que el tren se había desviado sin dificultad por la línea lateral dejó a mi cargo la responsabilidad. Yo estaba esperando en un lugar desde el que se distinguía la boca de la mina, y estaba armado, lo mismo que mis dos acompañantes. De ahí se verá que yo estaba siempre dispuesto para cualquier contingencia.

»Cuando el tren se hubo metido bastante por la línea lateral, el fogonero Smith amenguó la velocidad de la locomotora, y luego volvió a ponerla en la velocidad máxima; pero él, McPherson y mi lugarteniente inglés saltaron a tierra antes de que fuese demasiado tarde. Quizá ese retardamiento del tren fue lo que primero atrajo la atención de los viajeros, aunque, para cuando se asomaron a la ventanilla, ya el tren avanzaba de nuevo a toda velocidad. Al pensar en el desconcierto que debieron sentir, no puedo menos de sonreírme. Imagínese el lector cuáles serían sus propias sensaciones si, al sacar la cabeza por la ventanilla del lujoso coche, advirtiese de pronto que el tren corría por una vía oxidada y carcomida, de un color encamado y amarillento por la falta de uso y por el abandono. ¡Qué vuelco les debió dar el corazón cuando se dieron cuenta, con la rapidez del relámpago, que al final de aquella vía siniestra de ferrocarril no se encontraba Manchester, sino la Muerte! Pero ya el tren corría a una velocidad fantástica, saltando y balanceándose sobre las vías podridas, en tanto que las ruedas chirriaban de manera espantosa sobre la superficie de los rieles. Pasaron a muy poca distancia de mí, y pude ver sus rostros. Caratal rezaba, según me pareció, o al menos tenía colgado de la mano algo por el estilo de un rosario. El otro bramaba como un toro bravo que ha tomado el husmillo de la sangre del matadero. Nos vio en lo alto del talud, y nos hizo señas lo mismo que un loco. En seguida dio un tirón a su muñeca y arrojó por la ventana hacia nosotros su cartera de documentos. Estaba claro lo que quería decirnos. Aquellas eran las pruebas acusadoras, y si les perdonábamos la vida ellos prometían no hablar jamás. Nos habría causado gran placer el poder hacerlo, pero el negocio es el negocio. Además, el tren estaba ya tan fuera de nuestro control como del suyo.

»Aquel hombre cesó en sus alaridos cuando el tren dobló entre retumbos la curva y se presentó ante ellos, con sus fauces abiertas, la negra boca de la mina. Nosotros habíamos quitado las tablas que la cerraban, dejando desembarazada la entrada. En los tiempos en que la mina trabajaba, los rieles de la vía llegaban hasta muy cerca del montacargas, para mayor comodidad en el manejo del carbón; sólo tuvimos, pues, que agregar dos o tres rieles para que alcanzasen hasta el borde mismo del pozo de mina. En realidad, como la largura de los carriles no coincidía exactamente, la línea sobresalía unos tres pies de los bordes del pozo. Vimos asomadas a la ventana dos

cabezas: la de Caratal debajo y la de Gómez encima; pero tanto el uno como el otro habían quedado mudos ante lo que vieron. Y, sin embargo, no podían retirar sus cabezas. Parecía que el espectáculo los había paralizado.

»Yo me había preguntado cómo el tren a toda velocidad caería en el pozo hacia el que yo lo había dirigido, y sentía vivo interés por contemplar el espectáculo. Uno de mis colaboradores opinaba que daría un verdadero salto saliendo por el otro lado, y la verdad es que estuvo a punto de ocurrir eso. Sin embargo, y por suerte nuestra, no llegó a salvar todo el hueco, y los parachoques de la locomotora golpearon el borde contrario del pozo con un estrépito espantoso. La chimenea de la locomotora voló por los aires. El ténder, los coches y el furgón quedaron destrozados y aplastados formando un revoltijo, que, junto con los restos de la máquina cegó por un instante la boca del pozo. Pero en seguida cedió alguna cosa en el centro del montón y toda la masa de hierros, carbón humeante, aplicaciones de metal, ruedas, obra de madera y tapicería se hundió con estrépito, como una masa informe, dentro de la mina. Escuchamos una sucesión de traqueteos, ruidos y golpes, producidos por el choque de todos aquellos restos contra las paredes del pozo; y al rato largo, nos llegó un estruendo atronador. El tren había tocado fondo. Debió estallar la caldera, porque, después de aquel estruendo, se produjo un estampido seco, y subió desde las profundidades hasta salir al exterior formando torbellinos, una espesa nube de vapor y de humo, que luego cayó sobre nosotros como un chaparrón de lluvia. El vapor se deshilachó luego, formando nubecillas que se fueron esfumando poco a poco bajo los rayos del sol, y volvió a reinar un silencio absoluto dentro de la mina de Heartsease.

»Una vez realizados con tanto éxito nuestros proyectos sólo nos quedaba ya retirarnos sin dejar rastro. Nuestra pequeña pandilla de trabajadores que había quedado en la cabecera de la línea había levantado ya los raíles y desconectado aquella vía dejándolo todo tal como había estado antes. No menos activamente trabajábamos nosotros en la mina. Arrojamos la chimenea y otros fragmentos dentro del pozo, cubrimos la boca de éste con las tablas, tal y como estaba siempre, y levantamos los carriles que llegaban hasta el pozo, retirándolos de aquel lugar. Después, sin precipitaciones, pero sin demoras innecesarias, salimos del país. La mayoría marchamos a la capital de Francia, mi colega inglés se dirigió a Manchester, y McPherson se embarcó en Southampton, emigrando a Norteamérica. Léanse los periódicos ingleses de aquellas fechas y se verá con qué perfección realizamos nuestro trabajo y de qué manera hicimos perder por completo nuestra pista a sus finos sabuesos.

»Se recordará que Gómez tiró por la ventana su cartera, y no hará falta que diga que yo me apoderé de ella y la entregué a quienes me habían encomendado el trabajo. Quizá interese hoy a esos patronos míos el saber que extraje de la cartera un par de documentos sin importancia como recuerdo de la hazaña. No tengo deseos de publicarlos; pero, sin embargo, en este mundo cada cual mira por sí. ¿Qué me queda, pues, por hacer si mis amigos no acuden en mi ayuda cuando yo los necesito?

Caballeros, crean ustedes que Herbert de Lernac es tan formidable de enemigo como lo fue de amigo suyo, y que no es hombre que se deje llevar a la guillotina sin antes hacer que todos y cada uno de ustedes se vea en camino hacia el presidio de Nueva Caledonia. Dense prisa, en interés de ustedes mismos, monsieur de ——————, general —————— y barón —————— (pongan sus nombres cada uno de ustedes en los espacios en blanco). Les prometo que en la próxima edición no quedará ningún espacio en blanco.

»P. D. Al releer mi exposición observo que he pasado por alto un solo detalle, el que se refiere al desdichado McPherson, que tuvo la estupidez de escribir a su mujer dándose una cita con ella en Nueva York. Cualquiera se imaginará que cuando unos intereses como los nuestros estaban en peligro no podíamos abandonarlos a la casualidad de que un hombre como aquél descubriese o no a una mujer lo que sabía. No podíamos tener confianza en McPherson después de que éste faltó a su juramento escribiendo a su mujer. Tomamos, por consiguiente, las medidas necesarias para que no llegara a entrevistarse con ella. A veces he pensado que sería amable el escribirle a esa mujer para darle seguridad de que no hay impedimento alguno para que contraiga nuevo matrimonio».

El cazador de escarabajos

—¿Algún sucedido curioso? —dijo el doctor—. Pues sí, amigos míos, les voy a contar uno curiosísimo que me ocurrió a mí. No creo que vuelva a ocurrirme otro como aquél, porque iría contra todas las leyes de la probabilidad el que un hombre pasase en su vida por dos experimentos de esa índole. Pueden ustedes creerme o no, pero la verdad es que el hecho ocurrió tal y como voy a contárselo.

Acababa yo de obtener mi diploma de médico, pero aún no había empezado a ejercer mi carrera, y vivía en unas habitaciones de Gower Street. De entonces acá se ha cambiado la numeración de esta calle; pero en aquel entonces era la casa donde yo vivía la única que tenía un mirador en todo el lado izquierdo de la misma, conforme se avanza por ella desde la estación del ferrocarril metropolitano. La dueña de la casa era una viuda de apellido Murchison, y tenía de inquilinos a tres estudiantes de medicina y a un ingeniero. Yo vivía en la habitación del último piso, que era la más barata, aunque por barata que fuese resultaba cara para lo que yo podía gastar. Mis escasos fondos se iban esfumando, y a cada semana que transcurría resultaba para mí más indispensable el encontrar algo en qué trabajar. Sin embargo, andaba reacio a dedicarme a la medicina general, porque mis aficiones me empujaban hacia el terreno científico, y de un modo especial hacia la zoología, por la que había sentido siempre una gran debilidad. Ya casi me daba por vencido y estaba resignado a ser durante toda mi vida un mal medicucho, cuando mis forcejeos acabaron de la manera más extraordinaria.

Compré una mañana el *Standard* y me puse a repasar sus columnas. Venía casi falto de noticias, y ya estaba a punto de tirar a un lado el periódico, cuando distinguí un anuncio en la cabecera de la columna de empleos ofrecidos. Estaba redactado de la siguiente forma:

«Se necesitan por uno o varios días los servicios de un médico. Es esencial que sea hombre de fuerte contextura física, nervios firmes y carácter resuelto. Se exige que sea entomólogo, prefiriéndose la especialidad de los coleópteros. Presentarse personalmente en 77 B, Brook Street. Antes de las doce del día de hoy».

Pues bien, he dicho que yo era aficionadísimo a la zoología. De todas las ramas de esta ciencia, la que mayores atractivos tenía para mí era la que se refiere a los insectos, y entre todos los insectos, la especie con la que yo estaba más familiarizado era la de los escarabajos. Son muchos los coleccionistas de mariposas; pero en nuestras islas los escarabajos son de mayor variedad de tipos y más accesibles que las mariposas. Era esto lo que me había atraído a su estudio, y llegué a tener una colección de varios centenares de distintas variedades de escarabajos. Por lo que se refiere a las demás exigencias del anuncio, yo estaba seguro de mis nervios, y había salido triunfador en la especialidad del lanzamiento de peso de una competición

deportiva entre el personal de los distintos hospitales. Evidentemente, yo era el hombre indicado para ocupar aquella vacante. Antes de que hubiesen transcurrido cinco minutos de mi lectura del anuncio me había metido ya en un coche de alquiler y marchaba en la dirección de Brook Street.

Dentro del coche iba yo dándole vueltas en mi cabeza al asunto, y trataba de adivinar qué clase de ocupación sería la que requería unas cualidades tan curiosas. Fortaleza física, resolución, conocimientos médicos y especialización en el estudio de escarabajos. ¿Qué relación podía existir entre requisitos tan dispares? Se daba, además, el detalle descorazonador de que no se trataba de un empleo permanente, sino que podía terminar de un día a otro, según lo declaraba el anuncio. Cuanto más vueltas le daba, menos claro lo veía; pero, al final de mis meditaciones, siempre volvía yo a la realidad insoslayable de que nada tenía que perder, fuese aquello lo que fuese, estando como estaba a punto de quedarme sin fondos. Yo estaba preparado para cualquier aventura, por muy peligrosa que fuese, con tal de que pudiera meterme en mi bolsillo algunos soberanos ganados honradamente. El miedo a fracasar sólo cabe en quien tiene que pagar su fracaso, pero a mí nada podía hacerme pagar la fortuna. Era como el jugador que se ha quedado sin blanca, y al que se permite probar suerte en otra jugada.

La casa del número 77 B de Brook Street era una de esas construcciones desaseadas pero imponentes, de color oscuro y fachada lisa, con el aspecto de gran respetabilidad y de cosa maciza característico de los constructores del periodo de los Jorges. Al apearme del coche salía por la puerta un joven que se alejó con paso rápido calle abajo. Observé que al cruzarse conmigo clavó en mí una mirada escrutadora y algo malévola. Tomé ese incidente como buen augurio, porque su aspecto era el de un solicitante que no había sido aceptado y, si mi presencia allí le molestaba, eso quería decir que la vacante no estaba todavía cubierta. Subí muy esperanzado los anchos escalones de la escalinata exterior y di unos golpes con la maciza aldaba.

Abrió la puerta un lacayo de peluca y librea. Evidentemente, yo tenía que tratar con personas ricas y elegantes.

—Usted dirá, señor —dijo el lacayo.

—He venido por el anuncio de…

—Perfectamente, señor. Lord Linchmere lo recibirá inmediatamente en el despacho.

¡Lord Linchmere! Yo tuve una vaga sensación de haber oído aquel nombre, pero no recordaba de momento nada que con él tuviese relación. Seguí al lacayo, y éste me llevó a una habitación amplia y llena de estanterías de libros, en la que estaba sentado, detrás de una mesa escritorio, un hombre pequeño, de cara simpática, completamente afeitada y expresiva, cabello largo entrecano, peinado hacia atrás desde la frente. Me miró de arriba abajo con mirada aguda y penetrante, teniendo en su mano derecha la tarjeta que el lacayo le había entregado. Luego se sonrió con simpatía, y tuve la sensación de que yo reunía, por lo menos, las cualidades externas

que se requerían.

—¿De modo, doctor Hamilton, que viene usted por lo referente al anuncio, verdad? —me preguntó.

—Sí, señor.

—¿Reúne usted las condiciones que aquí se exigen?

—Creo reunirlas.

—Es usted hombre fuerte; por lo menos, tal es su aspecto.

—Creo que soy de alguna fortaleza.

—¿Y, además, resuelto?

—Así lo creo.

—¿Sabe usted por experiencia lo que significa el verse expuesto a un peligro inminente?

—No; no creo haber pasado nunca por esa situación.

—Pero ¿tiene usted fe en que actuaría con rapidez y serenidad en un caso como el que le he expuesto?

—Espero que sí.

—Sí, yo creo que sí. Y mi confianza en usted es mayor porque no ha mostrado la pretensión de estar seguro de cómo se conduciría en una situación que no conoce por experiencia. Saco la impresión de que, en cuanto a cualidades personales, es usted precisamente el hombre que busco. Aclarado esto, podemos pasar a lo siguiente.

—¿Y qué es lo siguiente?

—El que usted me hable de escarabajos.

Le miré para ver si no bromeaba; pero, muy al contrario, había adelantado el busto y me miraba con expresión de ansiedad en los ojos.

—Me estoy temiendo que no sepa usted nada de escarabajos —exclamó.

—Todo lo contrario, señor, porque es ése el único tema científico acerca del cual creo tener algunos conocimientos.

—Sus palabras me producen verdadero júbilo. Por favor, hábleme algo de escarabajos.

Le hablé. No tengo la pretensión de haber dicho ninguna cosa original en la materia, pero sí que le tracé un somero boceto de las características del escarabajo, enumerando las especies más corrientes y haciendo algunas alusiones a los ejemplares de mi pequeña colección y el artículo sobre «escarabajos enterradores» que yo había publicado en el *Diario de la Ciencia Entomológica*. Lord Linchmere exclamó:

—Pero, ¡cómo! ¿También coleccionista? ¿Debo entender que se dedica personalmente a coleccionar? —Sólo ante aquella perspectiva le bailaban los ojos de placer—. Es usted, sin duda alguna, el único hombre de todo Londres que reúne las condiciones que yo buscaba. Me imaginé que entre cinco millones de personas tenía por fuerza que existir un hombre de esas características, pero la dificultad estaba en encontrarlo. Me considero extraordinariamente afortunado con haberme puesto en

contacto con usted.

Golpeó un gong que había encima de la mesa y acudió el lacayo.

—Diga usted a lady Rossiter que tenga la amabilidad de acercarse hasta aquí —dijo su señoría, y a los pocos momentos entró en el despacho la dama en cuestión. Era de baja estatura, edad mediana y aspecto muy parecido al de lord Linchmere, porque sus facciones eran igualmente rápidas y expresivas y también sus cabellos eran grises-negros. Sin embargo, la expresión de ansiedad que yo había notado en las facciones del caballero era mucho más marcada en las de la mujer. Se diría que algún gran dolor había proyectado su sombra sobre sus facciones. Cuando lord Linchmere hizo mi presentación, ella me miró cara a cara, y entonces descubrí, con sorpresa dolorosa, que tenía encima de la ceja del lado derecho una cicatriz de dos pulgadas, a medio curar. Estaba la cicatriz recubierta parcialmente con un parche, pero vi, a pesar de todo, que se trataba de una herida importante y reciente. Lord Linchmere dijo:

—Evelina, el doctor Hamilton es el hombre que necesitamos. Se dedica ya a coleccionar escarabajos y lleva escritos algunos artículos acerca de ese tema.

—¿De verdad? —exclamó lady Rossiter—. Entonces usted ha tenido que oír hablar de mi esposo. Quien sepa algo de escarabajos no puede menos de saber quién es sir Thomas Rossiter.

Por primera vez vi que penetraba un pequeñísimo rayo de luz en aquel asunto tan oscuro. Ahora sí que había encontrado una relación entre esta familia y los escarabajos, porque sir Thomas Rossiter estaba considerado como la mayor autoridad mundial acerca del tema. Había dedicado toda su vida al estudio del mismo, y había escrito una obra que lo agotaba por completo. Me apresuré a dar a lady Rossiter la seguridad de que yo la había leído y que la apreciaba en todo su valor.

—¿Ha tratado usted personalmente a mi marido? —preguntó ella.

—No, no lo he tratado personalmente.

—Pues lo tratará usted —dijo resueltamente lord Linchmere.

La dama estaba de pie a un lado de la mesa, y apoyó su mano en el hombro de lord Linchmere. Cuando vi sus dos caras juntas comprendí claramente que eran hermano y hermana.

—¿Estás verdaderamente dispuesto a ello, Charles? Es un acto de generosidad el tuyo, pero que me llena de temor. —Le temblaba la voz por efecto de sus recelos, y me pareció que también el hermano estaba conmovido, aunque hacía grandes esfuerzos por ocultarlo.

—Sí, sí, querida; éste es un asunto arreglado y decidido; en realidad, yo no veo otro recurso posible.

—Sí que hay uno, y está muy claro.

—No, no, Evelina; yo no te abandonaré jamás, jamás. Todo saldrá bien, confía en mí; saldrá bien, y parece como que la mano de la Providencia es la que ha puesto en nuestras manos un instrumento tan perfecto.

Mi posición era embarazosa, porque me di cuenta de que ellos se habían olvidado

por un instante de que yo estaba allí. Pero lord Linchmere volvió súbitamente a ocuparse de mí y de mi trabajo en perspectiva.

—Doctor Hamilton, lo que yo necesito de usted es que se ponga por completo a mi disposición. Deseo que me acompañe en una breve excursión, que durante la misma permanezca siempre a mi lado, y que me prometa hacer, sin entrar en preguntas, lo que yo le pida, por muy disparatado que le parezca.

—Eso es mucho pedir —dije.

—Por desgracia, no me es posible concretar más, porque ni yo mismo sé el giro que pueden tomar las cosas. Puede usted, sin embargo, tener la seguridad de que no le será pedido nada que repugne a su conciencia; le aseguro, además, que, una vez terminado el asunto, se sentirá orgulloso de haber contribuido a una obra tan buena.

—Si todo termina con felicidad —dijo la dama.

—Eso es: si todo termina con felicidad —repitió su señoría.

—¿Y cuál es la remuneración? —pregunté yo.

—Veinte libras diarias.

Quedé atónito ante aquella cifra, y seguramente que exterioricé mi sorpresa en la expresión de mi cara. Lord Linchmere prosiguió:

—Ya se fijaría, cuando leyó el anuncio, en que se exige una combinación de cualidades poco frecuente, y ese hecho merece una elevada recompensa. Tampoco le oculto que sus obligaciones quizá resulten difíciles y hasta peligrosas. Además, quizá el trabajo no dure arriba de uno o dos días.

—¡Dios lo quiera! —suspiró su hermana.

—¿Podemos, pues, contar con su colaboración, doctor Hamilton?

—Sin género alguno de duda —le contesté—. Sólo queda ya que me explique cuáles son mis obligaciones.

—La primera de todas será que usted regrese a su casa y que disponga todo lo que crea necesitar para una breve excursión fuera de Londres. Saldremos juntos de la estación de Paddington a las tres cuarenta de esta tarde.

—¿Vamos lejos?

—Llegaremos a Pangbourne. Se reunirá usted conmigo a las tres treinta en el quiosco de libros de la estación; tendré ya sacados los billetes. Adiós, doctor Hamilton. Ahora que lo pienso, hay dos cosas que yo me alegraría muchísimo que trajese usted, si es que las tiene: una, un estuche para coleccionar escarabajos, y la otra, una garrota, cuanto más pesada, mejor.

Ya se imaginarán ustedes que tuve tema abundante en que pensar desde que me retiré de Brook Street hasta que salí de casa para reunirme con lord Linchmere en la estación de Paddington. Todo aquel fantástico asunto se combinaba y se volvía a combinar de mil formas caleidoscópicas dentro de mi cerebro, hasta que ideé una docena de explicaciones, todas ellas a cuál más grotescamente improbables. Pero es

que tenía el convencimiento de que también la verdad suele estar a veces en algo grotescamente improbable. Renuncié, por último, a todo intento de encontrar una solución, y me conformé con poner exactamente en marcha las instrucciones que había recibido. Cuando lord Linchmere llegó al quiosco de libros de la estación de Paddington, ya estaba yo allí esperándole con mi maletín, mi estuche de ejemplares y un bastón emplomado.

Era lord Linchmere más pequeño todavía de lo que me había parecido, frágil y delgaducho, y daba pruebas de estar más nervioso que por la mañana. Se cubría con un *ulster* de viaje, grueso y largo, y me fijé en que llevaba también en la mano una pesada garrota de endrino.

—He sacado ya los billetes —dijo, avanzando delante de mí por el andén—. Éste es nuestro tren. Hice reservar un coche, porque tengo un interés grandísimo en hacerle comprender bien una o dos cosas.

Sin embargo, todo lo que él quería hacerme comprender bien podía decirse con una sola frase, porque se limitaba a recordarme que yo iba como protector suyo, y que bajo ninguna consideración tenía que apartarme un solo instante de su lado. Me lo repitió una y otra vez cuando llegábamos ya al final de nuestro viaje, y lo hizo con una insistencia que demostraba a las claras que su sistema nervioso se había derrumbado.

—Sí, doctor Hamilton, estoy nervioso —dijo al fin, en respuesta a la mirada mía, más bien que a mis palabras—. He sido siempre un hombre tímido, y mi timidez nace de lo endeble de mi salud física. Pero el temple de mi alma es bueno, y soy capaz de decidirme a hacer frente a peligros ante los que otras personas menos nerviosas retrocederían. Esto que hago ahora no me obliga nadie a hacerlo; me lo impone únicamente un sentimiento del deber y, sin embargo, es, sin género de duda, correr un grave riesgo. Si las cosas se tuercen, tendré buenos títulos para pretender el título de mártir.

Aquella serie interminable de acertijos era ya excesiva para mí. Creí que estaba obligado a ponerle término y dije:

—Yo creo, señor, que sería con mucho preferible el que usted confiase por completo en mí. Me resulta imposible actuar con eficacia, desconociendo las finalidades que perseguimos y no sabiendo siquiera a dónde vamos.

—En cuanto a lo de dónde vamos, no es preciso andarse con misterios —dijo—. Nos dirigimos a Delamere Court, casa residencial de sir Thomas Rossiter, con cuya obra está usted tan familiarizado. En cuanto a la finalidad concreta de nuestra visita, no creo, doctor Hamilton, que se adelante nada, estando las cosas en la etapa en que se encuentran, con que yo me confíe totalmente a usted. Sí puedo decirle que actuamos —y digo actuamos porque mi hermana, lady Rossiter, está de acuerdo conmigo— con la única finalidad de impedir que se produzca un escándalo de familia. Ya comprenderá, pues, que ande reacio a dar explicaciones que no son absolutamente indispensables. La situación sería distinta, doctor Hamilton, si yo le

pidiese su consejo. Tal como se encuentran las cosas, sólo se requiere su colaboración activa, y yo le haré comprender de vez en cuando cuál es la mejor manera de que usted colabore.

No quedaba más que decir, y aunque una persona pobre puede pasar por muchas cosas cuando se le pagan veinte libras diarias, me pareció, no obstante, que la actitud de lord Linchmere con respecto a mí era bastante mezquina. Él pretendía hacer de mí un instrumento pasivo, algo así como la garrota de endrino que llevaba en la mano. Sin embargo, yo comprendía que, dado su carácter emotivo, le tenía que resultar odioso cualquier escándalo, y me dije para mis adentros que sólo me haría sus confidencias cuando ya no tuviese otro remedio. Tenía, pues, que fiar yo en mis ojos y oídos para la solución del misterio, aunque estaba seguro de que mi confianza en ellos no sería vana.

Delamere Court está situado a cinco millas largas de la estación de Pangbourne, y cubrimos la distancia en un carricoche abierto. Durante el trayecto, lord Linchmere permaneció profundamente abstraído, y no despegó los labios hasta que ya estábamos próximos a nuestro punto de destino. Si habló fue para darme un dato que me sorprendió.

—Quizá no sepa que yo también soy médico, como usted —me dijo.

—En efecto, señor; no lo sabía.

—Pues, sí; saqué el título allá en mi primera juventud, cuando se interponían varias personas vivas en mi camino hacia mi aristocrático título. No tuve necesidad de practicar la profesión, pero he podido comprobar que el conocimiento de la medicina es cosa útil. Nunca he lamentado los años que consagré al estudio de la carrera de médico. Ya estamos en la puerta exterior de Delamere Court.

Habíamos entrado por entre dos altas columnas coronadas de monstruos heráldicos y que se alzaban a uno y otro lado de la entrada de una gran avenida serpenteante. Distinguí por encima de los arbustos de laurel y de los rododendros un palacio ancho y con muchos tejados triangulares, recubierto de hiedra, y con la tonalidad cálida, animadora y suave del viejo ladrillo de fachada. Estaba todavía contemplando absorto de admiración aquella mansión encantadora, cuando mi acompañante me tironeó nerviosamente de la manga y cuchicheó:

—Ahí tenemos a sir Thomas. Por favor, hable todo cuanto pueda de escarabajos.

Por una abertura del seto de arbustos de laurel había surgido un hombre alto, enjuto, curiosamente anguloso y huesudo. Empuñaba una escardilla, y sus manos estaban revestidas de guantes de jardinero. Un sombrero gris de anchas alas proyectaba sombra sobre su cara, pero me pareció ésta de una extraordinaria austeridad, con barba rala y facciones ásperas e irregulares. El carricoche se detuvo y lord Linchmere saltó a tierra, exclamando cordialmente:

—¿Qué tal vamos, mi querido Thomas?

Pero la cordialidad no era en modo alguno recíproca. El propietario de la finca me miró fijamente por encima del hombro de su cuñado, y yo pude captar algunas frases

sueltas, como «deseos bien conocidos… odio a la gente extraña… entrometimiento injustificable… totalmente inexplicable…». Farfullaron entre ellos una explicación, y luego se acercaron juntos al cochecillo, y lord Linchmere dijo:

—Permítame que le presente a sir Thomas Rossiter, doctor Hamilton. Ya verá usted cómo ambos tienen una fuerte coincidencia y aficiones.

Contesté con una inclinación. Sir Thomas permanecía erguido y rígido, mirándome con severidad por debajo de la ancha ala de su sombrero. Luego dijo:

—Lord Linchmere me informa que entiende usted algo de escarabajos. ¿Qué es lo que usted sabe de esos animales?

—Sé lo que he aprendido de su libro acerca de los coleópteros, sir Thomas —le contesté.

—Cíteme los nombres de las especies más conocidas del escarabajo británico sagrado —me dijo.

Yo no esperaba verme sometido a un examen, pero estaba, por suerte, preparado para sufrirlo. Pareció que mis contestaciones le agradaron, porque se suavizó la severidad de sus facciones y me dijo:

—Por lo que veo, ha sacado usted algún provecho de la lectura de mi libro, señor. Me resulta cosa rara el tener ocasión de hablar con una persona que se interesa de una manera inteligente en esta clase de temas. Las gentes saben encontrar tiempo para insignificancias como el deporte o la vida de sociedad y, sin embargo, pasan por alto a los escarabajos. Le aseguro que la mayor parte de los imbéciles que viven en esta región no sospechan siquiera que yo haya escrito en mi vida un libro, yo, el primero que ha descrito jamás la función de los élitros. Me alegro de conocerle, señor, y no dudo de que podré mostrarle algunos ejemplares que le interesarán.

Subió al coche y vino con nosotros hasta la casa, explicándome algunas investigaciones realizadas últimamente por él acerca de la anatomía de la escarabaja.

He dicho ya que sir Thomas Rossiter llevaba en la cabeza un ancho sombrero echado hacia adelante. Al entrar en el vestíbulo se descubrió y me di cuenta en el acto de una característica singular, que el sombrero me había ocultado. Su frente, naturalmente alta, y que lo parecía más aún debido al entrante que formaban sus cabellos, estaba en un estado de continuo movimiento. Debido a alguna enfermedad nerviosa, los músculos se mantenían en un espasmo constante, que en ocasiones se exteriorizaba únicamente con una ligera contracción y otras con un curioso movimiento rotativo, distinto de todo cuanto yo había visto en mi vida. Esa particularidad quedó sumamente visible cuando se volvió hacia nosotros, después de entrar en su despacho, y chocaba todavía más por contraste con sus ojos duros, que miraban por debajo de aquellas cejas palpitantes.

—Lamento que lady Rossiter no se encuentre aquí para ayudarme a hacer grata su estancia —dijo—. A propósito, Charles, ¿dijo Evelin algo acerca de la fecha de su regreso?

—Desea permanecer todavía en Londres algunos días más —contestó lord

Linchmere—. Ya sabes que los deberes sociales de las señoras se acumulan cuando permanecen ausentes en provincias algún tiempo. Mi hermana tiene en la actualidad muchas viejas amistades en Londres.

—Bien, ella es muy dueña de su persona, y yo no desearía alterar sus proyectos, pero me alegraré de verla otra vez por aquí, porque me siento muy solitario sin su compañía.

—Ésos fueron mis temores, y eso ha sido en parte lo que me ha hecho venir. Mi joven amigo el doctor Hamilton se interesa tanto en el tema que tú has llegado a dominar, que me pareció que no tendrías inconveniente en que me acompañase.

—Llevo una vida retirada, doctor Hamilton, y cada vez es mayor mi aversión a ver gente extraña —contestó el dueño de la casa—. A veces se me ocurre pensar que ya mis nervios van flaqueando. Los viajes que en mi juventud hice para reunir ejemplares de escarabajos me obligaron a visitar muchos países insanos y en los que reina la malaria. Sin embargo, siempre recibo con agrado a un hermano en aficiones coleopteristas como es usted, y veré con placer que examine usted mi colección. Sin exageración alguna, creo que puedo calificarla de la más completa que hay en Europa.

Lo era, sin duda. Disponía de un inmenso armario de roble dividido en estrechos cajones, y allí, cuidadosamente clasificados y etiquetados, había escarabajos procedentes de todos los rincones de la tierra negros, pardos, azules, verdes y moteados. De vez en cuando, a medida que pasaba su mano por encima de filas y más filas de insectos ensartados, echaba mano a algún ejemplar raro y, manejándolo con el mismo cuidado y reverencia que si se tratase de una reliquia preciosa, se extendía en explicaciones acerca de sus características y de las circunstancias en que llegó a poder suyo. Evidentemente, era cosa extraordinaria para él tropezar con un oyente que le escuchase con simpatía, y habló y habló hasta que el crepúsculo primaveral se cerró, convirtiéndose en noche, y el gong anunció que era hora de vestirse para ir a la mesa. Lord Linchmere no dijo nada en todo ese tiempo, pero permaneció al lado de su hermano político, y yo lo sorprendí dirigiendo constantemente miradas rápidas, curiosas y escrutadoras a la cara de éste. Sus propias facciones delataban una fuerte emoción, que a veces era de recelo, otras de simpatía y otras de expectación. Me pareció que yo las leía una después de otra. Estaba seguro de que lord Linchmere temía y esperaba algo, pero no me imaginaba qué pudiera ser.

La velada transcurrió tranquila pero agradable, y yo habría estado por completo a mis anchas, a no ser porque percibía una constante tensión de ánimo en lord Linchmere. En cuanto al dueño de la casa, me pareció que ganaba en aprecio dándose a conocer. Hablaba siempre con cariño de su esposa ausente, y también de su hijito, al que habían enviado hacía poco al colegio. Dijo que la casa no parecía la misma faltando ellos. Los días le habrían sido insoportables si no hubiera podido dedicarse a sus estudios científicos, ahora que estaba solo. De sobremesa pasamos algún tiempo en el salón de billares, fumando, y por último nos acostamos a una hora temprana.

Sólo entonces y por primera vez cruzó por mi imaginación la sospecha de que lord Linchmere era un lunático. Una vez que el dueño de la casa se hubo retirado, lord Linchmere se metió en mi dormitorio, y me dijo en voz baja y hablando precipitadamente.

—Doctor, es preciso que venga conmigo. Tendrá que pasar la noche en mi dormitorio.

—¿Qué significa eso?

—Prefiero no explicárselo, pero le diré que ésta es una de sus obligaciones. Mi habitación está aquí al lado, y podrá volver a esta suya antes de que venga por la mañana el criado a despertarlo.

—¿Pero, por qué es preciso hacer eso? —pregunté.

—Porque me pone nervioso el quedarme solo —me contestó—. Ahí tiene usted cuál es el motivo, ya que exige el conocerlo.

Aquello me pareció una locura, pero el argumento de aquellas veinte libras se sobreponía a muchas objeciones. Le seguí a su habitación, y ya en ella, le dije:

—Bueno, pero en esta habitación sólo hay una cama.

—Porque sólo uno de nosotros ha de acostarse en ella —me contestó.

—¿Y el otro?

—Debe permanecer de centinela.

—¿Por qué? —exclamé yo—. Cualquiera diría que espera una agresión.

—Quizá la espero.

—En tal caso, ¿por qué no cerrar la puerta?

—Es que quizá quiero ser agredido.

Aquello parecía cada vez más un loco. Sin embargo, no me quedaba otro recurso que ceder y someterme. Me encogí de hombros y me senté en el sillón junto a la chimenea apagada, preguntando con desagrado:

—¿De modo, pues, que debo permanecer de vigilante?

—Dividiremos la noche en dos guardias. Si usted vigila hasta las dos de la madrugada, yo montaré la guardia el resto de la noche.

—Perfectamente.

—Pues entonces, despiérteme a las dos.

—Así lo haré.

—Manténgase con el oído bien atento, y en cuanto escuche usted algún ruido despiérteme en el acto. En el acto, repito.

—Puede estar seguro de que así lo haré. —Yo procuré adoptar una actitud la más solemne que pude.

—Y, por todo lo que más quiera, no se duerma —me dijo mi acompañante. Acto continuo, despojándose únicamente de su *smoking*, se cubrió con la colcha y se dispuso a pasar la noche.

Pasé unas horas de vigilia melancólica, tanto más melancólica cuanto estaba convencido de que aquello era una estupidez. ¿Cómo diablos lord Linchmere no

cerraba la puerta de su dormitorio y se protegía de ese modo contra todo peligro, suponiendo que, por cualquier razón que fuese, tenía motivos para recelar que estaba expuesto a alguno dentro de la casa de sir Thomas Rossiter? Su explicación de que quizá lo que deseaba era ser agredido resultaba absurda. ¿Por qué podía desear ser agredido? ¿Y quién deseaba que le agrediese? No cabía duda de que lord Linchmere sufría alguna manía extraña, cuya consecuencia era el que yo no descansase durante la noche, por un imbécil pretexto. Pero, por absurdo que aquello fuese, decidí obedecer sus instrucciones al pie de la letra, mientras permaneciese al servicio suyo. Me senté, pues, junto a la chimenea apagada y me dediqué a escuchar las sonoras campanadas de un reloj que debía estar allá en el pasillo, y que sonaba, después de un ligero gargarismo, cada cuarto de hora. Fue una vigilia interminable. Fuera de aquel único reloj, reinaba por la enorme casa un silencio absoluto. Una lámpara pequeña colocada sobre la mesa que tenía yo junto a mi brazo proyectaba un círculo de luz alrededor de mi sillón, pero dejaba envueltos en sombra los ángulos de la habitación. Lord Linchmere, acostado en la cama, respiraba pacíficamente. Sentí envidia de su sueño sosegado; mis párpados pugnaban una y otra vez por cerrarse, pero mi sentido del deber acudía siempre en mi ayuda, y me erguía en mi asiento, me frotaba los ojos y me pellizcaba, resuelto a llegar hasta el final de aquella absurda velada.

Lo conseguí. Me llegaron desde el pasillo las campanadas de las dos y apoyé mi mano en el hombro del durmiente. Se sentó instantáneamente en la cama, con una expresión en el rostro del más vivo interés y me preguntó:

—¿Oyó usted algo?

—No, señor. Son las dos.

—Perfectamente. Montaré yo la guardia. Puede echarse a dormir.

Me tumbé debajo de la colcha tal como él lo había hecho y no tardé en quedarme dormido. Mi último recuerdo fue el de aquel círculo de luz de la lámpara, y en el centro del mismo la figura pequeña y encogida de lord Linchmere, en cuyo rostro observé una expresión de tensa ansiedad.

Ignoro el tiempo que dormí, pero un vivo tirón en la manga me despertó súbitamente. La habitación estaba en completa oscuridad, aunque un fuerte olor a petróleo me dio a entender que la habían apagado en aquel mismo instante.

—¡Rápido! ¡Rápido! —me dijo al oído la voz de lord Linchmere.

Salté de la cama, y él seguía tirándome del brazo.

—¡Colóquese allí enfrente! —cuchicheó, y me arrastró hasta un ángulo de la habitación—. ¡Silencio! ¡Escuche!

Distinguí claramente en medio del silencio de la noche el ruido de alguien que se acercaba por el pasillo. Eran unos pasos sigilosos, furtivos e intermitentes, como de un hombre que se detenía cauteloso después de cada zancada. A veces no se oía absolutamente nada durante medio minuto, pero luego se percibía el roce y el crujido que anunciaban un nuevo paso hacia adelante. Mi compañero temblaba de emoción. Su mano, que seguía aferrada a mi manga, se movía lo mismo que una rama al soplo

del viento.

—¿Qué es eso? —susurré.

—¡Él!

—¿Sir Thomas?

—Sí.

—¿Y qué pretende?

—¡Silencio! No haga usted nada hasta que yo se lo diga.

En ese instante percibí que alguien trataba de abrir la puerta. Se oyó un roce muy suave del manillar, y acto continuo distinguí una rendija estrecha de luz tenue. En el pasillo había alguna lámpara encendida, y ello bastaba para que desde la oscuridad de nuestra habitación se distinguiese la parte de fuera. La línea grisácea se fue ensanchando cada vez más, muy poco a poco, muy suavemente, y de pronto se siluetó sobre ese fondo grisáceo la negra figura de un hombre. Avanzaba encogido y agazapado, produciendo la impresión de la silueta de un enano voluminoso y disforme. La puerta se abrió poco a poco por completo, quedando en el centro de la misma enmarcada aquella figura ominosa. Y de pronto, la figura agazapada se irguió, cruzó la habitación con un salto de tigre, y se oyeron tres golpes sordos producidos con algún objeto pesado al chocar en la cama.

Me quedé paralizado de asombro, mirando con ojos desorbitados y sin dar un paso, hasta que me sacudió un grito de socorro lanzado por mi acompañante. La puerta, de par en par, dejaba pasar luz suficiente para que yo distinguiese la silueta de las cosas y vi al pequeño lord Linchmere sujetando con los brazos por el cuello a su cuñado, aferrado valerosamente a su presa lo mismo que un valiente bull-terrier que ha hundido los dientes en un delgado galgo escocés. El hombre alto y huesudo se lanzaba a derecha e izquierda, retorciéndose para lograr hacer presa en su asaltante; pero éste, sujetándolo por detrás, no soltaba su abrazo, aunque los gritos agudos y atemorizados daban a entender la conciencia que tenía de la desigualdad de aquella lucha. Me precipité en su ayuda, y entre los dos conseguimos derribar al suelo a sir Thomas, aunque éste me clavó sus dientes en el hombro. A pesar de mi juventud, de mi peso y de mis músculos, tuvimos que mantener un forcejeo desesperado antes de conseguir imponernos a sus frenéticos forcejeos; pero logramos, por último, atarle los brazos con el mismo cordón del batín que él llevaba. Yo lo sujetaba por las piernas, en tanto que lord Linchmere trataba de volver a encender la lámpara, cuando oímos pataleo de muchos pies en el pasillo, y vimos entrar precipitadamente al mayordomo y a dos lacayos que acudían alarmados por los gritos. No tuvimos con su ayuda mayores dificultades para sujetar a nuestro prisionero, que seguía en el suelo, echando espumarajos y miradas furiosas. Bastaba contemplar aquella cara para convencerse de que estábamos ante un loco peligroso, y el martillo corto y macizo caído en el suelo junto a la cama decían bien a las claras los propósitos asesinos que había traído.

—¡No empleemos ninguna violencia! —dijo lord Linchmere, cuando poníamos

en pie a aquel hombre que aún forcejeaba—. Después de esta excitación entrará en un periodo de aplanamiento. Creo que empieza a volver en sí.

Mientras decía esas palabras empezaron las convulsiones a perder violencia, y el loco dejó caer la cabeza sobre su pecho, como si se hubiese apoderado el sueño de él. Lo llevamos por el pasillo y lo acostamos en su propia cama, donde quedó inconsciente y respirando fatigosamente. Lord Linchmere dijo:

—Os quedaréis dos de vosotros vigilándolo. Y ahora, doctor Hamilton, si tiene la amabilidad de acompañarme a mi habitación, le daré una explicación que quizá demoré demasiado por mi horror al escándalo. Ocurra lo que ocurra, no tendrá usted jamás motivos de lamentarse de la parte que ha tomado en la tarea de esta noche.

Cuando estuvimos a solas, siguió diciendo:

—En pocas palabras se puede poner en claro el caso. Mi pobre cuñado es uno de los hombres mejores que hay en toda la tierra, un marido amante y un padre apreciable; pero viene de una raza profundamente afectada de locura. En más de una ocasión ha tenido arrebatos homicidas, tanto más dolorosos cuanto que le llevan siempre a acometer precisamente a la persona por la que siente un afecto mayor. Hubo que enviar a su hijo al colegio para ponerlo a salvo de ese peligro; pero ocurrió después la agresión a mi hermana, la esposa suya, agresión de la que ella se salvó, pero sufriendo heridas que ha podido usted observar cuando habló con ella en Londres. Compréndame. Mi cuñado no tiene, cuando se encuentra en su sano juicio, la menor noción de lo que ha hecho, y le parecería ridícula cualquier sugerencia que le hiciesen de que había lastimado, fuese como fuese, a las personas a quienes más tiernamente quiere. Usted sabe ya que una de las características de esa clase de enfermedades es la imposibilidad absoluta de convencer a quien padece de ellas que, en efecto, es una víctima suya. Se imponía, por consiguiente, el que buscásemos la manera de colocar a mi cuñado en donde no pudiera manchar sus manos con sangre, pero el asunto era muy espinoso. Es hombre muy retirado, y por nada del mundo accedería a consultar con ningún médico. Además, era indispensable, para la finalidad que nos proponíamos, el que el médico adquiriese la plena certeza de que este hombre está loco, porque fuera de esos accesos, muy raros, es un hombre tan equilibrado como usted o como yo. Por suerte, antes de que le acometan estos accesos suele mostrar siempre ciertos síntomas que sirven de aviso, de advertencia de peligro, una cosa providencial que nos indica que estemos en guardia. El síntoma principal suele ser la contracción nerviosa de la frente, que usted mismo ha podido observar. Es ése un fenómeno que aparece siempre de tres a cuatro días antes de que le acometa el acceso de locura furiosa. En cuanto observó este de ahora, su mujer marchó a Londres con un pretexto cualquiera y se refugió en mi casa de Brook Street. Era misión mía convencer a un médico de la locura de sir Thomas, porque sin ese requisito es imposible colocarlo en lugar donde no pueda causar daño alguno. El primer problema consistía en traer a esta casa a un médico. Pensé en el interés que siente mi cuñado por los escarabajos, y en la afición que toma a cuantas personas

comparten sus gustos. Por eso puse el anuncio, y tuve la suerte de encontrar en usted al hombre que me hacía falta. Era preciso que ese médico fuese persona de mucha fuerza, porque yo sabía que sólo una agresión asesina podía constituir prueba de locura, y tenía toda clase de razones para creer que la agresión se realizaría contra mi persona, porque en sus momentos de lucidez mi cuñado sentía por mí el más profundo afecto. Creo que la inteligencia de usted suplirá todo lo restante. Yo no sabía si la agresión se produciría durante la noche, aunque lo creía muy probable, porque en estos casos lo corriente es que las crisis se presenten en las primeras horas de la mañana. Yo soy hombre muy nervioso, pero no veía otro recurso para poner la vida de mi hermana a cubierto de este peligro tremendo. Creo que no hará falta que le pregunte si está usted dispuesto a firmar los documentos en que conste la locura furiosa de mi cuñado.

—Los firmaré, desde luego. Pero se necesitan dos firmas.

—Se olvida usted de que también yo tengo mi diploma de médico. Los documentos necesarios están ya preparados ahí en esa mesa, de modo que si usted tiene la bondad de firmarlos ahora mismo podemos sacar de aquí al enfermo por la mañana.

Ahí tienen ustedes cómo fue el visitar yo al célebre cazador de escarabajos sir Thomas Rossiter, y ahí tienen también cómo subí el primer peldaño de la escala del éxito, porque lady Rossiter y lord Linchmere demostraron ser unos amigos fieles y constantes, y no han olvidado jamás cómo yo les serví en el momento en que ellos lo necesitaban. Sir Thomas está ya fuera de la casa de salud y afirman que se ha curado. Sin embargo, sigo pensando que si yo tuviese que pasar otra noche en Delamere Court, me sentiría inclinado a cerrar mi puerta con llave por dentro.

El hombre de los relojes

Son muchos los que recuerdan todavía las extraordinarias circunstancias que llenaron muchas columnas de la prensa diaria durante la primavera del año 1892, bajo los titulares de «El misterio de Rugby». Como ese hecho ocurrió en un periodo de excepcional falta de emociones, atrajo quizá una atención superior a lo que él se merecía, aunque tuvo para el público esa mezcla de lo caprichoso y de lo trágico que de tal manera excita la imaginación del pueblo. Sin embargo, el interés decayó cuando, después de varias semanas de inútiles investigaciones, se vio que no llegaba una explicación definitiva de los hechos, y desde entonces hasta ahora parece que la tragedia hubiese pasado al negro catálogo de los crímenes inexplicables y sin expiación. Sin embargo, una publicación reciente (de cuya autenticidad no puede dudarse) ha arrojado una luz nueva y brillante sobre el tema. Antes de pasar a exponerla a los lectores convendría que yo refrescase sus recuerdos acerca de los hechos extraños en que se funda este comentario. Esos hechos, resumidos brevemente, son como sigue:

El día 18 de marzo del año citado, y a las cinco de la tarde, salió un tren de la estación de Euston, en dirección a Manchester. El día era lluvioso y tormentoso, y la violencia del tiempo se fue haciendo cada vez mayor a medida que avanzaba el día, de modo que era uno de aquellos en que no viajaba nadie como no tuviese necesidad absoluta de hacerlo. Sin embargo, el tren citado es el que prefieren los hombres de negocios de Manchester cuando regresan a esta ciudad desde Londres, porque sólo invierte cuatro horas y veinte minutos, y no tiene sino tres estaciones de parada en todo el trayecto. Por ello, y a pesar de la inclemencia del tiempo, estaba casi lleno el día de que hablo. El guarda-tren era un empleado de confianza de la compañía que llevaba veintidós años de servicio sin la menor queja ni censura. Llamábase John Palmer.

Estaba el reloj de la estación a punto de dar las cinco, y el guarda-tren estaba, por su parte, a punto de dar la señal reglamentaria al maquinista, cuando vio que dos viajeros rezagados llegaban corriendo por el andén. Uno de ellos era un hombre de estatura extraordinariamente grande, y que llevaba gabán largo, negro, con el cuello y los puños de astracán. He dicho ya que el tiempo era inclemente, y por eso el viajero de gran estatura llevaba levantado el cuello alto y de mucho abrigo, para proteger su garganta del crudo viento del mes de marzo. La impresión que de ese rápido examen sacó el guarda-tren fue que aquel hombre tendría de cincuenta a sesenta años, aunque conservaba mucho de la energía y actividad de su juventud. Llevaba en una mano una maleta Gladstone de cuero marrón. Su acompañante era una mujer, alta y erguida, que con sus vigorosas zancadas dejaba atrás al caballero que llevaba a su lado. Vestía abrigo de viaje, largo, de color cervato; llevaba en la cabeza una toca negra muy ajustada, y un velo, también negro, que ocultaba la mayor parte de su rostro. Ambos podían pasar muy bien por padre e hija. Avanzaron rápidos hacia la cabecera del tren,

mirando al interior por las ventanillas, hasta que el guarda, John Palmer, los alcanzó y les dijo:

—Vamos, señor, dese prisa, porque el tren está a punto de salir.

—Primera clase —contestó el hombre.

El guarda hizo girar la manilla de la puerta más próxima. En el departamento cuya portezuela había abierto estaba sentado un hombre pequeño que tenía un cigarro en la boca. Por lo visto, su imagen se quedó bien grabada en la memoria del guarda, porque éste se manifestó posteriormente dispuesto a describir al personaje y a identificarlo. Era un hombre de treinta y cuatro o treinta y cinco años de edad, de traje gris, nariz afilada, expresión despierta, cara rubicunda y curtida del aire libre, y barbita negra muy corta. Cuando se abrió la puerta él levantó la vista. El hombre de gran estatura se detuvo con el pie en el estribo del coche y dijo, volviéndose a mirar al guarda:

—Éste es un departamento de fumadores, y a esta señora le desagrada el humo.

—¡Perfectamente! ¡Aquí tienen el que les conviene, señor! —dijo John Palmer, y cerró de golpe la portezuela del departamento de fumadores, abriendo acto continuo el inmediato, que estaba desocupado, haciendo entrar precipitadamente a los dos viajeros.

Hizo sonar inmediatamente su silbato, y las ruedas del tren empezaron a ponerse en movimiento. El hombre del cigarro estaba asomado a la ventanilla de su departamento, y gritó algo al guarda cuando pasó por delante de él; pero sus palabras se perdieron en el bullicio del tren en marcha y de las despedidas. Palmer se metió en el furgón, cuando éste llegó a su altura, y ya no volvió a pensar en el incidente.

A los doce minutos de su salida de la estación de Euston llegó el tren al empalme de Willesden, donde se detuvo un espacio de tiempo pequeñísimo. El examen de los billetes ha permitido deducir con entera seguridad que en ese tiempo ningún nuevo viajero subió o bajó, y tampoco se vio apearse al andén a ninguno de los viajeros que venían de Londres. A las cinco catorce se reanudó la marcha hacia Manchester, y el tren llegó a Rugby a las seis cincuenta, con cinco minutos de retraso.

En la estación de Rugby, uno de los empleados se fijó en que la puerta de uno de los coches de primera se encontraba abierta. El examen de aquel departamento y del contiguo descubrió una cosa extraordinaria.

El departamento de fumadores, en el que el guarda había visto al hombre pequeño y rubicundo, de barba negra, hallábase ahora vacío. No había otro vestigio de su último ocupante sino un cigarro a medio fumar. La portezuela de este departamento estaba cerrada. En el departamento contiguo, hacia el que se había dirigido primeramente la atención de los empleados, no había tampoco indicio del caballero del cuello de astracán ni de la joven que le acompañaba. Los tres viajeros habían desaparecido. Por otra parte, se descubrió en el piso del coche —es decir, en el departamento en que entraron el hombre alto y la señora— a un joven elegantemente vestido y de aspecto de petimetre. Tenía las rodillas levantadas y encogidas, la cabeza

apoyada en la portezuela del lado contrario y un codo en cada uno de los dos asientos. Una bala le había traspasado el corazón y su muerte debió ser instantánea. Nadie había visto a ese joven subir al tren, no se le encontró en el bolsillo billete de ferrocarril, ni había en su ropa interior inicial alguna, no llevando tampoco encima documentos ni objetos personales que pudieran ayudar a identificar su personalidad. Quién era, de dónde había venido y de qué manera encontró la muerte eran enigmas tan grandes como el paradero de aquellas tres personas que hora y media antes habían salido de Willesden en aquellos mismos departamentos.

He dicho que no había objetos personales que pudieran ayudar a identificar al muerto, pero la verdad es que en aquel joven desconocido se advirtió una particularidad que fue objeto de muchos comentarios en aquel entonces. Se encontraron en sus bolsillos hasta seis valiosos relojes de oro, tres en los distintos bolsillos del chaleco, uno en el bolsillo exterior del pecho, otro en el bolsillo interior y uno pequeño de pulsera sujeto a su muñeca izquierda con una correa de cuero. La explicación que parecía saltar a la vista era que se trataba de un carterista y que todo aquello era producto del robo; pero hubo que descartarla, porque los seis relojes eran de fabricación norteamericana y de un tipo muy raro en Inglaterra. Tres relojes llevaban la marca de la Compañía Relojera de Rochester; uno, la de Mason, de Elmira; otro, sin marca, y el pequeño, con muchos adornos y piedras finas, era de Tiffany’s, Nueva York. Los demás objetos que se le encontraron en el bolsillo eran un cortaplumas de nácar con sacacorchos, de la marca Rodgers, de Sheffield; un espejito redondo, de una pulgada de diámetro; una contraseña de salida de entreacto del teatro Liceum, una cajita de plata llena de cerillas *vesta* y un estuche de cuero para cigarros que tenía dos de los llamados trompetillas, además de dos libras y catorce chelines en dinero. Era, pues, evidente que entre los posibles móviles del asesinato no figuraba el robo. He dicho ya que en las ropas interiores de aquel hombre no había inicial alguna; eran ropas flamantes, y tampoco la chaqueta tenía la etiqueta del sastre. El aspecto exterior era de un joven de poca estatura, mejillas imberbes y facciones delicadas. Una de las palas de su dentadura mostraba una corona de oro muy visible.

En cuanto se descubrió la tragedia se procedió a realizar una revisión inmediata de los billetes de los viajeros, haciendo un recuento del número de éstos. De esa manera se comprobó que únicamente faltaban tres billetes, que eran los que correspondían a los tres viajeros desaparecidos. Se permitió entonces al tren expreso que siguiese su camino, pero se puso un nuevo guarda-tren, haciendo que John Palmer permaneciese en Rugby como testigo. Se desenganchó el coche al que pertenecían los dos departamentos en cuestión y se le desvió a un apartadero. Una vez que llegaron el inspector Vane, de Scotland Yard, y Mr. Henderson, detective al servicio de la compañía ferroviaria, se realizó una investigación completa de todas las circunstancias del caso.

No había duda de que se había cometido un crimen. La bala parecía proceder de una pistola o revólver pequeños, y había sido disparada desde una distancia no muy

grande, aunque no a quemarropa, porque no se observaban chamuscados en las prendas de vestir. No se encontró ningún arma en el departamento, con lo que quedó descartada la teoría del suicidio, ni había rastro alguno de la maleta de cuero marrón que el guarda-tren había visto que llevaba el caballero de gran estatura. Sí se descubrió en la rejilla de los equipajes una sombrilla de señora; pero en ninguno de los dos departamentos había rastro de los viajeros. La cuestión de cómo y por qué tres viajeros (de los que uno era una mujer) se decidieron a salir del tren y pudieron hacerlo, y la de cómo subió otro viajero en el trayecto ininterrumpido desde Willesden a Rugby fue, con independencia del crimen, una de las cosas que despertaron en máximo grado la curiosidad del público y dieron origen a muchísimas cábalas en la prensa londinense.

John Palmer, el guarda, pudo hacer algunas declaraciones durante la investigación que arrojaron una pequeña luz en el asunto. Entre Tring y Cheddington existía, según esas declaraciones, un trecho en el que, debido a estarse realizando algunas reparaciones en la línea, el tren había tenido que disminuir la marcha hasta una velocidad que no excedía de las ocho o diez millas por hora. Era posible que un hombre, e incluso una mujer muy resuelta, hubiesen abandonado el tren en ese lugar sin sufrir ningún daño grave. Es cierto que había trabajando una cuadrilla de obreros, y que éstos no habían visto nada; pero como los obreros trabajaban entre las vías y la puerta del coche que se había encontrado abierta daba al lado contrario, cabía en lo posible que alguien hubiese saltado a tierra, porque ya para entonces iba oscureciendo. Un talud de mucha pendiente bastaba para ocultar a la vista de los peones al que hubiese saltado del tren.

También testificó el guarda que había sido grande el movimiento de gente en el andén del empalme de Willesden, y que, a pesar de tener la seguridad de que ningún nuevo viajero había subido al tren, y de que tampoco se había apeado ninguno de los que en el mismo viajaban era muy posible que algún viajero hubiese cambiado de departamento sin que el guarda se diese cuenta. Nada tenía de particular el que un caballero acabase de fumar su cigarro en un departamento de fumadores y se trasladase luego a otro en el que la atmósfera era más limpia. Suponiendo que el hombre de la barbita negra hubiese hecho eso en Willesden (suposición que se veía reforzada por el hallazgo del cigarro a medio fumar en el suelo del departamento), lo más natural era que se trasladase al más próximo, con lo que se habría puesto en contacto con los otros dos actores del drama. Quedaba de ese modo establecida, dentro de lo probable, la primera etapa del asunto, partiendo de esos datos. Pero ni el guarda ni los expertos detectives fueron capaces de elaborar una hipótesis que pudiera explicar cuál había sido el segundo acto del drama, ni cómo se llegó al último.

Un examen cuidadoso de las vías del ferrocarril entre Willesden y Rugby dio lugar a un descubrimiento que pudiera o no tener relación con la tragedia. Cerca de Tring, en el lugar mismo donde el tren reducía su velocidad, se descubrió en el fondo

del talud de la vía un ejemplar de bolsillo, muy manoseado y gastado, del Nuevo Testamento. El pie de imprenta era el de Sociedad Bíblica de Londres, y tenía esta inscripción: «De Juan para Alicia. Enero 13, 1856» en la guarda. Debajo estaba escrito lo siguiente: «James, julio 4, 1859», y más abajo todavía: «Edward. Noviembre 1,1859»; todo ello escrito del mismo puño y letra. Fue ésa la única pista, si de tal podía calificarse, que encontró la Policía, y el veredicto del juez de investigación fue de «asesinato cometido por una o varias personas desconocidas». Tal fue el final nada satisfactorio de aquel caso extraño. Resultaron infructuosos los anuncios, el ofrecimiento de recompensas y todas las investigaciones, porque no se descubrió base suficientemente sólida para servir de punto de partida para la tarea de poner el crimen en claro.

Sin embargo, sería un error suponer que no se hubiesen lanzado hipótesis para explicar los hechos. Todo lo contrario. La prensa, tanto la de Inglaterra como la de Norteamérica, vino plagada de sugerencias y de suposiciones que, en su mayoría, eran evidentemente absurdas. El que los relojes fuesen de fabricación norteamericana y algunos detalles característicos del revestimiento de oro de uno de los dientes delanteros parecía indicar que el muerto era ciudadano de los Estados Unidos, aunque su ropa interior, el traje y el calzado eran indiscutiblemente de fabricación inglesa. Se apuntaba la idea de que quizá ese hombre estaba escondido debajo del banco, y que al ser descubierto, por una u otra razón, quizá porque había oído algún secreto criminal, fue asesinado por sus compañeros de viaje. Esta teoría, ligada a ciertas generalidades que circulaban corrientemente sobre la ferocidad y la astucia de las sociedades de anarquistas y de otras organizaciones secretas, resultaba tan verosímil como otra cualquiera.

El que el muerto no llevase encima un billete de ferrocarril ligaba bien con la idea de que estaba escondido, y era cosa bien sabida que en la propaganda de los nihilistas tomaban parte muy destacada las mujeres. Por otra parte, resulta evidente, a juzgar por la declaración del guarda, que aquel hombre tuvo que estar escondido allí antes de que llegasen los otros, y era una coincidencia por demás improbable el que aquellos conspiradores fuesen a meterse precisamente en el departamento en que se había ocultado ya un espía. Aparte de esto, la hipótesis hacía caso omiso del hombre del departamento de fumadores, y no aportaba absolutamente ninguna explicación de su desaparición simultánea con la de los demás. Poco trabajo tuvo la Policía en demostrar que semejante hipótesis no cubría todos los hechos; pero la ausencia de pruebas le impedía presentar, por su parte, otra hipótesis más satisfactoria.

En la *Daily Gazette*, y con la firma de un investigador de asuntos criminales que gozaba de gran reputación, apareció una carta que provocó grandes discusiones durante algún tiempo. Ese investigador lanzaba una hipótesis que era por lo menos habilidosa, y creo que no puedo hacer yo cosa mejor que reproducirla al pie de la letra. Decía así:

«Sea la que sea la verdad del caso, no cabe duda de que es el resultado de alguna combinación extraña y fantástica de acontecimientos, y por esa razón no hay más remedio que partir en la hipótesis nuestra de hechos raros y también fantásticos. Al no disponer de datos, debemos salirnos del método analítico o científico de investigación, abordando el problema a la manera sintética. En una palabra: en lugar de partir de ciertos hechos conocidos y deducir de ellos lo que ocurrió, debemos construir una explicación guiándonos por la fantasía, a condición de que concuerde con los hechos que ya conocemos. Hecho eso, podremos poner a prueba la obra de nuestra fantasía con los datos nuevos que puedan ir surgiendo. Si todos ellos concuerdan, estaremos según toda probabilidad, en la huella exacta, y con cada hecho nuevo que descubramos, esa probabilidad aumentará en progresión geométrica hasta llegar a la prueba final y convincente.

»Pues bien: nadie ha reparado debidamente en un hecho muy notable y sugerente. Por Harrow y King's Langley pasa un tren de los llamados cortos que, de acuerdo con el horario, debió alcanzar al expreso más o menos hacia el lugar en que éste disminuyó su velocidad hasta ocho millas por hora, debido a las reparaciones que se están haciendo en la línea. De modo, pues, que en ese lugar los dos trenes debían avanzar en la misma dirección y a una velocidad parecida, por vías paralelas. Ahora bien: cualquiera de nosotros sabe que en tales circunstancias, las personas que viajan en un vagón ven con toda claridad a los viajeros que viajan en los coches del otro tren que quedan enfrente suyo. En Willesden se habían encendido las lámparas del tren expreso, y todos los departamentos del mismo estaban brillantemente alumbrados, siendo, por consiguiente, muy visibles a cualquier observador de fuera del tren.

»Pues bien: yo reconstruyo la cadena de sucesos de la manera siguiente: El joven que llevaba tantos relojes viajaba solo en un coche del tren corto. Vamos a suponer que tenía sobre el asiento y junto a él su billete, con sus documentos, guantes y otros objetos. Era, probablemente, norteamericano, y era también, probablemente, un hombre débil de cerebro. El llevar encima una gran cantidad de joyas constituye uno de los primeros síntomas de algunas monomanías.

»Estando ese viajero sentado y mirando a los coches del tren expreso que marchaban a igual velocidad que el suyo debido al estado de la vía descubrió de pronto a algunas personas conocidas suyas dentro del expreso. Supongamos, para la marcha de nuestra hipótesis, que esas personas eran una mujer a la que él amaba y un hombre hacia el que sentía odio, y que a su vez lo odiaba a él. El joven era excitable e impulsivo. Abrió la puerta de su departamento y saltó del estribo del tren corto al estribo del expreso, abrió la correspondiente portezuela y se plantó delante de aquella pareja. La hazaña no es en modo alguno tan peligrosa como parece, si partimos de la suposición de que ambos trenes marchaban a la misma velocidad.

»Ya tenemos, pues, a nuestro joven, desprovisto de su billete, dentro del departamento en el que viajaban el hombre de más edad y la mujer joven. En tal situación no cuesta trabajo imaginarse que se produjo una escena violenta. Quizá la

pareja era también de norteamericanos, dando mayor probabilidad a esta suposición el que el hombre llevase encima un arma, hecho que se sale de lo corriente en Inglaterra. Si nuestra hipótesis de la monomanía incipiente es correcta, resulta verosímil que el joven agrediese al otro. En esta pelea, el hombre de más edad disparó contra el intruso y luego huyó, haciéndose acompañar de la mujer joven. Supongamos que todo esto ocurrió rapidísimamente, y que el tren marchaba todavía a una velocidad tan pequeña que no resultaba difícil abandonarlo. Es perfectamente factible el que una mujer se apee de un tren en marcha a ocho millas por hora. La verdad es que nos consta que esa mujer se apeó tal como digo.

»Nos queda ahora por encajar dentro de la hipótesis al hombre que viajaba en el departamento de fumadores; si damos por supuesto que nuestra manera de reconstruir la tragedia hasta llegar a este punto ha sido correcta, no encontraremos en el hombre en cuestión nada que nos obligue a rectificar. Según mi hipótesis, ese hombre vio cómo el joven saltaba de un tren a otro, cómo abría la portezuela, escuchó el disparo de pistola, vio cómo los dos fugitivos saltaban del tren a la vía, comprendió que se había cometido un asesinato y saltó a tierra para perseguir a los criminales. El que nada se haya vuelto a saber de ese hombre —pudo resultar muerto en esa persecución o, lo que es más probable, le hicieron comprender que no había en el caso razón alguna para su entrometimiento— es un detalle que hoy por hoy no disponemos de elementos para explicar. Reconozco que tropezamos en mi hipótesis con algunas dificultades. A primera vista, quizá parezca imposible que en un momento como aquél huyese el asesino cargado con una maleta de cuero marrón. A eso contesto que él sabía perfectamente que el descubrimiento de la maleta conduciría a su identificación. Le era indispensable, pues, cargar con ella. Mi teoría se sostiene o se viene abajo sobre un único detalle, y yo pido a la compañía del ferrocarril que realice una investigación rigurosa sobre si en el tren corto de Harrow y King’s Langley que circuló el día 18 de marzo quedó sin recoger un billete de ferrocarril. Si se encontrase ese billete, quedaba con ello demostrada la realidad de mi hipótesis. Si no se recogió, seguiría ésta siendo posiblemente correcta, porque cabe perfectamente que el viajero no llevase billete o que éste se perdió».

La contestación que la Policía y la compañía del ferrocarril dieron a esa hipótesis tan complicada y plausible fue que: primero, no se encontró tal billete; segundo, que el tren corto no podía haber corrido paralelamente al tren expreso, y tercero, que el tren corto permaneció estacionado en King’s Langley mientras el expreso pasaba por esa estación a la velocidad de cincuenta millas por hora. De esa manera quedó pulverizada la única explicación satisfactoria de cuantas se habían ofrecido, y transcurrieron cinco años sin que se presentase ninguna otra. Pues bien: hoy nos llega, por último, un escrito que abarca todos los hechos, y que no tenemos más remedio que considerar auténtico. Ese escrito consiste en una carta que está fechada en Nueva York, y vino dirigida a ese mismo investigador de crímenes cuya teoría he

copiado. Reproduzco la carta *in extenso*, a excepción de los dos primeros párrafos, que son de índole puramente personal:

«Sabrá usted perdonarme el que no me muestre muy generoso en citar nombres. Aunque es cierto que hoy existen menos razones para ello que hace cinco años, porque entonces vivía mi madre, prefiero, a pesar de todo, borrar hasta donde pueda toda huella que pudiera descubrirnos. Sin embargo, usted se merece una explicación, porque, a pesar de que su hipótesis era equivocada, no por eso resultaba menos hábil e ingeniosa. Para que usted pueda comprenderlo todo necesitaré retroceder un poco.

»Mi familia procedía del Buckshire, Inglaterra, y emigró a los Estados Unidos en los primeros años de la década del 50. Se establecieron en Rochester, estado de Nueva York, donde mi padre llegó a tener un gran almacén de ferretería. El matrimonio tuvo únicamente dos hijos: yo, que me llamo James, y mi hermano Edward. Yo le llevaba diez años a mi hermano, y después del fallecimiento de mi padre, esa condición de hermano mayor me hizo ser para Edward algo así como un padre. Era mi hermano un muchacho inteligente y lleno de vivacidad, además de ser uno de los hombres más bellos que han podido existir. Pero hubo siempre en él un punto débil, y ese punto débil, lo mismo que el moho en el queso, fue extendiéndose y extendiéndose, sin que hubiese manera de impedirlo. Nuestra madre lo veía con la misma claridad que yo; pero siguió echándolo a perder a fuerza de mimos, porque lo acostumbró a que no se le negase nada. Yo hice todo cuanto me fue posible para evitar que se desmandase, y él me cobró odio por las molestias que yo me tomaba.

»Llegó un momento en que se lanzó por su camino, sin que pudiera impedírselo nada de cuanto nosotros hicimos. Se trasladó a Nueva York y marchó rápidamente de mal en peor. Empezó como disoluto, y luego se hizo criminal. Al cabo de un par de años era uno de los jóvenes maleantes más destacados de aquella ciudad. Trabó amistad con MacCoy, «el Gorrión», al que nadie igualaba en su profesión de gancho de chirlata, cazador de tontos y granuja en toda la extensión de la palabra. Ambos se dedicaron a fulleros, alojándose en algunos de los mejores hoteles de Nueva York; mi hermano era un actor excelente (habría llegado lejos en el teatro si hubiese querido vivir honradamente), y representaba cualquier papel que conviniese a las finalidades que perseguía MacCoy, «el Gorrión», lo mismo el de un joven aristócrata inglés, que el de un palurdo simplón del Oeste, o que el de un estudiante universitario de los últimos cursos. Un buen día se disfrazó de muchacha, y lo hizo tan a la perfección, que resultó inapreciable como cimbel, acabando por adoptar ese papel como el de mayor éxito y preferencia. Estaban entendidos con los políticos de la Tammany y con la Policía, de manera que parecían tener campo libre. Eso ocurría en tiempos anteriores al nombramiento de la Comisión de Lexow, cuando con aquellas complicidades era posible hacer casi todo lo que a uno le viniese en gana.

»Nada habría sido capaz de interrumpir su carrera, si se hubiesen limitado a operar con los naipes y dentro de Nueva York; pero se les ocurrió pasar por Rochester

y falsificar la firma de un cheque. Fue mi hermano quien hizo eso, aunque todos sabían que había obrado bajo la influencia de MacCoy, “el Gorrión”. Yo compré aquel cheque, que me costó una bonita cantidad. Fui luego en busca de mi hermano, lo puse ante sus ojos encima de la mesa y le juré que si no desaparecía del país lo haría perseguir por la justicia. Al principio se limitó a echarse a reír, y me contestó que si yo hacía eso, mataría del disgusto a mi madre y él estaba bien seguro de que yo no era capaz de semejante cosa. Sin embargo, le hice comprender que mi madre iba a morir a disgustos de todos modos, y que estaba resuelto, puesto en la alternativa, a que viviese en la cárcel de Rochester antes de consentir que siguiese viviendo en un hotel de Nueva York. Por último se resignó, y me prometió de una manera solemne que rompería todo trato con MacCoy, “el Gorrión”, que embarcaría para Europa y que se dedicaría a cualquier oficio honrado en que yo le ayudase a establecerse. Me fui con él inmediatamente a visitar a un antiguo amigo de nuestra familia, Joe Willson, exportador de relojes norteamericanos de bolsillo y de pared, y conseguí que nombrase a Edward agente suyo en Londres, con un pequeño sueldo y una comisión del 15 por 100 sobre todos los negocios que se hiciesen. El aspecto y las maneras de mi hermano impresionaron tan favorablemente al anciano en la primera entrevista, que no había transcurrido una semana cuando se ponía en viaje para Londres con una maleta llena de muestras.

»Yo creí que mi hermano se había asustado verdaderamente con el asunto del cheque, y que había alguna posibilidad de que se asentase trabajando con honradez. Mi madre había hablado con Edward, y sus palabras debieron tocarle el corazón, porque siempre había sido para Edward la mejor de las madres, a pesar de que él había sido para ella el mayor dolor de su vida. Pero yo sabía que el tal MacCoy, “el Gorrión”, ejercía una gran influencia sobre Edward, de manera que mi única probabilidad de hacer que mi hermano siguiese por el camino derecho estribaba en romper la relación entre ellos. Yo tenía un amigo en el Cuerpo de Detectives de Nueva York, e hice que mantuviese vigilancia sobre MacCoy. Cuando, a los quince días de haber embarcado mi hermano, supe que MacCoy había tomado pasaje en el *Etruria*, adquirí la seguridad, como si lo hubiese oído de sus propios labios, que se trasladaba a Inglaterra con objeto de atraer a Edward a la clase de vida que había abandonado. Decidí en el acto embarcar yo también, contrapesando la influencia de MacCoy con la mía. Estaba seguro de que perdería la partida; pero pensé, y también lo pensó mi madre, que era un deber mío el hacerlo. Mi madre y yo nos pasamos la noche última entregados a la oración e implorando para mí el éxito, y ella me regaló un ejemplar del Nuevo Testamento que mi padre le había entregado como regalo de boda el día que se casaron en su país de origen, para que lo llevase siempre junto a mi corazón.

»Viajé en el mismo barco que MacCoy, y tuve, por lo menos, la satisfacción de estropearle sus combinaciones ventajistas durante el viaje. La primera noche después de nuestra salida de puerto entré en el salón de fumar y me lo encontré encabezando

una mesa de juego, rodeado de una docena de jóvenes que marchaban a Europa con la bolsa llena y el cráneo vacío. MacCoy se preparaba a hacer su cosecha, que habría resultado magnífica. Pero yo di la vuelta a la tortilla, diciendo:

»—Caballeros, ¿saben ustedes con quién están jugando?

»—¿Y eso qué le importa a usted? ¡Usted cuídese de sus propios negocios! —me contestó, lanzando un taco.

»Pero uno de aquellos palominos me preguntó:

»—¿Quién es, de todos modos?

»—MacCoy, "el Gorrión", y el fullero más conocido de los Estados Unidos.

»Se puso en pie de un salto, blandiendo una botella; pero se acordó de que en aquel barco estaba bajo la bandera de la caduca y vieja Inglaterra, donde reinan la ley y el orden, y donde los políticos de Tammany no ejercen la menor influencia. Las agresiones y el asesinato conducen a la cárcel y a la horca, y cuando se navega dentro de un transatlántico no hay modo de huir por una puerta secreta.

»—¡Presente pruebas de lo que ha dicho usted! —gritó.

»—¡Claro que sí! —le contesté—. Con sólo que usted se remangue el brazo derecho hasta el hombro, habré demostrado que digo la verdad, o me tragaré mis palabras.

»Se puso lívido y no dijo esta boca es mía. Yo estaba algo enterado de sus mañas, y sabía que una parte del mecanismo empleado por él y por todos los fulleros de su clase se compone de un elástico que les cubre el antebrazo y que tiene una especie de pinza en el arranque de la muñeca. Gracias a esa especie de sujetador elástico pueden esconder las cartas que no desean sustituyéndolas por otras que tienen en el escondite. Di por supuesto que MacCoy llevaría el mecanismo en cuestión y acerté. Me llenó de maldiciones, se deslizó fuera del salón y apenas si se dejó ver más durante el viaje. Por una vez, al menos, le había ganado la baza a Mr. MacCoy, "el Gorrión".

»Pero no tardó en conseguir el desquite, porque siempre que se trató de ejercer influencia sobre mi hermano, la de MacCoy fue superior a la mía. Edward vivió honradamente en Londres durante las primeras pocas semanas, y había llevado a cabo algunos negocios con sus relojes norteamericanos; pero aquel granuja volvió a cruzarse en su camino. Hice cuanto estuvo en mi mano, pero lo que estaba en mi mano hacer era poca cosa. No tardé en enterarme de que en uno de los hoteles de la Northumberland Avenue había habido un escándalo; dos fulleros que operaban en combinación habían esquilado de una importante suma a un viajero, y el asunto estaba en manos de Scotland Yard. La primera noticia del caso la leí en un periódico de la tarde, y adquirí en el acto la seguridad de que mi hermano y MacCoy habían vuelto a sus viejas mañas. Marché a toda prisa a las habitaciones de Edward, y me informaron que él y un caballero de mucha estatura (al que identifiqué como MacCoy) habían marchado juntos, dejando libres las habitaciones y llevándose todas sus cosas. La dueña de la casa había oído cómo daban al cochero varias direcciones,

la última de las cuales era la estación de Euston; y también oyó casualmente que el caballero de gran estatura hablaba no sé qué de Manchester. La mujer creía que se dirigían a esa ciudad.

»Me bastó echar una ojeada a los horarios para ver que el tren que era más probable que tomasen sería el de las cinco, aunque podían también tomar otro que salía a las cuatro y treinta y cinco. Yo sólo podía alcanzar ya el primero de los dos, pero ni en la sala de espera ni en el tren vi a mi hermano ni a MacCoy. Pensé que habrían tomado el tren anterior y decidí seguirlos hasta Manchester, recorriendo los hoteles de esta ciudad en busca suya. Quizá un último llamamiento que yo hiciese a mi hermano, recordándole todo cuanto debía a mi madre, podría salvarlo. Estaba con los nervios sobreexcitados, y encendí un cigarro para calmarlos. En ese instante, cuando el tren empezaba a arrancar, se abrió de par en par la puerta de mi departamento y vi en el andén a MacCoy y a mi hermano.

»Los dos estaban disfrazados, y tenían sus buenas razones para estarlo, sabiendo que los perseguía la policía de Londres. MacCoy llevaba levantado un gran cuello de astracán, de manera que únicamente se le veían los ojos y la nariz. Mi hermano vestía de mujer, y llevaba echado sobre la cara un velo negro, a pesar de lo cual yo no me engañé ni un solo instante, ni me habría engañado aunque no hubiese sabido que se vestía con frecuencia con esa clase de ropas. Me puse en pie como movido por un resorte, y entonces MacCoy me conoció. Dijo algunas palabras, el guarda cerró la puerta de golpe, y les abrió la del departamento contiguo. Traté de que el guarda no diese todavía la salida al tren, pero era ya demasiado tarde porque las ruedas habían empezado a girar.

»Cuando el tren se detuvo en Willesden cambié rápidamente de departamento. Según parece, nadie se fijó en ello, lo cual nada tiene de sorprendente ya que el andén estaba concurridísimo. Claro está que MacCoy me esperaba y que había aprovechado el trayecto entre Euston y Willesden para prevenir contra mí a mi hermano y endurecer el corazón de éste. Eso es al menos lo que yo supongo, porque jamás encontré a Edward tan empedernido ni tan irreductible. Lo intenté todo; le hice ver que acabaría en una prisión inglesa; le pinté vivamente el dolor de su madre cuando yo regresase y le diese la noticia; dije todo cuanto se me ocurrió para tocarle el corazón, pero fue inútil. Permanecía en un asiento con una mueca de burla en su bello rostro y MacCoy, “el Gorrión”, me lanzaba de vez en cuando frases de desafío o daba ánimos a mi hermano para que se mantuviese firme en sus propósitos.

»—¿Por qué no abre usted una escuela catequista dominical? —me decía, y agregaba inmediatamente dirigiéndose a Edward—: Tu hermano cree que eres un hombre sin voluntad; que eres el bebé de otros tiempos y que puede manejarte a su gusto. Hasta ahora no había descubierto que eres tan hombre como él.

»Una de las veces que se expresó de esa manera ya no pude más y empecé a hablarle con acritud. Habíamos salido de Willesden, como usted comprenderá, porque el tiempo iba pasando. Me dejé llevar del genio, y mostré por primera vez a

mi hermano la parte ruda de mi carácter. Quizá hubiese sido mejor que se la hubiese mostrado antes y con mayor frecuencia. Le dije, pues:

»—¡Un hombre! Vaya, me gusta oírlo de boca de tu amigo, porque nadie lo sospecharía viéndote con esas ropas de señorita directora de un internado de muchachas. Creo que no hay en toda Inglaterra una persona de aspecto más despreciable que el tuyo, con ese delantal de niña que llevas puesto.

»A1 oír aquello se puso colorado, porque era un vanidoso y tenía miedo al ridículo.

»—Esto no es delantal sino un abrigo de viaje —me contestó, quitándoselo—. Era preciso despistar a la policía, y no me quedaba otro recurso. —Se quitó la toca y el velo y lo metió todo en su maleta marrón—. En todo caso, no lo necesito hasta que pase por aquí el guarda-tren.

»—Ni entonces tampoco necesitarás esas prendas —exclamé yo, y agarrando la maleta tomé impulso y la tiré por la ventanilla—. Y ahora, mientras yo pueda evitarlo, ya no volverás a vestir de mujer. Y si ese disfraz es lo único que puede salvarte de ir a presidio, entonces prepárate a estar encerrado.

»Ésa era la manera de dominar a mi hermano. Me di cuenta en el acto de mi ventajosa situación. Su temperamento muelle cedía con mucha mayor facilidad al trato rudo que a las súplicas. Enrojeció de vergüenza, y se le cuajaron los ojos de lágrimas. Pero también MacCoy se dio cuenta de mi ventaja y tomó la determinación de impedirme que siguiese adelante. Por eso me gritó:

»—Es mi camarada, y no permitiré que le insultes.

»—Es mi hermano y no permitiré que lo lleves a la ruina —le contesté yo—. Me está pareciendo que el medio mejor para mantenerlo apartado de ti será el que pases algún tiempo en la cárcel. Y lo vas a pasar, como yo pueda conseguirlo.

»—Qué, ¿que te vas a chivar? —gritó, y sacó instantáneamente el revólver del bolsillo. Salté para sujetarle la mano, pero vi que llegaba tarde y me hice a un lado con un respingo. Él hizo fuego en ese mismo instante, y la bala disparada contra mí atravesó el corazón de mi desdichado hermano.

»Cayó al suelo sin lanzar un ay: MacCoy y yo, igualmente horrorizados, nos arrodillamos a un lado y otro, esforzándonos por hacerle volver en sí. MacCoy seguía con el revólver cargado en la mano, pero aquella súbita tragedia se había tragado su ira contra mí y el rencor que yo sentía contra él. Fue él quien primero se dio cuenta de la situación. Por un motivo u otro, el tren disminuía en ese momento muchísimo la velocidad, y comprendió que aquélla era su oportunidad de escapar. Abrió instantáneamente la portezuela, pero yo actué con tanta rapidez como él. Le salté encima y los dos caímos juntos desde el estribo y rodamos abrazados por el talud abajo. Al llegar al fondo me golpeé la cabeza contra una piedra y perdí el conocimiento. Al recobrarlo me encontré tendido entre unos arbustos, no lejos de la vía del ferrocarril, y alguien me humedecía la cabeza con un pañuelo empapado en agua. Era MacCoy, “el Gorrión”, y me dijo:

»—No tuve valor para abandonarlo. No quería manchar mis manos con la sangre de ustedes dos en un mismo día. Usted amaba seguramente a su hermano; pero no le amaba ni una centésima más que yo, aunque diga usted que le demostré ese amor de una manera muy rara. De todos modos, el mundo tiene muy poco interés para mí después de que él ha muerto, y me importa un comino el que usted me entregue o no me entregue al verdugo.

»Se había torcido el tobillo al caer, de modo que nos encontrábamos él inutilizado para caminar y yo con la cabeza dolorida. Hablamos y hablamos y mi rencor fue gradualmente suavizándose hasta convertirse en algo parecido a simpatía. ¿Qué se adelantaba con vengar la muerte de mi hermano en un hombre al que esa muerte le dolía tanto como a mí? Además, conforme se me fue aclarando la cabeza, empecé a comprender que cualquier cosa que yo hiciese contra MacCoy caería de rechazo sobre mí y sobre mi madre. ¿Cómo podíamos dejarlo convicto de su crimen sin publicar a los cuatro vientos la vida de mi hermano, es decir, lo que por encima de todo queríamos evitar? Teníamos nosotros tanto interés como él en echar tierra sobre el asunto. Pasé, pues, de ser el vengador de un crimen al papel de conspirador en contra de la justicia. El sitio en que nos encontrábamos era uno de esos cotos de faisanes que tanto abundan en Inglaterra, y cuando empezamos a buscar el camino de salida yo me encontré cambiando impresiones con el asesino de mi hermano acerca de la manera que tendríamos para que no se hablase del asunto.

»De lo que él me dijo saqué pronto en consecuencia que si mi hermano no llevaba en los bolsillos algunos documentos que nosotros desconocíamos, la policía no tendría medios para identificarlo o para averiguar de qué manera llegó hasta allí. El billete del ferrocarril lo tenía MacCoy en su bolsillo, lo mismo que el resguardo del equipaje que habían dejado en la consigna. Mi hermano, como la mayoría de los norteamericanos, calculó que le resultaría más barato y más sencillo comprar las ropas necesarias en Londres que venir equipado desde Nueva York, y por esa razón, ni su ropa interior ni su ropa exterior tenía marca alguna. La maleta, con el abrigo de viaje o guardapolvo, que yo había tirado por la ventana, es posible que fuese a parar al centro de algún cañaveral y que siga allí todavía, o que se la encontrase algún vagabundo; pudo también caer en poder de la policía, que se reservó este dato. Sea como sea, nada hablaron acerca del mismo los periódicos de Londres. Por lo que respecta a los relojes, éstos eran ejemplares elegidos entre los que le habían sido confiados con fines comerciales. Quizá se los llevaba a Manchester para ver de realizar algún negocio en esa ciudad; pero… bien: ha pasado demasiado tiempo para esa clase de suposiciones.

»No censuro a la policía por no haber tenido éxito. Lo contrario me habría extrañado. Sólo había una pista pequeñísima que habrían podido seguir, pero ya digo que era insignificante. Me refiero al espejito circular encontrado en un bolsillo de mi hermano. ¿Verdad que no es corriente que un muchacho joven lleve un espejito en el bolsillo? Ahora bien: un jugador de ventaja podía haber dicho lo que significa un

espejo para las personas de su clase. Cuando uno está sentado delante de una mesa, un poquitín echado hacia atrás, y coloca el espejito con la cara hacia arriba encima de los muslos, se reflejan en él cada una de la cartas que se entregan al contrario. Cuando se conocen esas cartas no es un gran problema el querer o el pasar. El espejito, lo mismo que el sujetador elástico que MacCoy, "el Gorrión", llevaba en la muñeca, era una herramienta del oficio del jugador de ventaja. Si se hubiese relacionado ese detalle con las estafas cometidas últimamente en los hoteles, la policía habría estado en condiciones de hacerse con una de las extremidades del hilo.

»No creo que me quede mucho más por explicar. Aquella noche nos presentamos en una aldea que se llama Amersham, como si fuéramos dos caballeros que hacían una jira a pie, y después marchamos calladamente a Londres, desde donde MacCoy se dirigió a El Cairo, y yo regresé a Nueva York. Mi madre falleció seis meses después y yo tengo la satisfacción de decir que ignoró siempre lo ocurrido. Vivió con la ilusión de que Edward se ganaba honradamente la vida en Londres, y yo no tuve valor para decirle la verdad. Es cierto que no la escribía nunca; pero como jamás escribió desde que salió de casa, no había en ello nada extraño. Fue el nombre de Edward la última palabra que pronunciaron los labios de mi madre.

»Hay algo todavía que yo quisiera pedirle, señor, y lo consideraría como una recompensa amable por todas estas aclaraciones, si es que usted puede hacerlo. Usted se acordará del libro del Nuevo Testamento que se encontró al pie del talud. Yo lo llevaba siempre en un bolsillo interior, y con seguridad que lo perdí al caer. Lo tengo en grandísima estima, porque era el libro de familia y mi padre había escrito al principio del mismo la fecha de mi nacimiento y la de mi hermano. Desearía que usted lo solicitase donde corresponda y me lo hiciese enviar. No tiene valor para ninguna otra persona, y si usted lo envía a "X", en la librería de Bassano, Broadway, Nueva York, llegará seguramente a mis manos».

La caja barnizada de negro

—Fue una cosa rara —dijo el profesor particular—; uno de esos incidentes grotescos y caprichosos que le ocurren a una persona en sus andanzas por la vida. Por culpa de él perdí la colocación mejor que es probable no tenga nunca. Sin embargo, me felicito de haberme presentado en Thorpe Place, porque gané… Bueno, lo que gané se sabrá oyendo contar el relato que voy a hacer. Ignoro si está usted familiarizado con la región de Midlands, cuyas aguas recorre el río Avon. Es la región más inglesa de Inglaterra. En su centro mismo vio la luz Shakespeare, la flor y nata de la raza entera. Es una región de prados ondulantes, que sube en pliegues cada vez más altos conforme se va hacia Occidente, y que se funden con las colinas de Malvern. No existen poblaciones importantes y sí numerosas aldeas, cada una de ellas con su iglesia normanda de color gris. Las construcciones de ladrillo quedan atrás conforme se sale de los condados del Sur y del Este; allí todo es de piedra; piedra en los muros, y losas de piedra manchadas de líqenes en los tejados. Todo ello es adusto, sólido y macizo, tal como cuadra al corazón de un gran país.

En la parte central de esa región, a no mucha distancia de Evesham, vivía sir John Bollamore en su vieja casa solariega de Thorpe Place, y allí fui yo para dar lecciones a sus dos hijos pequeños. Sir John era viudo; su esposa había muerto tres años antes, dejándole aquellos dos mocitos de ocho y de diez años, además de una niña encantadora de siete. Miss Witherton, que es actualmente esposa mía, era entonces la institutriz de esa niña. Yo era el profesor particular de los dos muchachos. No cabía, pues, un preludio más evidente para un compromiso matrimonial. Ella es ahora mi gobernanta y yo el que da lecciones a dos muchachitos hijos de ella y míos. Y, vea usted por dónde, he descubierto ya qué fue lo que gané en Thorpe Place.

Era una casa antiquísima, increíblemente antigua, porque una parte de la construcción era anterior a los normandos, y los Bollamore afirmaban haber vivido allí desde mucho antes de la conquista. El día que yo llegué a la casa sentí un escalofrío que me llegó al corazón, al ver aquellos muros grises de un grosor enorme, las piedras sin desbastar y desmigajándose, el husmillo como de animal enfermo que despedían los resquebrajados revocos del secular edificio. Ahora bien: la parte moderna era alegre y el jardín estaba muy bien cuidado. Ninguna casa podía resultar triste teniendo en su interior una linda muchacha y delante de la fachada una colección de rosales como los que había en aquel jardín.

Fuera de un equipo muy completo de criados y criadas, sólo cuatro personas formábamos parte de la casa. Esas cuatro personas éramos miss Witherton, que en aquel entonces tenía veinticuatro años y que era tan linda —pues verá, era tan linda como lo es en la actualidad la señora de Colmore—; Colmore, Frank Colmore, es decir, yo, que tenía treinta años; la señora Stevens, ama de llaves, mujer seca y callada, y Mr. Richards, un señor de aspecto militar, que llevaba la administración de las fincas de Bollamore. Los cuatro comíamos juntos; pero sir John solía de ordinario

comer solo en su despacho. Algunas veces cenaba con nosotros; pero bien mirado todo, no le echábamos de menos cuando comía aparte.

Era, y eso lo explica todo, un hombre imponente. Imagínense ustedes un caballero de seis pies y tres pulgadas de estatura, majestuosamente conformado, de nariz gruesa, cara aristocrática, cabello salpicado de gris, cejas muy hirsutas, barba pequeña y puntiaguda, mefistofélica, y alrededor de los ojos y en la frente unas arrugas que, por lo profundas, parecían talladas con un cortaplumas. Sus ojos eran grises, unos ojos cansados y de expresión desesperanzada, altivos, pero patéticos; unos ojos que imploraban compasión, pero que le desafiaban a usted a que los compadeciese. Tenía las espaldas cargadas por efecto de su constante dedicación al estudio, pero fuera de eso era un hombre de muy buen ver para sus años, que quizá llegasen a los cincuenta y cinco. Ninguna mujer lo habría deseado de mejor apariencia.

Sin embargo, su presencia no era como para alegrarlo a uno. Siempre cortés, siempre muy fino, era extremadamente callado y reservado. Jamás he convivido tanto tiempo con un hombre y sabido menos de él. Cuando estaba en casa pasaba su tiempo en su despacho de la torre oriental o en su biblioteca de la parte moderna del edificio. Era tan exacto en la rutina de su vida que podía decirse siempre y en cualquier hora dónde se encontraba en ese momento. Iba dos veces a su despacho, una después de desayunar y otra a eso de las diez de la noche. El portazo de la maciza puerta podía servirle a uno para poner el reloj en hora. El resto del día se lo pasaba en su biblioteca, salvo que por la tarde dedicaba un par de horas a darse un paseo a pie o a caballo, pero siempre solo, como todo el resto de su vida. Amaba a sus hijos, y se interesaba vivamente en la marcha de sus estudios; pero ellos se sentían algo acobardados por aquel hombre callado y de tupidas cejas, evitando siempre que podían su trato. A decir verdad, eso mismo hacíamos todos.

Tardé algún tiempo para cuando me enteré de pormenores de la vida de sir John Bollamore, porque la señora Stevens, ama de llaves, y Mr. Richards, el administrador de las fincas, eran personas demasiado leales para dejarse ir de la lengua hablando de las cosas de su amo. En cuanto a la institutriz, sabía tan poco como yo, y ese interés común nuestro contribuyó a que nos tratásemos con mayor intimidad. Pero un buen día ocurrió un incidente que me hizo intimar algo más con Mr. Richards, y me permitió conocer más a fondo la vida del hombre a cuyo servicio estaba yo.

La causa inmediata fue nada menos que el haberse caído el señorito Percy, es decir, el de menor edad de mis alumnos, en el caz del molino, con peligro inminente para su vida y para la mía, puesto que yo me lancé al agua para salvarlo a él. Chorreando agua y agotado —porque quedé más rendido que el muchacho— me dirigía yo hacia mi habitación cuando sir John, que había oído el barullo de la gente, abrió la puerta de su pequeño despacho y me preguntó qué había ocurrido. Se lo conté, pero le di la seguridad de que su hijo no corría ningún peligro. Él me escuchó sin que se moviese un músculo de sus ásperas facciones, concentrando en la intensa

mirada de sus ojos y en sus labios apretados toda la emoción que trataba de ocultar.

—¡Espere un momento! ¡Entre aquí! ¡Cuénteme todos los detalles! —me dijo, volviendo a penetrar por la puerta que había quedado abierta.

Así fue cómo yo me encontré dentro de aquel pequeño recinto sagrado, en el que, según supe después, no había puesto nadie los pies en tres años, salvo la vieja criada que hacía la limpieza. Era una habitación redonda, que se adaptaba a la forma de la torre, en cuyo interior estaba; el techo era bajo, tenía una única ventana estrecha, y rodeada de hiedra, y el mobiliario era de lo más sencillo, porque consistía en una alfombra antigua, una sola silla, una mesa de tabla lisa y un pequeño aparador de libros. Sobre la mesa se veía una fotografía de mujer, de cuerpo entero. No me fijé de una manera especial en las facciones, pero recuerdo que la impresión general que me produjo fue de bondadosa amabilidad. Junto al retrato había una gran caja barnizada de negro y uno o dos fajos de cartas o documentos sujetos con tiras elásticas.

Nuestra conversación fue breve, porque sir John Bollamore se dio cuenta de que yo estaba empapado de agua y que era preciso que me mudase de ropa inmediatamente. Sin embargo, ese incidente me llevó a tener una instructiva charla con Richards, el administrador, que jamás había entrado en aquella habitación que fue abierta para mí por la casualidad, y se estuvo paseando conmigo de un lado para otro por los caminos del jardín mientras mis dos alumnos jugaban al tenis en la cespedera que había al lado.

—No puede usted darse cuenta de lo que supone la excepción que se ha hecho con usted —me dijo—. Esa habitación se ha mantenido en el más completo misterio, y las visitas que sir John hace a ella son tan regulares y tan infaltables, que han dado lugar a que entre el personal de la casa haya corrido un sentimiento casi supersticioso. Le aseguro que si yo fuera a repetirle a usted todo lo que por ahí se cuenta sobre visitantes misteriosas, y los relatos que hacen las criadas de haber escuchado voces dentro, llegaría usted a sospechar que sir John ha recaído en su antigua manera de ser.

—¿Por qué dice usted que ha recaído? —le pregunté.

Me miró sorprendido y me contestó:

—¿Es posible que desconozca usted la vida anterior de sir John Bollamore?

—La desconozco por completo.

—Me deja usted asombrado. Creí que no existía en toda Inglaterra nadie que no supiese algo de sus antecedentes. No mencionaría este asunto si usted no fuera en la actualidad uno de los nuestros, y si no temiera que los hechos llegasen a sus oídos en forma más abultada si yo siguiese guardando silencio. Siempre di por supuesto que usted sabría que estaba al servicio del «Demonio Bollamore».

—¿Por qué el «demonio»? —le pregunté.

—Usted es joven y la vida corre mucho; pero la verdad es que hará unos veinte años Bollamore el «Demonio» era uno de los hombres más conocidos en Londres. Figuraba como el número uno entre la pandilla de los disolutos, era aficionado a los combates de boxeo, presumía de guiar coches, era jugador y borracho; es decir, un

superviviente del tipo de aristócratas de otros tiempos, y tan perdido como el más perdido de aquéllos.

Me le quedé mirando, atónito, y exclamé:

—¡Ese hombre tan callado, estudioso y de expresión triste!

—Era el mayor disoluto y juerguista de Inglaterra. Todo esto para entre nosotros, Colmore. ¿Comprende usted ahora a qué me refiero cuando le digo que hoy mismo el oír dentro de su habitación una voz de mujer puede despertar recelos?

—¿Y qué es lo que llegó a hacerle cambiar como ha cambiado?

—Fue la pequeña Berila Clare, en el momento en que quiso correr el peligro de ser su esposa. Ése fue el recodo de la vida de ese hombre, que había llegado tan lejos que su propia pandilla de juerguistas lo apartó de sí. Ya sabe usted que existe una diferencia inmensa entre el bebedor y el borracho. Toda esa clase de gente bebe; pero el borracho habitual es tabú entre ellos. Sir John había llegado a ser un esclavo de la bebida; un esclavo sin posible redención. Y de pronto interviene aquella mujer, descubre en aquel despojo humano ciertas posibilidades de hombre de gran calidad, corre el riesgo de casarse con él, aunque habría podido elegir entre una docena de pretendientes; le consagra su vida, y logra devolverle la hombría y el respeto de sí mismo. Ya habrá usted observado que en esta casa no se guardan jamás bebidas. Dejaron de entrar en el momento mismo en que aquella mujer cruzó el umbral. Una gota de alcohol sería, incluso hoy, como dar a probar sangre a un tigre.

—Según eso, sigue dejándose sentir la influencia de aquella mujer.

—Ahí está lo maravilloso del caso. Cuando ella falleció hace tres años, todos nosotros creíamos y temíamos que sir John recaería en su antigua vida. Lo temió ella misma, y ese pensamiento llenó de terror sus últimos momentos y vivía únicamente pensando en esa única finalidad. A propósito, ¿vio usted acaso en el despacho una caja barnizada de negro?

—Sí.

—Me imagino que dentro de ella están las cartas que le escribió. Siempre que ha tenido que ausentarse, aunque sólo fuese para una sola noche, se ha llevado invariablemente la caja barnizada de negro. Bien, Colmore, quizá le haya hablado más de lo debido; pero confío en que usted me corresponderá con sus confidencias si llega a conocimiento suyo cualquier cosa de interés.

Comprendí que aquel buen hombre estaba recomido de curiosidad y también un poco molesto de que yo, recién venido, hubiese sido el primero en entrar en la habitación no pisada por nadie. Pero esto me hizo ganar en su aprecio, y de allí en adelante el trato entre nosotros fue más íntimo.

La figura silenciosa y mayestática de mi patrono se convirtió para mí en un objeto de mayor interés. Empecé a comprender la mirada extraordinariamente humana de sus ojos, y los profundos surcos de aquel rostro arrugado por las preocupaciones. Era un hombre que sostenía una batalla incesante, manteniendo a distancia del brazo, desde la mañana hasta la noche, a un horrible adversario que se esforzaba

constantemente por llegar al cuerpo a cuerpo; a un adversario que, si lograba clavar en él sus garras de nuevo, lo destrozaría en cuerpo y en alma. Cuando yo contemplaba aquella figura adusta y cargada de hombros que se paseaba por el pasillo o que iba y venía por el jardín, parecíame que el peligro inminente tomaba forma corpórea, llegando casi a imaginarme que veía a ese demonio, el más repugnante y peligroso de todos, agazapado en su misma sombra, igual que una fiera que se desliza medio acobardada a un lado de su domador, dispuesta a saltarle al cuello en cuanto tenga el menor descuido. Y también la difunta, la mujer que había consagrado su vida a resguardarlo de este peligro, tomaba forma en mi imaginación, y yo la veía lo mismo que una aparición incorpórea, pero bellísima, que actuaba constantemente, protegiendo con los brazos en alto al hombre que ella amaba.

Sir John parece que hubiese adivinado de una manera sutil la simpatía que yo le inspiraba, y me demostraba, a su propia manera silenciosa, que me la agradecía. Llegó en una ocasión hasta invitarme por la tarde a salir de paseo con él, y aunque no cambiamos entre nosotros una sola palabra, era aquélla una muestra de confianza que jamás había dado a nadie. Me pidió también que le hiciese el índice de su biblioteca, que era una de las mejores bibliotecas particulares de Inglaterra, y pasé muchas veladas en presencia suya, ya que no en su mesa, mientras que yo, sentado en un hueco próximo a la ventana, ponía orden en el caos existente entre sus libros. A pesar de estas relaciones más estrechas, mina volvió a invitarme a que entrase en la habitación de la torre.

Y fue entonces cuando se produjo una revulsión en mis sentimientos. Bastó un solo incidente para transformar mi simpatía en aborrecimiento, porque me hizo comprender que mi patrono seguía siendo todo lo que había sido, con el vicio adicional de la hipocresía. Lo que ocurrió fue lo siguiente:

Miss Wirtherton marchó una tarde a Broadway, que era la aldea más próxima, para cantar en una función benéfica, y yo, según le había prometido, marché hasta allí para acompañarla en su regreso. La avenida de carruajes traza una curva por debajo de la torre oriental, y me fijé, al pasar, en que la habitación circular tenía luz. Era una noche de verano, y la ventana, que quedaba algo más alta que nuestras cabezas, se encontraba abierta. Nosotros veníamos absortos en nuestra conversación y nos habíamos detenido en la cespedera que contornea la vieja torre. De pronto, una voz interrumpió nuestra conversación y apartó nuestro pensamiento de lo que estábamos hablando.

Era una voz. Era, indiscutiblemente, la voz de una mujer. Era una voz que hablaba en tono bajo; tan bajo, que únicamente porque el aire de la noche estaba encalmado pudimos oírla; pero que, por muy bajo que hablase, no cabía duda alguna de que su timbre era de mujer. Hablaba precipitadamente, pronunciaba algunas frases como a borbotones y luego se callaba, convirtiéndose en una voz lamentable, susurrante, suplicante. Miss Witherton y yo permanecimos un momento mirándonos el uno al otro fijamente. Luego nos alejamos con paso rápido hacia la puerta del

vestíbulo.

—Salió de la ventana —dije yo.

Ella me contestó:

—No debemos hacer el papel de escuchones. Debemos olvidarnos de lo que hemos oído.

Hablaba con una ausencia de sorpresa que me trajo al pensamiento una nueva idea.

—Tú has oído ya esa voz antes de ahora —exclamé.

—¡Qué remedio tenía sino oírla! Mi cuarto queda en un piso más alto de esa misma torre. Es cosa que ha ocurrido con frecuencia.

—¿Y quién puede ser esa mujer?

—No puedo imaginármelo, y prefiero no hablar de ello.

Su voz bastaba para que yo comprendiese lo que ella pensaba. Pero, dando por supuesto que nuestro patrono vivía una vida doble y dudosa, ¿quién podía ser ella, la mujer misteriosa que le hacía compañía dentro de la vieja torre? Yo mismo había visto con mis propios ojos que era aquélla una habitación desnuda y triste. La mujer no vivía allí, desde luego. Pero entonces, ¿de dónde acudía? No podía ser ninguna persona de la casa, porque los ojos vigilantes de la señora Stevens no perdían de vista a la servidumbre. La visitante debía venir del exterior. Pero ¿cómo?

Y de pronto recordé lo antiquísimo del edificio, y lo muy probable que era la existencia en el mismo de algún pasillo medieval secreto. Apenas si existe ningún viejo castillo que no lo tenga. La habitación misteriosa formaba la planta baja de la torre, de modo que, caso de existir un pasillo de esa clase, tendría su entrada por el suelo de la misma. A pequeña distancia de la finca había muchas casitas. Quizá la otra extremidad del pasaje secreto estuviera entre la maraña de matorrales del monte bajo de aquellas cercanías. Nada diré a nadie, pero me creí poseedor del secreto de mi amo.

Cuanto más convencido iba estando de ello, más me maravillaba del modo como aquel hombre escondía su verdadera manera de ser. Muchas veces, contemplando aquel semblante severo, me preguntaba si era en verdad posible que un hombre como ése fuera capaz de llevar aquella doble vida, y entonces me esforzaba por convencerme de que mis sospechas podían estar, en fin de cuentas, mal fundadas. Pero pensaba en aquella voz de mujer, en la cita secreta nocturna en el interior de la habitación de la torre, y me preguntaba cómo era posible que hechos tales fuesen susceptibles de una interpretación inocente. Sentí horror hacia aquel hombre. Su constante hipocresía me inspiró un verdadero aborrecimiento.

Sólo en una ocasión, durante todos aquellos meses, pude verlo despojado de aquella máscara de tristeza impasible con que se presentaba de ordinario ante las demás personas. Tuve una visión instantánea de aquellas hogueras volcánicas que él había mantenido como apagadas durante tanto tiempo. La ocasión a que me refiero fue indigna, porque el objeto de los furores de sir John era la anciana criada que,

según he dicho ya, era la única persona a la que se permitía el acceso a la cámara misteriosa. Cruzaba yo por el pasillo que conduce a la torre —porque mi dormitorio estaba en esa dirección—, cuando escuché un chillido súbito y sobresaltado, y, a seguido del mismo, el vociferar ululante y ronco de un hombre al que la ira no permite articular palabra. Era el gruñido furioso de una fiera salvaje. Y en seguida oí la voz del mismo hombre que gritaba, estremecida de furor: «¡Cómo se atreve! ¡Cómo se atreve usted a desobedecer mis órdenes!». Un instante después, la mujer de la limpieza, que venía a todo correr por el pasillo, se cruzó conmigo. Estaba lívida y temblando, y la terrible voz la perseguía con sus bramidos: «¡Vaya a que le haga la cuenta la señora Stevens! ¡Y no vuelva jamás a poner los pies en Thorpe Place!».

No pude menos de seguir a la mujer, porque me comía la curiosidad. La encontré a la vuelta de una esquina del pasillo, apoyada de espaldas contra la pared y estremeciéndose igual que conejo asustado.

—¿Qué le ocurre, señora Brown? —le pregunté.

—¡El amo! —jadeó—. ¡Qué susto me ha dado! ¡Si usted hubiera visto sus ojos, señor Colmore! Pensé que iba a matarme.

—Pero, ¿qué había hecho usted?

—¿Qué había hecho, señor? Nada. O por lo menos nada que tuviese tanta importancia. No hice sino poner la mano encima de aquella caja negra que tiene. Ni siquiera la había abierto, cuando llegó él, y ya le ha oído usted cómo se ha puesto. He perdido mi empleo, pero me alegro, porque ya nunca estaría tranquila cerca de ese hombre.

De modo que la caja barnizada de negro había sido la causa de aquel estallido; es decir, la caja de la que ese hombre no se separa jamás. ¿Qué relación había, o mejor dicho, había alguna relación entre eso y las visitas secretas de la dama cuya voz yo había escuchado? La ira de sir John Bollamore era tan arrebatada como duradera, porque la señora Brown, la mujer de la limpieza, desapareció ese día de nuestra vista y ya no se la vio más en Thorpe Place.

Y ha llegado ya el momento de que yo cuente por qué extraña casualidad pude poner en claro todas estas cuestiones misteriosas, haciéndome dueño del secreto de mi patrono. Quizá le quede al lector un cosquilleo de duda sobre si mi curiosidad no se sobrepuso a mi honor, y si yo no me dejé llevar a ejercer el papel de espía. Si el lector piensa de esa manera yo no puedo impedirlo, pero sí que, por muy improbable que parezca, no me queda sino dar la seguridad absoluta de que ese hecho se produjo tal y como voy a describirlo.

El primer acto de este desenlace consistió en que el cuartito de la torre quedó inhabitable, al venirse abajo la viga de roble comida de la carcoma en que se sostenía el cielo raso. Apolillada de siglos, se rompió una mañana por el medio, y arrastró al caerse una cantidad del revoco del techo. Afortunadamente, sir John no se encontraba en la cámara en ese momento. Se retiró su valiosa caja de entre los restos y escombros y se llevó a la biblioteca, donde permaneció de allí en adelante guardada

con llave dentro de su mesa de escritorio. Sir John no tomó medida alguna para reparar la techumbre, y yo no tuve nunca oportunidad de buscar el pasaje secreto cuya existencia había dado por supuesta. Pensé, por otra parte, que con aquélla se habrían acabado las visitas de la dama en cuestión; pero desapareció esa creencia mía al oír que Mr. Richards preguntaba una noche a la señora Stevens quién era la mujer a la que él había oído hablar con sir John dentro de la biblioteca. Yo no pude oír la contestación del ama de llaves, pero comprendí, por la manera como la dio, que no era la primera vez que se veía obligada a contestar o a esquivar esa misma pregunta. Entonces el administrador se dirigió a mí:

—¿Ha oído usted esa voz, Colmore?

Confesé que, en efecto, la había oído.

—¿Y qué opinión se ha formado usted?

Me encogí de hombros y le hice notar que no era asunto de incumbencia mía.

—Vamos, vamos —me dijo—, que usted siente tanta curiosidad como cualquiera de nosotros. ¿Es o no voz de mujer?

—Es voz de mujer, sin duda alguna.

—¿De qué habitación salía cuando usted la oyó?

—De la habitación de la torre, antes del derrumbe del techo.

—Yo, en cambio, he oído esa voz anoche, y salía de la biblioteca. Crucé por delante de la puerta cuando me retiraba a dormir, y oí con la misma nitidez con que ahora le estoy oyendo a usted una voz que parecía gemir y suplicar. Podría ser una mujer…

—¿Es que podría ser otra cosa?

Me miró fijamente y contestó:

—Hay otras muchas cosas en el cielo y en la tierra. Si se trata de una mujer, ¿por dónde entra allí?

—No lo sé.

—Claro; ni yo tampoco. Pero, si es otra cosa… Pero, vaya, que esta conversación está tomando un giro ridículo para hombres de sentido práctico que viven en las postrimerías del siglo XIX.

Se alejó, pero yo me di cuenta que no había dicho todo lo que sentía. Una nueva leyenda de fantasmas venía a sumarse ante nuestros mismos ojos a las muchas que de antiguo circulaban sobre Thorpe Place. Quizá esa leyenda nueva haya adquirido para ahora carácter definitivo, porque nunca llegó a los demás la explicación que yo pude obtener acerca de la misma.

Esa explicación llegó de la siguiente manera. Debido a una neuralgia había pasado yo una noche sin poder conciliar el sueño, y a eso del mediodía ingerí una fuerte dosis de clorodina para aliviar el dolor. Andaba yo por aquel entonces dando fin al catálogo de la biblioteca de sir John Bollamore, y acostumbraba a trabajar en esa habitación desde las cinco hasta las siete. Ese día luchaba yo contra la doble influencia de la mala noche pasada y la del narcótico. He dicho ya antes que la

biblioteca tenía una especie de entrante, y que yo solía trabajar apartado, dentro del mismo. Me puse a mi tarea con gran actividad, pero me venció la fatiga, me arrellané en el respaldo del sillón y caí en un sueño profundo.

Ignoro cuánto tiempo duró mi sueño, pero el hecho es que cuando desperté reinaba la más completa oscuridad. Medio amodorrado por los efectos de la clorodina que ingerí, seguí en el mismo sitio, en un estado de semiinconsciencia. Me veía como amurallado en la oscuridad de la gran sala de altas paredes recubiertas de libros. Por la ventana del fondo penetraba una leve luminosidad lunar, y sobre ese fondo más claro distinguí la figura de sir John Bollamore, sentado delante de su mesa de trabajo. Su cabeza bien plantada y el neto perfil de su rostro formaban relevante silueta sobre el recuadro luminoso que tenía detrás. Mientras yo le miraba, él se inclinó hacia adelante, y llegó hasta mis oídos el ruido de una llave dentro de una cerradura, y el roce de un objeto metálico sobre otro objeto metálico. Lo mismo que si estuviese soñando, tuve la vaga sensación de que el objeto que él tenía delante era la caja barnizada de negro, y que había sacado de ella una cosa de forma achatada y rara, que tenía delante, encima de la mesa. Ni por un instante me pasó por el cerebro amodorrado y torpón que yo estaba entrometiéndome en su vida privada, porque él creía encontrarse a solas en la biblioteca. Y de pronto se aclararon, horrorizadas, mis facultades mentales; ya me incorporaba para dar señales de mi presencia, cuando oí un chirrido extraño, seco y metálico. Y, acto seguido, la voz.

Sí, era una voz de mujer; no cabía la menor duda. Pero era una voz tan vibrante de emoción suplicante y de amor incontenible, que resonará para siempre en mis oídos. Me llegaba con un timbre de lejanía, pero las palabras eran de pronunciación limpia, aunque débiles, muy débiles, porque eran las últimas que pronunciaba una mujer moribunda.

—No creas que me he apartado de ti, John —decía la voz delgada y raspante—. Sigo estando a tu lado, y no me apartaré de ti hasta que volvamos a vernos cara a cara. Me muero feliz pensando en que seguirás escuchando mañana y noche mi voz. ¡Sé fuerte, John; sé fuerte hasta que nos reunamos otra vez!

He dicho que me incorporé para dar a conocer mi presencia en aquel lugar, pero me era imposible hacerlo mientras resonaba aquella voz. Me quedé, pues, tal como estaba, medio recostado, medio sentado, atónito, sin poder mover un solo miembro de mi cuerpo, escuchando aquellas palabras anhelantes, lejanas, musicales. Y él, sir John, estaba tan absorto, que quizá no me habría oído aunque le hubiese hablado. Pero al volver la voz al silencio, rompí yo en balbuceos de disculpas y explicaciones. Sir John cruzó en dos saltos la habitación, abrió la luz eléctrica, y a su blanco resplandor lo vi con ojos llameantes de ira y la cara contorsionada de furor, tal y como es probable que lo hubiese visto unas semanas antes la desventurada mujer de la limpieza.

—¡Señor Colmore! ¡Usted aquí! —exclamó sir John—. ¿Qué significa esto?

Se lo expliqué todo con palabras entrecortadas: mi ataque de neuralgia, el

narcótico, mi desdichado sueño y extraño despertar. A medida que me escuchaba se iba esfumando en sus facciones el arrebato de ira, acabando por recobrar su expresión triste e impasible de siempre. Luego me dijo:

—Ya está usted en posesión de mi secreto, señor Colmore. La culpa es sólo mía por no haber seguido tomando las debidas precauciones. Y como es mejor que las intimidades se conozcan a fondo que no a medias, prefiero que lo sepa usted todo, ya que sabe tanto. Cuando yo haya pasado a mejor vida, puede usted relatar estas cosas a quien bien le parezca, pero cuento sobre su sentimiento del honor para que hasta entonces no la escuche de sus labios ninguna alma viviente. Todavía no he perdido el orgullo. ¡Dios me valga!, o, por lo menos, me queda el suficiente para repeler toda compasión que del conocimiento de esta historia pudiera derivarse hacia mí. La envidia provocó siempre mi sonrisa; el odio, mi desdén; pero la compasión me resultaría insoportable. Usted ha visto ya de dónde procede esta voz, que, según tengo entendido, ha despertado tanta curiosidad en los que viven en esta casa. Conozco las hablillas que circulan. Puedo despreocuparme y perdonar esas hipótesis, lo mismo las escandalizadas que las supersticiosas. Lo que jamás perdonaría es el desleal espionaje y la escuchonería encaminados a satisfacer una ilícita curiosidad. Pero yo le absuelvo a usted de esa acusación, señor Colmore. Siendo yo joven, con muchos menos años que los que usted tiene en la actualidad, me enviaron a vivir la vida de la capital sin tener ni un amigo ni un consejero leales, y disponiendo de una bolsa tan repleta que atrajo hacia mí demasiados falsos amigos y consejeros. Bebí a grandes sorbos del vino de la vida. Si existe algún otro hombre que haya bebido cantidades mayores de ese vino, yo no le envidio, desde luego. Las consecuencias las sufrió mi bolsa, las sufrieron mi carácter y mi salud. Tuve que recurrir a los estimulantes; me convertí en un ser del que no quiero ni acordarme. Y entonces, cuando yo había llegado a la más negra degeneración, envió Dios a mi vida el ser más tierno y bondadoso de cuantos han bajado del cielo para servir de ángeles custodios. Vencido y deshecho como yo estaba, ella me amó. Sí, me amó, y consagró su vida a rehacer un hombre con lo que había degenerado hasta llegar al nivel de las bestias. Pero una cruel enfermedad hizo presa en ella, y fue marchitándose delante de mis ojos. En sus horas de sufrimiento, ella no pensó ni por un instante en sus propios dolores ni en su propia muerte. Sólo pensó en mí. La única angustia dolorosa que su destino provocó en ella fue el temor de que yo volviese a ser el mismo de otro tiempo, una vez que desapareciese la influencia que ella ejercía sobre mí. Fue inútil que yo le jurase solemnemente que jamás volvería a pasar por mis labios una gota de vino. Ella conocía demasiado bien la fuerza con que tiraba de mí aquel demonio, ella, que tales esfuerzos había realizado para contrarrestarlo, y ni de día ni de noche podía sacudir de sí la idea de que pudiera verse mi alma otra vez entre sus garras. Charlando con alguna de las amigas que acudían a su habitación de enferma oyó hablar de este invento: el del fonógrafo. Con la rápida percepción propia de una mujer enamorada vio en el acto de qué manera podría hacerlo servir a sus intenciones. Envió a comprar en Londres, costase lo que

costase, el mejor dispositivo que hubiese a mano. Y con su voz de agonizante bisbiseó para que quedasen grabadas en el mismo las palabras que desde entonces me mantienen en el camino recto. Solitario y deshecho como estoy, ¿qué otra cosa podría haber en el mundo que me sirviese de sostén? Pero con su voz me basta, y, a Dios gracias, podré contemplarla a ella sin sentir vergüenza cuando Él tenga a bien reunirnos. Ése es mi secreto, señor Colmore, y le encomiendo su guarda mientras yo esté con vida.

El médico moreno

Bishop's Crossing es una aldeíta situada a unas diez millas al suroeste de Liverpool. En los primeros años de la década del 70 ejercía allí su profesión un médico que se llamaba Aloysius Lana. Nada se sabía en la región ni de su vida pasada ni de los motivos que le habían llevado a establecerse en aquel villorrio del Lancashire. Dos cosas únicamente se sabían con certeza acerca de él: una, que había conseguido con brillantes exámenes su título en Glasgow; la otra, que descendía indudablemente de alguna familia de los trópicos, y que era de un color tan moreno oscuro que daba pie a sospechar que había en su ascendencia sangre de hindúes. Sin embargo, los rasgos faciales suyos predominantes eran europeos, y su porte y su cortesía solemne parecían indicar procedencia española. Su piel morena, sus cabellos de un negro lustroso y los ojos negros y brillantes, sombreados por unas cejas tupidas, formaban fuerte contraste con los campesinos ingleses de pelo blondo o castaño, por lo que pronto se conoció al recién llegado con el apodo de «el médico moreno de Bishop's Crossing». Ese apodo tenía al principio un tono peyorativo y de comicidad; pero al correr de los años llegó a ser un título de honor conocido en toda la región, porque había ultrapasado los estrechos límites de la aldea.

Sí. El recién llegado demostró que era un hábil cirujano y un consumado médico. La clientela del distrito había estado hasta entonces en manos de Edward Rowe, hijo de sir William Rowe, la lumbrera médica de Liverpool. El hijo no había heredado el talento del padre, y el doctor Lana lo desplazó rápidamente, contribuyendo a ello su aspecto y sus maneras. Tan rápido como su triunfo profesional fue el que obtuvo en el terreno social. Una notable intervención quirúrgica llevada a cabo en la persona del honorable James Lowry, hijo segundo de lord Belton, le sirvió de introducción entre las familias distinguidas del condado, ganándose las simpatías por su conversación y por la elegancia de sus maneras. La falta de antecedentes y de parientes constituye a veces una ventaja, más que un inconveniente, para abrirse camino en sociedad, y al bello doctor le bastó como recomendación su propia distinguida personalidad.

Un solo defecto le encontraban sus enfermas y enfermos. Uno sólo. Parecía resuelto a permanecer soltero. Eso resultaba tanto más notable cuanto que la casa en que vivía era muy espaciosa, y porque no era un secreto que sus éxitos profesionales le habían permitido ahorrar sumas importantes de dinero. Las casamenteras de la región se entretuvieron al principio en combinar su apellido con una u otra de las jóvenes casaderas, pero conforme fueron pasando los años sin que el doctor Lana rompiese su soltería empezaron todas a pensar que, por una u otra razón, ya no se casaría. Hubo quienes llegaron incluso a afirmar que estaba ya casado, y que el haberse emparedado a sí mismo en Bishop's Crossing obedeció a su propósito de huir de las consecuencias de un casamiento prematuro y equivocado. Y, de pronto, cuando ya las casamenteras se habían dado por vencidas, se hizo público el anuncio de que se casaba con miss Francés Morton, de Leigh Hall.

Miss Morton era una joven muy conocida en la región, porque su padre, James Haldane Morton, había sido el terrateniente dueño de las tierras de Bishop's Crossing. Pero los padres de la joven habían fallecido, y ésta vivía con su único hermano, Arthur Morton, que era quien había heredado las tierras. Miss Morton era una mujer de estatura elevada y porte majestuoso, célebre por su genio rápido e impetuoso y por la energía de su carácter. Conoció al doctor Lana en un *garden party*, y surgió entre ellos una amistad que maduró rápidamente hasta convertirse en amor. No era posible imaginar un afecto recíproco mayor. Había alguna discrepancia en sus edades, porque él había cumplido los treinta y siete y ella tenía sólo veinticuatro; pero, salvo este detalle, ningún pero se podía poner a aquella boda. Se anunció el compromiso en el mes de febrero, y la boda tendría lugar en el mes de agosto.

El doctor Lana recibió el día 3 de junio una carta que procedía del extranjero. En una aldea pequeña el cartero está en situación de ser el amo de las habladurías, y Mr. Bankley, cartero de Bishop's Crossing, estaba en posesión de muchos de los secretos de sus convecinos. Lo que en esta carta de que hablamos le llamó la atención fueron lo raro del sobre, el que era letra de hombre, el punto de procedencia, Buenos Aires, y el sello de la República Argentina. No recordaba que el doctor Lana hubiese recibido ninguna otra carta del extranjero, y por esa razón se fijó en ella de una manera especial antes de entregarla al repartidor. Éste la entregó en el reparto de la tarde del mismo día.

A la mañana siguiente, es decir, el 4 de junio, el doctor Lana fue a visitar a miss Morton, con la que celebró una larga entrevista, observándose que al salir de ella lo hizo presa de una gran agitación. Miss Morton no salió en todo el día de su cuarto, y su doncella la encontró varias veces llorando. Antes de una semana era un secreto a voces en toda la aldea el que el compromiso matrimonial había quedado roto, y que el doctor Lana se había portado de una manera vergonzosa con la joven, hasta el punto de que el hermano de ésta, Arthur Morton, hablaba de cruzarle la cara a latigazos. En qué punto concreto estribaba esa conducta vergonzosa del doctor era cosa que ignoraba la gente, porque cada cual hacía su propia hipótesis; pero todos se fijaban, y ese hecho era un síntoma evidente de conciencia culpable, en que el doctor era capaz de dar rodeos de muchas millas para no pasar por delante de las ventanas de Leigh Hall, y que no acudía a los servicios religiosos de los domingos por la mañana en los que se habría tropezado con la joven. Apareció también en el *Lancet* un anuncio ofreciendo el traspaso de una clientela médica, aunque sin dar el nombre del lugar en que ésta se hallaba situada, pero se supuso por algunos que se trataba de Bishop's Crossing, y que ello significaba que el doctor Lana se retiraba del escenario de sus éxitos. Así estaban las cosas, cuando la tarde del lunes día 21 de junio ocurrió un hecho nuevo que convirtió lo que había sido un simple escándalo de aldea en una tragedia que llamó la atención de todo el país. Habrá que entrar en algunos detalles para que los hechos de aquella tarde adquieran su pleno relieve.

Los únicos ocupantes de la casa en que vivía el doctor eran su ama de llaves,

mujer anciana y sumamente respetable, llamada Marta Woods, y una sirvienta joven, Mary Pilling. El cochero y el empleado de la consulta dormían fuera. El doctor solía permanecer por las noches en su despacho, contiguo al quirófano y simado en la parte de la casa más alejada de la servidumbre. Esa parte de la casa tenía puerta independiente para mayor comodidad de los enfermos, de modo que el doctor podía recibir visitas sin que se enterase nadie. En realidad, era cosa corriente el que, cuando algún enfermo llegaba a horas avanzadas, le abría la puerta el doctor mismo para que pasase al quirófano, porque tanto la doncella como el ama de llaves solían retirarse a una hora muy temprana.

La noche de que hablamos, Marta Woods entró en el despacho del doctor a las nueve y media y lo encontró escribiendo en su mesa de trabajo. El ama de llaves le dio las buenas noches, envió luego a la doncella a dormir y anduvo por su parte atareada en menesteres propios de la casa hasta las once menos cuarto. Daban las once en el reloj del vestíbulo cuando ella se dirigió a su propia habitación. Llevaba en ésta algo así como un cuarto de hora o veinte minutos cuando oyó un grito o una voz de llamada, que parecía proceder del interior de la casa. Esperó algún tiempo, pero el grito no volvió a repetirse. Muy alarmada, porque aquella voz había sido lanzada con gran fuerza y apremio, se endosó la bata y corrió a todo lo que dieron sus piernas hacia el despacho del doctor. Dio unos golpes de llamada en la puerta y le contestó desde dentro una voz:

—¿Quién es?

—Soy yo, señor; la señora Woods.

—Le ruego que no me moleste. ¡Retírese inmediatamente a su habitación! —le contestó una voz que, según a ella le pareció, era la de su amo. Pero el tono fue tan brutal y tan desacostumbrado, dadas las maneras del doctor, que el ama de llaves se sintió sorprendida y lastimada.

—Señor, es que me pareció que había llamado usted —dijo ella a modo de explicación, pero no recibió respuesta alguna. La señora Woods se fijó, cuando volvía a su cuarto, en la hora que marcaba el reloj. Eran las once y media.

Entre las once y las doce (el ama de llaves no podía concretar la hora exacta) acudió una cliente a la consulta del doctor, pero no obtuvo respuesta alguna a sus llamadas. La tardía visitante era la señora Madding, esposa del tendero de ultramarinos de la aldea, porque su marido estaba gravemente enfermo de fiebres tifoideas, y el doctor Lana le había recomendado que fuese a verle a última hora y le comunicase el estado en que encontraba al enfermo. Esa señora vio luz en el despacho, pero como nadie respondía a las llamadas que hizo en la puerta del consultorio sacó en consecuencia que el doctor había tenido que salir para realizar alguna visita fuera de casa, y en vista de ello se marchó ella a su propio hogar.

Desde la casa del doctor hasta la puerta de jardín hay un camino de coches que en su breve trayecto dibuja una curva. Al extremo del mismo hay una lámpara de luz. Cuando la señora Madding salía a la carretera vio que por la parte reservada a los

peatones venía un hombre. Creyendo que sería el doctor Lana, que regresaba de alguna visita profesional, la mujer le esperó, quedando sorprendida al ver que se trataba de Mr. Arthur Morton, el joven terrateniente. A la luz de la lámpara pudo ver que se encontraba muy excitado, y que llevaba en la mano un pesado látigo de caza. En el momento en que el joven se metía por la puerta exterior de la casa, la mujer le dirigió la palabra, diciéndole:

—El doctor no está en casa, señor.

—¿Cómo lo sabe usted? —dijo el joven con voz áspera.

—He llamado a la puerta del consultorio, señor.

—Pues yo veo luz —dijo el joven Morton, mirando hacia la casa—. ¿No es ése su despacho?

—Sí, señor; pero estoy segura que ha salido.

—Bien, pues ya volverá —dijo el joven Morton, y siguió adelante por el camino que conducía a la casa, mientras la señora Madding tomaba la dirección de la suya propia.

El marido de esta señora sufrió a las tres de la mañana una brusca recaída, y alarmada la mujer a la vista de los síntomas, decidió marchar inmediatamente en busca del médico. Al entrar por la puerta exterior quedó sorprendida viendo que una persona parecía estar oculta entre los arbustos de laurel. Era sin duda un hombre, y ella creía honradamente que se trataba de Mr. Arthur Morton. Absorta con sus propias preocupaciones, no prestó atención especial a este detalle, y avanzó a toda prisa para cumplir su cometido.

Cuando llegó a la casa descubrió con sorpresa que seguía habiendo luz en el despacho, en vista de lo cual dio golpes de llamada en la puerta del consultorio. Nadie le contestó. Repitió varias veces los golpes de llamada sin que surtiesen efecto alguno. Le pareció cosa extraña el que el doctor se hubiese ido a la cama o el que hubiese salido de casa dejando encendida una luz tan brillante, y se le ocurrió que quizá se habría quedado dormido en su silla. En vista de eso, dio algunos golpes de llamada en la ventana del despacho, pero sin obtener ningún resultado. Pero entonces se fijó que entre la cortina y el armazón de la ventana quedaba un pequeño espacio al descubierto y miró por el mismo hacia el interior.

La pequeña habitación estaba iluminada brillantemente por una gran lámpara colocada en la mesa del centro, y ésta era un revoltijo de libros y de instrumentos. Pero no vio a nadie, ni observó nada de particular, fuera de que en la sombra que la mesa proyectaba sobre el lado interior se veía tirado en la alfombra un manoseado guante blanco. Y de pronto, cuando sus ojos se acostumbraron a aquella luz, vio que al otro extremo de la sombra de la mesa surgía una bota y comprobó con un escalofrío de espanto que lo que ella había creído al principio un guante, era en realidad la mano de un hombre, que estaba caído en el suelo. Convencida de que había ocurrido alguna cosa terrible llamó a la campanilla de la puerta delantera, hizo levantar a la señora Woods, y ambas mujeres entraron en el despacho, enviando

previamente a la doncella a que avisase en el puesto de policía.

A un lado de la mesa, lejos de la ventana, encontraron al doctor Lana caído de espaldas y muerto. Saltaba a la vista que había sido víctima de violencias porque tenía amoratado uno de sus ojos y se observaban magullamientos en su cara y en su cuello. Un ligero engrosamiento e hinchazón de sus facciones parecía sugerir la idea de que había muerto estrangulado. Iba vestido con sus ropas profesionales de siempre, pero con botinas de paño, cuyas suelas estaban absolutamente limpias. Por toda la alfombra, de un modo especial en el lado correspondiente a la puerta, se veían huellas de botas sucias, que habían sido dejadas por el asesino, según era de presumir. Era evidente que alguien había matado al médico y se había fugado sin que nadie le viese. El agresor era un hombre, a juzgar por el tamaño de las huellas de los pies y por la índole de las heridas. Pero, fuera de esos detalles, le resultó tarea difícil a la policía el seguir adelante.

No se observaban señales de robo, e incluso el reloj de oro del médico estaba en el bolsillo correspondiente. La pesada caja de caudales que había en la habitación se hallaba cerrada pero vacía. La señora Woods manifestó su impresión de que el médico guardaba habitualmente en esa caja una suma importante, pero ese mismo día tuvo que pagar una importante factura de maíz en dinero contante, y se calculó que el estar vacía era debido a ese pago y no a la intervención de un ladrón. Una sola cosa se echó de menos en el cuarto, pero era un detalle elocuente. El retrato de miss Morton, que estuvo siempre encima de una mesita, había sido quitado del marco y había desaparecido. La señora Woods lo había visto allí aquella misma noche, cuando sirvió a su señor, y ahora no estaba ya allí. Por otra parte, se recogió en el suelo un parche de ojo, verde, que el ama de llaves no recordaba haber visto jamás a su señor. Pero, no obstante, quizá lo tenía sin que ella lo hubiese observado, y no había indicio alguno de que tuviese alguna relación con el crimen.

Las sospechas sólo podían encauzarse en una dirección, y se procedió inmediatamente a detener al joven terrateniente, Arthur Morton. Las pruebas en contra suya eran indirectas, pero suficientes para condenarlo. Quería mucho a su hermana, y quedó demostrado que, con posterioridad a la ruptura del compromiso matrimonial entre ella y el doctor Lana se había expresada en los términos más vengativos al hablar de este último. Estaba también demostrado que, a una hora no fijada con exactitud, pero alrededor de las once, había entrado por la puerta exterior de la casa, camino del consultorio, armado con un látigo de caza. Según la hipótesis de la policía, fue en ese momento cuando se metió en el despacho del médico, quien, al verlo, dejó escapar una exclamación de miedo o de ira en voz tan alta que pudo llamar la atención de la señora Woods. Para cuando ésta acudió, ya el médico había tomado la resolución de discutir con su visitante, y por ello despidió a su ama de llaves, ordenándola que se retirase a su habitación. La discusión fue larga, se fue acalorando más y más, y terminó en lucha a brazo partido, perdiendo en ella la vida el doctor. La autopsia del cadáver permitió comprobar que padecía el doctor una grave

enfermedad cardíaca —una enfermedad que durante su vida nadie había advertido—, siendo posible, por este hecho, que unas heridas que en un hombre sano no habrían sido mortales le hubiesen producido a él la muerte. Hecho eso, según la hipótesis policiaca, Arthur Morton recogió la fotografía de su hermana y se dirigió hacia su casa, escondiéndose entre los arbustos de laurel para no tropezarse en la puerta exterior con la señora Madding. Esa hipótesis sirvió de base para la acusación, y ésta se presentaba con una fuerza formidable.

Pero también la defensa podía aducir argumentos poderosos. Morton era un joven arrebatado e impetuoso, al igual que su hermana, pero gozaba del respeto y la simpatía de todo el mundo, y su carácter franco y honrado parecían indicar que era incapaz de un crimen semejante. La explicación que él mismo dio fue que deseaba ardientemente tener un cambio de impresiones con el doctor Lana para tratar de algunos asuntos urgentes de familia (ni siquiera mencionó el nombre de su hermana en el curso del proceso). No trató de negar que ese cambio de impresiones habría resultado probablemente de índole desagradable. Una cliente del médico le dijo que éste había salido, y por esa razón estuvo esperando su regreso hasta cerca de las tres de la madrugada; pero viendo que a esa hora no había regresado renunció a sus propósitos y volvió a su casa. En cuanto a la muerte del doctor, sabía acerca de ella tan poca cosa como el mismo guardia de orden público que lo detuvo. Con anterioridad a esa época había sido amigo íntimo del muerto, pero determinadas circunstancias, de las que prefería no hablar, habían producido un cambio en esos sentimientos.

Eran varios los hechos que contribuían a establecer su inocencia. El doctor Lana vivía aún a las once y media de la noche, y se encontraba dentro de su estudio. La señora Woods estaba dispuesta a asegurar bajo juramento que ella había oído su voz a aquella hora. Los amigos del acusado sostenían que probablemente el doctor Lana no se encontraba solo en ese instante. Parecían darlo a entender el grito que atrajo primeramente la atención del ama de llaves y la forma brusca, desacostumbrada en él, con que su amo le ordenó que le dejase en paz. Si eso era cierto, todo indicaba como probable que el doctor encontró la muerte entre el instante en que el ama de llaves oyó su voz y el momento en que la señora Madding llamó por primera vez, sin que nadie le contestase. Pero si era ésa la hora en que el doctor había muerto, resulta imposible que Mr. Arthur Morton fuese culpable, porque esta última señora lo encontró con posterioridad a ese momento, cuando ella salía y el joven terrateniente llegaba a la puerta posterior.

Pero si esta última hipótesis era correcta, y el doctor Lana estaba acompañado de otra persona antes de que la señora Madding tropezase con Mr. Arthur Morton, ¿quién era esa otra persona y qué motivos tenía para querer mal al médico? Todo el mundo reconocía que, si los amigos del acusado conseguían hacer luz en este punto tendrían adelantado muchísimo para probar su inocencia. Pero entre tanto podía muy bien decir la gente —y lo decía— que faltaba toda clase de prueba para demostrar

que había estado allí alguien, fuera del joven terrateniente; pero, por otro lado, existían pruebas abundantes de que los móviles que a este último le llevaban eran de índole siniestra. Bien pudiera ser que en el momento en que la señora Madding llamó a la puerta del consultorio el médico se hubiese retirado a su habitación, y también pudiera ser, como esa señora lo creyó en aquel momento, que el doctor hubiese salido y que hubiese regresado más tarde, encontrándose a Mr. Morton esperándole. Algunos de los partidarios del acusado hacían hincapié en el hecho de que no se pudo descubrir en poder de éste el retrato de su hermana, que había desaparecido de su marco en el cuarto del doctor. Sin embargo, este argumento pesaba poco, porque Mr. Arthur Morton había dispuesto de tiempo sobrado para quemarlo o romperlo. Sólo existía en el caso una prueba de índole positiva: las pisadas fangosas que se descubrieron en el suelo; pero estaban tan borrosas, debido a lo esponjoso de la alfombra, que resultaba imposible llegar por ellas a ninguna conclusión digna de fe. Todo lo más que podía decirse era que el aspecto general de las mismas no contradecía la hipótesis de que eran obra de los pies del acusado, cuyas botas, según pudo demostrarse, estaban también llenas de fango aquella noche. Por la tarde había caído un fuerte chaparrón, y era probable que estuviesen en ese estado las botas de todos cuantos caminaron por la calle.

Tal es la exposición descarnada de la serie extraña y romántica de hechos sobre los que se enfocó la atención del público en esa tragedia del Lancashire. El desconocerse la ascendencia del médico, lo raro y distinguido de su personalidad, la posición que ocupaba el hombre acusado de asesinato y la intriga amorosa que había precedido al crimen contribuían, al sumarse una cosa con otra, a convertir el asunto en uno de esos dramas que absorben el interés de toda una nación. Discutíase el caso del médico moreno de Bishop’s Crossing por los tres países del Reino Unido, y se exponían numerosas hipótesis para explicarlo. Sin embargo, puede afirmarse, sin miedo a error, que no había entre todas esas hipótesis ninguna que preparase al público para la extraordinaria secuencia de hechos que levantó una emoción tan grande desde el primer día de la vista de la causa, llevándola a su punto culminante el segundo día de la misma. Tengo delante de mí, en el momento de escribir estas líneas, los largos recortes del *Lancaster Weekly* en que se relata el caso, pero no tengo más remedio que limitarme a presentar una sinopsis del mismo hasta el momento en que, durante la tarde del primer día de la vista, la declaración de miss Frances Morton arrojó sobre el caso una luz extraordinaria.

El fiscal, Mr. Porlock Carr, había expuesto sus razonamientos con la habilidad en él habitual, y a medida que avanzaban las horas iba resultando más y más evidente que el defensor, Mr. Humphrey, tenía por delante una difícil empresa. Comparecieron varios testigos que declararon bajo juramento haber oído al joven terrateniente expresarse en los términos más arrebatados acerca del doctor, manifestando de manera apasionada la indignación que le había producido la mala conducta —así la calificaba— de aquél para con su hermana. La señora Madding repitió sus

declaraciones acerca de la visita que el acusado había hecho al muerto a una hora avanzada de aquella noche; las declaraciones de otro testigo demostraron que el acusado estaba al corriente de la costumbre que tenía el médico de velar a solas en la parte aislada de la casa, habiendo por esa razón elegido Mr. Morton aquella hora tardía para hacer su visita, porque entonces tendría al médico a merced suya. Un criado del terrateniente se vio obligado a confesar que había oído el regreso de su amo hacia las tres de la mañana, corroborando con ello la declaración de la señora Madding de que lo había visto entre los arbustos de laurel próximos a la puerta exterior cuando ella hizo su segunda visita. Las botas fangosas y una supuesta semejanza con las pisadas descubiertas en el cuarto fueron también un detalle en el que se hizo hincapié. Cuando el fiscal hubo dado fin a la acusación y presentación de sus testigos todos sacaron la convicción de que, por muy indirectas que fuesen las pruebas, no por eso dejaban de ser completas y convincentes, hasta el punto de que podía darse por perdido al acusado, a menos de que la defensa adujese hechos completamente inesperados.

Eran las tres de la tarde cuando el fiscal dio por terminada su tarea. A las cuatro y media, cuando el juez levantó la sesión, el asunto había tomado un giro nuevo e inesperado. Extracto el incidente, o una parte del mismo, del periódico que he mencionado ya, pasando por alto las observaciones preliminares del defensor.

Cuando la defensa presentó a su primer testigo, y éste resultó ser miss Frances Morton, hermana del acusado, se produjo entre la concurrencia una profunda sensación. Mis lectores recordarán que esta señorita estaba comprometida para casarse con el doctor Lana, y que la opinión general era que la indignación del acusado por el súbito rompimiento del compromiso había sido lo que le arrastró a perpetrar el crimen. Sin embargo, para nada se había hablado ni complicado en el caso a miss Morton, ni durante la investigación ni durante la preparación del proceso, por lo que su comparecencia como testigo principal de la defensa produjo sorpresa entre el público.

Miss Frances Morton, joven, alta, esbelta, de pelo negro, hizo su declaración en voz baja, pero bien clara. Era evidente, sin embargo, que estaba dominada por una gran emoción. Hizo referencia a su compromiso matrimonial con el médico; aludió brevemente a su rompimiento, que, según aseguró, fue debido a razones de índole personal relacionadas con la familia de aquél, y sorprendió al tribunal afirmando que siempre le había parecido el resentimiento de su hermano falto de razón e intemperante. Contestando a una pregunta directa del defensor afirmó que ella no se creía víctima de ningún agravio y que, en su opinión, la manera de conducirse del doctor Lana había sido completamente honrosa. Su hermano, movido de un conocimiento incompleto de la realidad, había sido de otra opinión; y no tenía más remedio que reconocer que, a pesar de las súplicas suyas, había proferido amenazas de recurrir a la violencia personal contra el doctor, y que la noche de la tragedia anunció que tenía el propósito de arreglar cuentas con él. Ella hizo cuanto estuvo en

su mano para que adoptase una actitud más razonable, pero su hermano era muy terco cuando se dejaba llevar de sus sentimientos o de sus prejuicios.

Las declaraciones de la joven parecieron, hasta ese momento, perjudicar más bien que favorecer al acusado. Sin embargo, el defensor pasó a plantearle algunas preguntas que arrojaron sobre el caso una luz muy distinta, poniendo al descubierto una maniobra inesperada de la defensa.

MR. HUMPHREY.— ¿Le cree usted a su hermano culpable de ese crimen?

EL JUEZ.— No puedo permitir esa pregunta, mister Humphrey. Estamos aquí para tratar de cuestiones de hechos, no de opiniones.

MR. HUMPHREY.— ¿Sabe usted que su hermano no es culpable de la muerte del doctor Lana?

MISS MORTON.— Sí; sé que no es culpable.

MR. HUMPHREY.— ¿Cómo lo sabe usted?

MISS MORTON.— Porque el doctor Lana no ha muerto.

Se produjo en la sala un largo murmullo de emoción, que interrumpió el interrogatorio de la testigo.

MR. HUMPHREY.— ¿Y cómo sabe usted, miss Morton, que el doctor Lana no ha muerto?

MISS MORTON.— Porque he recibido una carta suya posterior a la fecha de su supuesta muerte.

MR. HUMPHREY.— ¿Tiene usted esa carta?

MISS MORTON.— Sí, pero preferiría no enseñarla.

MR. HUMPHREY.— ¿Tiene usted el sobre?

MISS MORTON.— Sí, lo tengo aquí.

MR. HUMPHREY.— ¿Qué sello de procedencia tiene?

MISS MORTON.— De Liverpool.

MR. HUMPHREY.— ¿Y qué fecha?

MISS MORTON.— Veintidós de junio.

MR. HUMPHREY.— Es decir, un día después del de la supuesta muerte. ¿Está usted dispuesta, miss Morton, a declarar bajo juramento que es letra del doctor?

MISS MORTON.— Sin duda alguna.

MR. HUMPHREY.— Dispongo de otros seis testigos que declararán que esta carta está escrita de puño y letra del doctor Lana, señor juez.

EL JUEZ.— En ese caso, tendrá usted que presentarlos mañana.

MR. PORLOCK CARR (fiscal).— Pues entre tanto, señor, pedimos que se nos entregue ese documento, a fin de que los peritos puedan emitir dictamen y poner en claro que se trata de una imitación de la letra del caballero que seguimos afirmando que está muerto. No necesito hacer resaltar que esta hipótesis, que de manera tan inesperada se nos presenta, pudiera muy bien ser un recurso muy transparente

adoptado por los amigos del hombre que está en el banquillo para desviar el curso de este proceso. Quiero llamar la atención acerca del hecho de que esta señorita, según su propio relato, ha estado en posesión de esta carta durante todo el tiempo transcurrido en la investigación judicial y los trámites del tribunal de policía. Ahora pretende hacernos creer que ella dejó que esos trámites siguiesen adelante, a pesar de que tenía en el bolsillo una prueba que habría bastado para que terminasen.

MR. HUMPHREY.— ¿Puede dar usted una explicación de esa conducta, miss Morton?

MISS MORTON.— El doctor Lana deseaba que nadie conociese su secreto.

MR. PORLOCK CARR.— ¿Y por qué entonces lo acaba de dar usted a la publicidad?

MISS MORTON.— Para salvar a mi hermano.

Estalló en la sala un murmullo de simpatía, que el juez cortó en el acto.

EL JUEZ.— Admitiendo esta línea de la defensa, corresponde a usted, mister Humphrey, hacer luz sobre quién es el hombre en cuyo cadáver han reconocido al doctor Lana tantos de sus amigos y enfermos.

UN JURADO.— ¿Ha habido alguno que haya manifestado dudas a ese respecto?

MR. PORLOCK CARR. —Ninguno, que yo sepa.

MR. HUMPHREY.— Confiamos en poner en claro el asunto.

EL JUEZ.— Pues entonces se suspende la vista hasta mañana.

Este nuevo giro tomado por el proceso despertó el máximo interés entre el público en general. Los periódicos no pudieron hacer ningún comentario, porque la causa estaba todavía indecisa, pero en todas partes se preguntaban hasta qué punto podía ser verdadera la declaración de miss Morton, y si no se trataba simplemente de un astuto ardid para salvar a su hermano. Presentábase ahora la evidente alternativa de que si el doctor desaparecido no se encontraba muerto, por una extraordinaria casualidad, debía entonces de hacérsele responsable de la muerte de aquel desconocido cuyo cadáver se encontró en su despacho y que tenía con él un parecido tan completo. Quizá la carta que miss Morton rehusaba entregar contenía confesión del crimen, por lo que se encontraba en la terrible situación de tener que sacrificar a su antiguo enamorado si quería salvar a su hermano de la horca. La sala del tribunal se vio al día siguiente por la mañana concurrida hasta desbordar de público, y corrió por la concurrencia un murmullo de emoción cuando vieron que Mr. Humphrey entraba muy excitado, hasta el punto de que ni sus nervios, bien entrenados, eran capaces de ocultar su estado de ánimo cuando cambió impresiones con el fiscal. Se cruzaron entre uno y otro algunas frases precipitadas, que sacaron a la cara de Mr. Porlock Carr una expresión de asombro. Acto continuo, el defensor, dirigiéndose al juez, anunció que, con el consentimiento del señor fiscal, no volvería a citarse a la joven que había declarado el día anterior.

EL JUEZ.— Por lo que veo, mister Humphrey, deja usted el asunto en una situación muy poco satisfactoria.

MR. HUMPHREY.— Señor, quizá el testigo que voy a citar contribuya a ponerla en claro.

El juez.— Pues entonces, nombre a ese testigo.

MR. HUMPHREY.— Presento de testigo al doctor Aloysius Lana.

El docto abogado defensor pronunció durante su carrera muchas frases elocuentes, pero con seguridad que jamás logró producir tan profunda sensación como con ésta de ahora, que era tan breve. Todo el mundo en la sala se quedó asombrado y atónito cuando compareció ante sus ojos, en el tablado de los testigos, el hombre mismo cuya muerte venía siendo objeto de tanta discusión. Los espectadores que lo habían conocido en Bishop's Crossing lo vieron ahora, enjuto y severo, con una expresión profundamente preocupada en sus facciones. Pero no obstante su porte melancólico y su abatimiento, muy pocos de los allí presentes habrían podido decir que conocían a algún hombre de aspecto más distinguido. Saludando al juez con una inclinación, le preguntó si se le permitía hacer una declaración; al contestarle el juez que todo cuanto dijese podría servir de acusación contra él, volvió a inclinarse y prosiguió:

—Mi propósito es no callarme nada, y manifestar con absoluta franqueza todo cuanto ocurrió la noche del veintiuno de junio. Si yo hubiese sabido que estaba padeciendo un inocente, y que tan grandes preocupaciones había acarreado yo a quienes mayor amor profesaba en el mundo, hace mucho tiempo que me habría presentado; pero hubo diversas razones que impidieron que llegasen esas cosas a conocimiento mío. Yo quise que un hombre desdichado se esfumase de entre el mundo en que había vivido, pero no preví que mis actos afectasen a otras personas. Permítaseme, pues, reparar lo mejor que pueda el daño que he causado. Todo aquel que esté familiarizado con la historia de la República Argentina conoce muy bien el apellido Lana. Mi padre, cuya genealogía enlazaba con la más noble sangre de la vieja España, ocupó los cargos más elevados del Estado, y habría sido elegido presidente si no hubiera sucumbido en las revueltas de San Juan. Mi hermano gemelo, Ernesto, y yo, habríamos tenido por delante un magnífico porvenir, de no mediar pérdidas financieras que nos obligaron a ganarnos la subsistencia. Pido disculpa, señor, si se juzgan sin importancia estos detalles, pero son precisos como introducción de lo que voy a decir a continuación. He dicho ya que tenía un hermano gemelo llamado Ernesto, de tan grande parecido conmigo que cuando nos veían juntos nuestros conocidos no conseguían diferenciarnos. Éramos idénticos hasta en los menores detalles. El parecido fue haciéndose menos marcado a medida que entramos en años, porque ya entonces la expresión de nuestras facciones no era la misma, pero las diferencias seguían siendo muy ligeras cuando dormíamos. No parece bien que yo entre a hablar demasiado de un hombre ya difunto, tanto más cuanto que se trata de mi único hermano; pero quienes lo conocieron pueden dar informes acerca de su carácter. Yo me limitaré a decir, porque no tengo más remedio que decirlo, que durante mi primera juventud llegué a concebir horror hacia mi

hermano, y que ese aborrecimiento que le tomé era muy bien fundado. Mi buen nombre sufrió las consecuencias de la conducta de mi hermano, porque nuestro gran parecido hizo que se me atribuyesen muchos de sus actos. Ocurrió de pronto que, en un asunto sumamente deshonroso, trató mi hermano de arrojar sobre mí todo el odio que se despertó con dicho motivo, y yo entonces no tuve más remedio que abandonar para siempre la Argentina y tratar de abrirme camino en Europa. El verme libre de su odiosa presencia me compensó con creces de mi destierro voluntario de la patria. Disponía de dinero suficiente para costearme los estudios de medicina en Glasgow, y por último abrí mi consultorio en Bishop's Crossing, firmemente convencido de que jamás volvería a oír hablar de mi hermano en este lejano villorrio de Lancashire. Mis esperanzas se cumplieron durante largos años, pero al fin mi hermano averiguó dónde estaba yo. Algún viajero de Liverpool, en viaje por la Argentina, lo puso sobre mi pista. Mi hermano estaba sin blanca, y resolvió trasladarse a Inglaterra para obligarme a repartir con él mi dinero. Sabiendo el aborrecimiento que me inspiraba juzgó, y estuvo en lo cierto, que yo le daría dinero a condición de que se marchase. Recibí carta suya anunciándome que llegaba. Aquello coincidía con una crisis de mi vida, y su llegada podría verosímilmente acarrear disgustos, e incluso la vergüenza, sobre una persona a la que yo estaba obligado a poner a salvo de cualquier tentativa de esa clase. Tomé ciertas medidas para estar seguro de que cualquier daño que se produjese me alcanzaría únicamente a mí, y eso fue lo que me obligó a actuar en la forma que tan duramente ha sido juzgada —y al decir esto, se volvió hacia el acusado —. Yo no tuve otro propósito que el de poner a cubierto de todo posible escándalo o deshonor a las personas que me eran queridas. Decir que la presencia de mi hermano acarrearía el escándalo y el deshonor no era sino afirmar que ocurriría lo que ya había ocurrido. Mi hermano llegó en persona cierta noche, no mucho después de que yo recibí su carta. Me encontraba en mi despacho, después de haberse acostado la servidumbre, cuando escuché ruido de pasos en la gravilla del camino del jardín, y un instante después vi su cara que me estaba observando por la ventana. Iba rasurado, lo mismo que yo, y el parecido entre nosotros seguía siendo tan grande que yo pensé por un momento que estaba viendo mi imagen reflejada en el cristal. Fuera de que tenía sobre una ceja un parche oscuro, nuestras facciones eran absolutamente idénticas. Me sonrió con la misma expresión burlona que tenía desde que era niño y yo comprendí que seguía siendo el mismo que me había obligado a abandonar mi país natal, deshonrando un apellido que siempre estuvo rodeado de respetos. Me dirigí a la puerta y le hice pasar. Serían las diez de la noche. Cuando lo pude ver a la luz de la lámpara comprendí en el acto que mi hermano había llegado a días muy malos para él. Vino a pie desde Liverpool, y se encontraba fatigado y enfermo. La expresión de su cara me produjo dolorosa sorpresa. Mis conocimientos médicos me hicieron comprender que padecía alguna grave enfermedad interna. Venía también bebido, y tenía la cara con magulladuras a consecuencia de alguna pelea con algunos marineros. El parche se lo había colocado para ocultar la lastimadura del ojo y se lo

quitó al entrar en la habitación. Vestía chaqueta de marinero y camisa de franela, llevando el calzado completamente roto. Pero su pobreza no había hecho sino exasperar más aún su odio vengativo contra mí. Ese odio se había convertido en monomanía. Me dijo que mientras él se moría de hambre en Suramérica yo había estado nadando en dinero en Inglaterra. Imposible repetirles a ustedes las amenazas y los insultos que salieron de su boca contra mí. Tengo la impresión de que la penuria y la mala vida habían trastornado su razón. Se paseó por el despacho como fiera enjaulada, exigiéndome bebida y dinero, recurriendo a las expresiones más soeces. Yo soy hombre de temperamento arrebatado, pero doy gracias a Dios de poder afirmar que permanecí dueño de mí mismo, y que en ningún momento alcé mi mano contra él. Mi serenidad sólo consiguió aumentar su irritación. Lanzando maldiciones y fuera de sí, me amenazó con sus puños, cuando de pronto sus facciones se acalambraron de una manera horrible, se apretó el pecho con las manos y lanzando un grito agudo cayó redondo a mis pies. Lo levanté del suelo y lo tendí en el sofá, pero no contestó a mis exclamaciones, y la mano que yo tenía entre las mías estaba fría y pegajosa. Había muerto de un ataque al corazón. Su propio arrebato lo mató. Permanecí largo rato inmóvil y como si estuviera sufriendo una pesadilla, con la mirada fija en el cadáver de mi hermano. Volví en mí mismo cuando la señora Woods, a la que había despertado el grito del moribundo, llamó a la puerta del despacho. Le contesté que se retirase a dormir. Poco después llamó algún cliente a la puerta del consultorio, pero como no contesté, se marchó otra vez. Lenta y gradualmente fue tomando forma en mi cerebro un proyecto, de la manera espontánea como suelen formarse. Cuando volví a ponerme en pie estaba ya decidida mi norma futura de conducta, sin que yo hubiese tenido conciencia alguna en aquel proceso mental mío. Fue un instinto el que me empujó de manera irresistible a seguir una línea de conducta. Bishop’s Crossing me resultaba ya odioso, desde que mis asuntos personales habían tomado el giro que he explicado hace un momento. Mi plan de vida se había desbaratado, y en lugar de simpatía, como yo esperaba, había sido objeto de juicios precipitados y de trato poco amable. Es cierto que había desaparecido del panorama de mi vida cualquier peligro de escándalo por causa de mi hermano; sin embargo, el pasado era para mí una llaga dolorosa, y tenía el convencimiento de que las cosas no podían volver ya a su antiguo cauce. Quizá mi sensibilidad estaba exacerbada con exceso, y quizá fui yo injusto en mi tolerancia con otras personas, pero lo cierto es que me hallaba poseído de esa clase de sentimientos. No podía sino acoger con agrado cualquier posibilidad de alejarme de Bishop’s Crossing y de todos cuantos habitaban en ese pueblo. Pues bien, tenía ante mí una probabilidad que jamás me habría atrevido a esperar, una probabilidad que iba a permitirme romper completamente con el pasado. Allí, tendido en el sofá, había un hombre tan parecido a mí, que éramos completamente iguales, salvo un ligero abotargamiento y aspereza en las facciones. Nadie lo había visto entrar y nadie podía echarlo de menos. Tanto él como yo estábamos completamente afeitados, y sus cabellos eran más o menos de

igual largura que los míos. Si yo cambiaba con él las ropas, encontrarían al doctor Aloysius Lana muerto en su despacho, y allí habría acabado la vida de un infeliz y su historia vergonzosa. En mi despacho tenía yo dinero abundante en moneda, y podía llevármelo para empezar a vivir en algún otro país. Marcharía a Liverpool de noche y a pie, sin que nadie reparase en mí; una vez en el gran puerto, no me costaría trabajo encontrar manera de abandonar Inglaterra. Después de fracasadas mis esperanzas, prefería vivir humildemente en donde nadie me conociese que seguir en Bishop's Crossing, donde tenía que verme a cada instante cara a cara con las personas que yo deseaba, si era posible, olvidar. Resolví, pues, llevar a cabo ese cambio. Cambié, pues, de ropas. No quiero entrar en detalles, porque su recuerdo me resulta tan doloroso como lo fue su ejecución; el hecho es que antes de una hora yacía mi hermano vestido hasta en los menores detalles con las ropas mías, mientras yo me deslizaba subrepticiamente por la puerta del consultorio; metiéndome por el sendero de la fachada posterior que cruza por algunos campos, me lancé de la mejor manera que pude en dirección a Liverpool, ciudad a la que llegué aquella misma noche. Lo único que me llevé de la casa fueron mi dinero y un determinado retrato, pero en mis precipitaciones me olvidé del parche que mi hermano llevaba encima del ojo. Todo lo demás que a él le pertenecía me lo apropié. Le doy palabra, señor juez, de que no se me ocurrió ni por un solo instante la idea de que todo el mundo iba a pensar que yo había sido asesinado, ni me supuse que nadie sufriría graves perjuicios por efecto de una estratagema con la que yo pretendía iniciar mi nueva vida. Fue, por el contrario, el pensamiento de que libraba a otras personas de la carga de mi presencia lo que mayor influencia ejerció en mi alma. Aquel mismo día zarpaba de Liverpool un barco de vela con destino a La Coruña; tomé pasaje en el mismo pensando en que el viaje me proporcionaría tiempo para recobrar mi equilibrio moral y para meditar en mi porvenir. Pero me ablandé un día antes de embarcar. Pensé que había en el mundo una persona a la que no tenía derecho a entristecer ni siquiera durante una hora. Por muy duros y agresivos que hubiesen sido conmigo sus parientes, ella llevaría luto por mí en su corazón, porque comprendía y apreciaba los móviles a que había obedecido mi conducta. Si el resto de su familia me censuraba, ella por lo menos no me olvidaría. Por esa razón le envié una carta, exigiéndole secreto, para librarla de un pesar que no se merecía. Si ella ha roto el secreto apremiada por los acontecimientos, yo se lo perdono y guardo para ese acto toda mi simpatía. Hasta anoche no regresé a Inglaterra, y durante mi ausencia no he sabido nada de la sensación producida por mi supuesta muerte ni de la acusación recaída contra Mr. Arthur Morton. En la última edición de un periódico de la tarde leí el relato de la vista de la causa en el día de ayer, por lo que he acudido esta mañana en el más rápido de los expresos, para dar testimonio de la verdad.

Tal fue la extraordinaria declaración del doctor Aloysius Lana, que sirvió para cerrar súbitamente la vista de la causa. Una investigación posterior corroboró sus afirmaciones, hasta el punto de que se puso en claro incluso el nombre del barco en el

que su hermano había llegado desde Suramérica. El médico de ese barco testificó que durante la travesía padeció debilidad del corazón y que los síntomas de la misma hacían prever una muerte como la que había tenido.

El doctor Aloysius Lana regresó a la aldea de la que había desaparecido en forma tan dramática y tuvo lugar una reconciliación completa entre él y el joven terrateniente. Este último reconoció que había estado en un error al apreciar los móviles que habían llevado al doctor Lana a romper su compromiso matrimonial. Una gacetilla que apareció en lugar destacado del *Morning Post* y que copiamos a continuación nos informa de que tuvo lugar también otra reconciliación:

«El día 19 de septiembre, y en la iglesia parroquial de Bishop’s Crossing, el reverendo Stephen Johnson bendijo solemnemente la boda de Aloysius Xavier Lana, hijo de don Alfredo Lana, ministro que fue de Relaciones Exteriores de la República Argentina, con Frances Morton, hija única del difunto James Morton, J. P., de Leigh Hall, Bishop’s Crossing, Lancashire».

El pectoral del pontífice judío

Ward Mortimer, gran amigo mío, era uno de los hombres de su tiempo que más entendían de todo lo relacionado con la arqueología del Oriente. Había escrito profusamente sobre el tema, vivió por espacio de dos años en una tumba de Tebas, mientras realizaba excavaciones en el Valle de los Reyes, y despertó, por último, una gran sensación al exhumar una pretendida momia de Cleopatra en el santuario interior del templo de Horas de Philae. Con una hoja semejante de servicios a la edad de treinta y un años, era opinión general que haría una gran carrera, de modo que nadie se sorprendió cuando lo nombraron director del Belmore Street Museum, que lleva consigo la obligación de dar un curso de conferencias en el Colegio Oriental, y que tiene unos ingresos que han quedado reducidos por el descenso en el precio de la tierra, pero que siguen manteniéndose en esa cifra ideal que basta para estimular al investigador, pero que no es lo bastante grande para enervarlo.

Un solo motivo podía hacer algo embarazoso la situación de Ward Mortimer en el Belmore Street Museum, y consistía en que su antecesor era una eminencia extraordinaria. El profesor Andreas, hombre doctísimo en su especialidad, gozaba de una reputación europea. Sus cursos de conferencias eran atendidos por investigadores procedentes de todas las partes del mundo, y era voz corriente entre todas las sociedades doctas que su manera de conservar la colección confiada a sus cuidados era digna de admiración. Despertó por todo ello profunda sorpresa la noticia de que el profesor Andreas, cuando sólo contaba cincuenta y cinco años de edad, presentase de pronto la dimisión de su cargo y abandonase unos deberes que constituían para él un placer y un medio de vida. Abandonó, en compañía de su hija, el cómodo departamento que tenía asignado para residencia oficial como director del museo, y mi amigo Mortimer, que era soltero, ocupó esas habitaciones.

El profesor Andreas, al enterarse del nombramiento de Mortimer, le escribió una carta muy afectuosa y halagüeña. Yo mismo me encontré presente en la primera entrevista que celebraron, y acompañé a Mortimer en el recorrido del museo mientras el profesor dimisionario iba mostrándonos la colección admirable que durante tanto tiempo había cuidado con el mayor cariño. Nos acompañaron también en ese recorrido la bella hija del profesor y el capitán Wilson, joven que, según creí, contraería pronto matrimonio con ella. Constaba el museo de quince salas, pero las más ricas de todas ellas eran las de Babilonia, la de Siria y el salón central, que contenía las colecciones judaica y egipcia. El profesor Andreas era hombre reposado, severo, entrado en años, de rostro afeitado y maneras impasibles; pero cuando nos hacía resaltar la rareza y la belleza de algunos de los ejemplares expuestos, sus negros ojos relampagueaban y sus facciones adquirían una entusiástica vitalidad. Acariciaba los ejemplares con tal amor, que saltaba a la vista el orgullo que le producían y el dolor que ocultaba en su corazón al entregar a otro el cuidado de los mismos.

Nos había ido mostrando sucesivamente sus momias, sus papiros, sus raros

escarabajos, sus inscripciones, sus reliquias judaicas y su ejemplar duplicado del célebre candelabro de los siete brazos del Templo, que fue llevado a Roma por Tito, y que algunos dan por supuesto que en este mismo instante reposa dentro del lecho del río Tíber. Después de eso se acercó a una vitrina que había en el centro mismo del gran salón y miró a través del cristal con actitud y ademanes reverentes, diciendo:

—Para un especialista como usted, Mr. Mortimer, esto no constituye novedad, pero me atrevo a decir que su amigo Mr. Jackson sentirá interés en contemplarlo.

Me incliné por encima de la vitrina y distinguí un objeto de unas cinco pulgadas en cuadro, consistente en doce piedras preciosas engastadas en oro, con ganchos del mismo metal en dos de los ángulos. Las piedras eran todas de clases y colores diferentes, pero de tamaño idéntico. Su conformación, disposición y gradación de tonos me hicieron pensar en una caja de pinturas a la acuarela. Cada piedra llevaba grabado en su superficie un jeroglífico.

—¿Oyó usted hablar, Mr. Jackson, del *urim* y *thummim*?

Los vocablos no me eran desconocidos, pero mi idea acerca de su significado era extraordinariamente confusa.

—El *urim* y *thummim* es el nombre con que llaman al pectoral precioso que el sumo pontífice de Israel llevaba sobre el pecho. Sentían los judíos profundísima reverencia hacia ese objeto, una cosa parecida a lo que pudiera sentir un romano antiguo por los libros sibilinos que se guardaban en el Capitolio. Como usted ve, tiene doce magníficas piedras preciosas, inscritas con caracteres místicos. Las piedras, contando desde el ángulo superior izquierdo, son: carniola, peridoto, esmeralda, rubí, lapislázuli, ónice, zafiro, ágata, amatista, topacio, berilo y jaspe.

Me quedé poseído de asombro ante la variedad y la belleza de las piedras preciosas y pregunté:

—¿Tiene este pectoral antecedentes especiales?

—Es antiquísimo y de un valor inmenso —me contestó el profesor Andreas—. Sin poderlo afirmar de una manera rotunda, tenemos muchas razones para pensar que bien pudiera ser el *urim* y *thummim* del templo de Salomón. Desde luego, en ninguna colección europea existe otro ejemplar tan bello. Este amigo mío, el capitán Wilson, es una autoridad práctica en piedras preciosas, y él puede decirle todo lo puras que éstas son.

El capitán Wilson, hombre de cara morena y rasgos duros e incisivos, estaba de pie junto a su prometida al otro lado de la vitrina y contestó concisamente:

—Sí, yo no he visto nunca piedras más finas que éstas.

—Sin contar con que el trabajo del oro es también digno de estudio. Los antiguos sobresalían en…

Parecía que se disponía a decir algo en relación con el engaste de las piedras, cuando el capitán Wilson le interrumpió diciendo:

—Como trabajo en oro, podrán examinar un ejemplar mejor en este candelabro.

Al decirlo se volvió hacia otra mesa, y todos le hicimos coro en su admiración

hacia el cuerpo central repujado y hacia los brazos de un delicado trabajo de orfebrería. En conjunto, constituyó una experiencia interesante y nueva el que un técnico tan distinguido nos diese explicaciones acerca de aquellas piezas de museo tan extraordinariamente raras. Cuando, por último, el profesor Andreas dio por terminada nuestra inspección dejando la preciosa colección en manos y al cuidado de mi amigo, no pude menos de compadecer al primero y de envidiar al sucesor, que iba a vivir entregado a una tarea tan agradable. Ward Mortimer se instaló en debida forma antes de que se cumpliese una semana en su nuevo apartamento y se convirtió en el autócrata del Belmore Street Museum.

Unos quince días después dio mi amigo una pequeña cena a seis amigos solteros para celebrar su nombramiento. Cuando se retiraban los invitados, Mortimer me tiró de la manga, dándome a entender que deseaba que me quedase, diciendo:

—Tú vives en Albany y sólo estás a unos centenares de yardas de distancia. No debe importarte, pues, el quedarte para que fumemos juntos y tranquilamente un cigarro. Deseo vivamente que me aconsejes.

Volví a dejarme caer en un sillón y encendí uno de sus excelentes cigarros Matronas. Después de despedir en la puerta al último de sus invitados volvió junto a mí y tomó asiento enfrente, sacando del bolsillo del *smoking* una carta.

—Esta carta anónima la he recibido esta mañana —me dijo—, y quiero que la leas y que me aconsejes,

—Valga poco o mucho mi consejo, yo te lo daré muy a gusto.

—He aquí lo que dice la carta: «Señor. Yo le aconsejaría vivamente que mantenga estrechísima vigilancia sobre los muchos objetos de valor que tiene a su cargo. Yo no creo que sea suficiente el sistema actual de un solo vigilante. Manténgase en guardia, porque, de lo contrario, pudiera ocurrir una desgracia irreparable».

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues bien —le dije—, lo evidente, por lo menos, es que ha sido escrita por una de las pocas personas que están enteradas de que sólo ponéis de noche un vigilante.

Ward Mortimer me entregó entonces la carta, diciéndome con una sonrisa curiosa:

—¿Entiendes algo de escrituras? Pues bien, fíjate en esta otra —puso delante de mí otra carta—. Fíjate en la c de «cargo» y en la c de «congratulo» de la otra carta. Fíjate también en la Y mayúscula. ¡Y en el empleo del guión en lugar del punto!

—Es indudable que ambas escrituras son de la misma mano, aunque en esta carta de ahora se observa cierta tendencia al disfraz.

—Pues la otra carta es la que el profesor Andreas me envió para felicitarme con motivo de mi nombramiento.

Me le quedé mirando atónito. Luego volví la hoja de la carta que tenía en mi mano, y, desde luego, vi la firma de «Martin Andreas». A nadie que tuviera los más superficiales conocimientos de la ciencia grafológica podía caberle duda alguna de que era el profesor quien había escrito la carta anónima previniendo al sucesor suyo

contra un robo. La cosa resultaba inexplicable, pero era absolutamente cierta.

—¿Por qué razón ha podido hacerlo? —pregunté yo.

—Ahí es precisamente donde yo quisiera conocer tu opinión. Si él tenía esas sospechas, ¿por qué no vino y me lo dijo directamente?

—¿Piensas hablar con él a ese respecto?

—También en ese punto tengo mis dudas. Es posible que él optase por negar que haya escrito la carta.

—En todo caso —opiné yo—, esta advertencia está inspirada en un espíritu amistoso, y yo actuaría teniéndolo muy en cuenta. ¿Son las medidas que tenéis tomadas en la actualidad suficientes para impedir cualquier tentativa de robo?

—Yo, al menos, así lo creía. El museo sólo está abierto al público desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, y hay un vigilante por cada dos salas. Ese vigilante se sitúa en la puerta que las divide, de manera que desde ese punto domina las dos salas.

—¿Y durante la noche?

—Una vez que el público se ha retirado, cerramos las grandes contraventanas de hierro, que nos garantizan de una manera absoluta contra toda tentativa de los ladrones. El vigilante nocturno es hombre muy capaz. Monta la guardia en la galería, pero hace cada tres horas una ronda por todas las salas. Toda la noche hay encendida una luz eléctrica en cada sala.

—Resulta difícil sugerir ninguna otra medida más, como no sea la de que los vigilantes de día permanezcan también toda la noche.

—Eso nos sería imposible.

—Por lo menos yo me pondría en comunicación con la Policía, para que ésta situase un guardia ex profeso en la parte exterior del edificio, o sea, en Belmore Street. En cuanto a la carta, si quien la escribe desea permanecer en el anónimo, yo creo que tiene derecho a ello. Debemos dejar que el porvenir nos descubra alguna razón que justifique este sorprendente medio a que ha recurrido.

Con eso dimos por tratado el tema, pero después de que regresé a mis habitaciones no hice otra cosa aquella noche que torturarme el cerebro para dar con el posible móvil que pudo tener el profesor Andreas para escribir una carta anónima de aviso a su sucesor. De que la letra era suya estaba yo tan seguro como si le hubiese visto escribir la carta. Preveía, sin duda, algún peligro para su colección. ¿Presentó quizá la renuncia del cargo precisamente porque preveía ese peligro? En ese caso, ¿por qué vaciló en firmar la carta de advertencia con su propio nombre? Yo daba vueltas y vueltas en la cabeza a esos interrogantes hasta que me quedé amodorrado, con el resultado de que desperté más tarde que de costumbre.

Mi despertar fue llevado a cabo de una manera extraordinaria y eficaz, porque mi amigo Mortimer entró a eso de las nueve como una exhalación en mi cuarto. En su rostro se retrataba la consternación. De ordinario era el hombre más pulcro entre todos mis amigos, pero en ese momento traía un extremo del cuello de la camisa

suelto, el lazo de la corbata deshecho y el sombrero echado completamente hacia atrás. Lo comprendí todo en la expresión alocada de sus ojos, sin darle tiempo a que hablase.

—¡Se ha cometido un robo en el museo! —grité, sentándome en la cama de un salto.

—Eso me estoy temiendo. ¡Las piedras preciosas aquéllas! ¡Las piedras preciosas del *urim* y *thummim*! —jadeó, porque de tanto correr venía sin aliento—. Voy a la comisaría. Y tú, Jackson, ven al museo todo lo antes que te sea posible. ¡Adiós!

Salió corriendo como loco del cuarto y pude escuchar el estrépito de sus pisadas al bajar la escalera.

No me demoré mucho en seguir sus indicaciones, pero para cuando llegué yo, él estaba ya de regreso con un inspector de Policía y con otro caballero anciano, que resultó ser Mr. Purvis, uno de los socios de la firma Morson and Company, los conocidos diamantistas. En su condición de técnico en piedras preciosas acudía siempre que se le necesitaba para orientar con su consejo a la Policía. Todos ellos formaban grupo alrededor de la vitrina en la que había estado expuesto el pectoral del pontífice de Israel. Ese pectoral había sido sacado y estaba sobre la parte superior de la vitrina, con las tres cabezas inclinadas sobre él para examinarlo.

—No cabe la menor duda de que han andado trabajando en el pectoral —dijo Mortimer—. Me di cuenta en el momento mismo en que pasé esta mañana por esta sala. Ayer por la noche lo estuve examinando, de modo que puedo afirmar con certeza que han andado en él durante la noche.

Saltaba a la vista que mi amigo tenía razón al afirmar que alguien había manipulado en el pectoral. Los engarces de la hilera superior de cuatro piedras, a saber, carnolia, peridote, esmeralda y rubí, mostraban asperezas y cortes, como si alguien hubiese raspado a su alrededor. Las piedras estaban en su sitio, pero el hermoso trabajo del orífice que nosotros habíamos admirado pocos días antes había quedado con torpes señales todo alrededor.

—Yo diría que alguien ha tratado de desmontar las piedras preciosas —apuntó el inspector de Policía.

—Lo que yo temo —dijo Mortimer— es que no sólo han tratado de hacerlo, sino que lo han conseguido. Yo creo que estas cuatro piedras son hábiles imitaciones, que han sido colocadas en sustitución de las piedras primitivas.

Esa misma sospecha debió de tener evidentemente el técnico de la firma de joyeros, porque había estado examinando con sumo esmero las cuatro piedras con la ayuda de una lupa. Después de eso hizo con ellas varias pruebas y por último se volvió con expresión alegre hacia Mortimer y le dijo con mucha cordialidad:

—Lo felicito, señor. Yo me juego mi reputación a que las cuatro piedras preciosas son auténticas y de un grado de pureza extraordinario y nada corriente.

El rostro asustado de mi amigo empezó a recobrar el color y respiró profundamente, exclamando después:

—¡Gracias sean dadas a Dios! ¿Pero qué diablos pretendió entonces el ladrón?

—Es probable que se propusiese llevarse las piedras, pero que se vio interrumpido en su tentativa.

—En ese caso, lo lógico habría sido que las arrancase una a una. Aquí se observa que el engarce ha sido aflojado, pero que todas las piedras están en su sitio.

—Desde luego, se trata de un detalle extraordinario —dijo el inspector—. No recuerdo ningún caso que se le parezca. Vamos a interrogar al vigilante.

Se llamó al guarda, que resultó ser un hombre de porte militar y cara honrada, que parecía tan afectado por el suceso como el mismo Ward Mortimer.

—No, señor; yo no oí el menor ruido. Hice mis cuatro rondas de costumbre, sin observar nada sospechoso —dijo, contestando a las preguntas del inspector—. Llevo en mi empleo diez años y jamás me ha ocurrido nada por este estilo.

—¿No habrá podido entrar algún ladrón por la ventana?

—Eso es imposible, señor.

—En ese caso, habrá pasado por la puerta, cruzando por delante de usted.

—De ninguna manera, señor, porque yo no me ausenté sino para hacer mis rondas.

—¿Qué otros medios de entrada tiene el museo?

—Únicamente la puerta que da acceso a las habitaciones particulares de Mr. Ward Mortimer.

—Esa puerta permanece cerrada de noche —explicó mí amigo—, y quien pretendiera llegar a ella desde la calle tendría que abrir también la puerta exterior.

—¿Y sus servidores?

—Sus habitaciones están en sitio completamente independiente.

—Esto resulta, desde luego, muy oscuro, muy oscuro —dijo el inspector—. Sin embargo, de acuerdo con la opinión del señor Purvis, no se ha producido ningún daño.

—Yo estoy dispuesto a declarar bajo juramento que estas piedras son auténticas.

—En ese caso, nos encontraríamos simplemente ante una tentativa malintencionada de causar daño. Sin embargo, yo me alegraría muchísimo de dar una vuelta completa y detenida a todo el local, por si descubrimos algún indicio de quién ha podido ser el visitante.

La investigación que realizó el inspector fue cuidadosa e inteligente y nos llevó toda la mañana, pero sin que resultase nada de ella. Nos hizo ver que existían dos posibles vías de acceso al museo que se nos habían pasado por alto. Una de ellas desde las bodegas, por una puerta de trampa que daba al pasillo. La otra por una claraboya desde la buhardilla, que caía encima mismo de la sala a la que el intruso había entrado. Como el ladrón no podía haber entrado en la bodega ni en la buhardilla si antes no hubiese estado ya en el interior de las puertas cerradas, el asunto no tenía ninguna trascendencia práctica, y la capa de polvo de la bodega y del ático nos dio la seguridad de que no se había servido ni de aquélla ni de éste. En resumidas cuentas,

al final estábamos igual que al principio, sin la menor pista sobre cómo, por qué o por quién habían sido tocados los engarces de las cuatro piedras preciosas.

A Mortimer sólo le quedaba una medida que tomar, y la tomó. Dejando que la Policía prosiguiese sus infructuosas investigaciones, me invitó a que le acompañase aquella tarde a visitar al profesor Andreas. Se llevó con él las dos cartas, y su propósito era decirle abiertamente a su antecesor que era él quien había escrito el aviso anónimo, y que debía explicar el hecho de que conociese por anticipado y con tal exactitud lo que posteriormente había ocurrido. El profesor residía en un pequeño chalé de Upper Norwood, pero la criada nos advirtió que no se encontraba en casa. Al ver nuestra expresión de desencanto, nos preguntó si no nos agradaría entrevistarnos con miss Andreas, y nos pasó a la modesta salita.

He dicho ya de una manera incidental que la hija del profesor era una muchacha bellísima, rubia, alta y esbelta, con el cutis de esa tonalidad delicada que los franceses llaman *mat*, es decir, del color del marfil antiguo o del de los pétalos más claros de la rosa de té. Sin embargo, me quedé profundamente sorprendido, al verla entrar en la sala, de lo mucho que había cambiado en el espacio de quince días. Su rostro aparecía macilento y sus ojos brillantes como turbios de preocupación.

—Papá marchó a Escocia —dijo—. Se encuentra, por lo visto, fatigado y con alguna gran preocupación. Salió de aquí ayer.

—También usted parece un poco cansada, miss Andreas —le dijo mi amigo.

—Es que ando muy preocupada por mi papá.

—¿Podría usted darme su dirección en Escocia?

—Sí; vive con su hermano, el Rev. David Andreas, 1, Arran Villas, Ardrossan.

Ward Mortimer anotó la dirección y nos retiramos, sin hablar una palabra del objeto de nuestra visita. Al anochecer de ese día nos encontrábamos en Belmore Street en situación idéntica a la que habíamos estado por la mañana. Nuestra única pista era la carta del profesor, y mi amigo estaba decidido a ponerse al día siguiente en camino para Ardrossan, a fin de llegar hasta el fondo de lo que pudiera haber en la carta anónima. Pero un nuevo hecho vino a alterar nuestros proyectos.

A la mañana siguiente, y a una hora muy temprana, vinieron a despertarme de mi sueño una serie de golpes dados en la puerta de mi dormitorio. Procedían de un mensajero que me traía carta de Mortimer:

—Ven por aquí, porque este asunto está poniéndose cada vez más extraño —me decía la carta.

Cuando, obedeciendo a su llamamiento, llegué al museo encontré a mi amigo yendo y viniendo muy excitado por la sala central, en tanto que el veterano vigilante del local permanecía en un rincón, erguido con tiesura militar. Mi amigo exclamó:

—Mi querido Jackson, no sabes la alegría que me produce el que hayas venido, porque este negocio resulta ya de lo más inexplicable.

—¿Pero qué es lo que ha ocurrido?

Me señaló con un vaivén de la mano la vitrina que contenía el pectoral y me dijo:

—Fíjate en eso.

Así lo hice, y no pude reprimir un grito de sorpresa. Los engarces de la hilera central de piedras preciosas habían sido profanados de manera idéntica a los de la hilera superior. De las doce piedras preciosas, ocho habían sido ya manipuladas de esa forma tan extraordinaria. El engarce de las cuatro piedras de la línea inferior aparecía limpio y sin raspadura alguna. El de todas las demás presentaba un aspecto irregular y raspado.

—¿Habrán sido cambiadas las piedras? —pregunté.

—No. Estoy seguro de que estas cuatro de arriba son las mismas que el técnico dio por auténticas, porque ayer me fijé en este pequeño borde descolorido de la esmeralda. Si no se han llevado las cuatro piedras preciosas de la línea superior, no hay razón tampoco para creer que hayan cambiado las de la línea media. ¿De modo, Simpson, que usted no oyó nada?

—Nada, absolutamente —contestó el vigilante—. Pero cuando hice mi ronda después de amanecer me fijé especialmente en estas piedras, y a la primera ojeada comprendí que alguien había andado en ellas. Entonces le desperté a usted, señor, y se lo dije. Todo el resto de la noche he ido y venido de un lado para otro sin oír el más pequeño ruido ni ver a nadie.

—Ven, Jackson, y desayunaremos juntos —dijo Mortimer, y me llevó a una de sus habitaciones. Una vez allí me preguntó—: Y ahora, ¿qué piensas de esto?

—Que en mi vida he conocido un asunto más inútil, despreciable e idiota que éste. Sólo puede ser obra de un monomaniaco.

—¿No se te ocurre alguna hipótesis que lo explique?

Y de pronto me vino a la cabeza una idea extraña y dije:

—El pectoral constituye una reliquia judaica antiquísima y muy sagrada. ¿No andará en esto algún antisemita? ¿No podría haber algún fanático de esa manera de pensar que, lleno de odio…?

—¡No, no y no! —exclamó Mortimer—. ¡Por ese lado no llegamos a ninguna parte! Un hombre de esa catadura sería capaz de llegar en su locura hasta el extremo de destruir una reliquia judaica, pero ¿cómo diablos es capaz de entretenerse en mordisquear alrededor de cada una de las piedras tan a conciencia que sólo ha podido roer cuatro piedras en una noche? Necesitamos una solución del enigma mejor que ésa, y somos nosotros quienes tenemos que dar con ella, porque me parece que nuestro inspector nos va a poder servir de poco. En primer lugar, ¿qué opinas del vigilante Simpson?

—¿Tienes alguna razón para recelar de él?

—Ninguna, salvo que es la única persona que se queda dentro del museo.

—¿Pero qué motivos puede tener para entretenerse en una obra tan insensata de destrucción? No falta ninguna piedra. Y él no tiene ningún móvil.

—¿Y si se tratara de una monomanía?

—No; yo aseguraría bajo juramento que es un hombre de cerebro sano.

—¿Y no se te ocurre otra hipótesis?

—Sí; estoy pensando en ti. ¿No serás por casualidad sonámbulo?

—Te aseguro que no lo soy.

—Pues entonces, me rindo.

—Pero yo no, y tengo un plan que lo pondrá todo en claro.

—¿El de visitar al profesor Andreas?

—No; encontraremos nuestra solución a una distancia mucho menor que la de Escocia. Verás lo que vamos a hacer: ¿Te acuerdas de la claraboya por la que se domina la sala central? Pues bien: dejaremos encendidas las luces eléctricas de la sala y tú y yo montaremos la guardia en la buhardilla para aclarar el misterio por nosotros mismos. Si nuestro misterioso visitante manipula cada vez cuatro piedras, le quedan todavía cuatro por hacer, y según toda probabilidad, volverá esta noche para completar el trabajo.

—¡Magnífico! —exclamé.

—Mantendremos la cosa en secreto, sin decir nada ni a la Policía ni a Simpson. ¿Me acompañarás?

—Con muchísimo gusto —le contesté—. Quedamos, pues, convenidos.

Aquella noche volví al Belmore Street Museum cuando ya habían dado las diez. Encontré a Mortimer en un estado de excitación nerviosa reprimida, pero era aún demasiado pronto para empezar nuestra guardia, de modo que permanecimos todavía cosa de una hora en sus habitaciones, mirando desde todos los puntos de vista aquel extraño asunto cuya solución nos tenía reunidos allí. Llegó un momento en que el estrépito continuado de la corriente de coches de alquiler y el ruido de pasos precipitados fueron haciéndose menos fuertes y más intermitentes, conforme la gente que había ido a divertirse regresaba a sus hogares o a sus hoteles. Eran cerca de las doce cuando Mortimer me condujo a la buhardilla desde la que se dominaba la sala central del museo.

Mortimer había ido a ese sitio durante el día, cubriendo el suelo con algunas harpilleras de modo que pudiésemos apoyamos con comodidad y mirar directamente al interior del museo. La claraboya era de cristal liso, pero se hallaba cubierta con una capa de polvo, de manera que nadie podría descubrir desde la sala, aunque mirase hacia arriba, que había personas vigilándole. Limpiamos cada uno en un ángulo un pequeño trozo de cristal, quedando de ese modo en disposición de dominar todo el ámbito de la sala que teníamos debajo. Cuantos objetos había en la misma se destacaban con absoluta claridad, iluminados por la fría luz blanca de las luces eléctricas, hasta el punto de que yo distinguía los más pequeños detalles de los objetos contenidos en las distintas vitrinas.

Una guardia de esa clase constituye una excelente lección, puesto que no nos deja otra alternativa que la de mirar fijamente a los objetos junto a los cuales acostumbramos pasar con interés más que desmayado. Yo invertí las horas en estudiar desde mi agujerito de observación todos los ejemplares del museo, desde el

enorme sarcófago apoyado en la pared en que estaba guardada la momia hasta las mismas piedras preciosas que nos habían llevado a ese lugar, y que brillaban y centelleaban en su vitrina de cristal situada debajo mismo de nosotros. Eran muchos los objetos de orfebrería y oro y muchas las valiosas piedras preciosas que estaban guardadas en gran número de vitrinas, pero aquellas doce piedras maravillosas del *urim y thummim* resplandecían y ardían con una luminosidad que eclipsaba todas las demás. Fui estudiando las pinturas de las tumbas de Sícara, los frisos de Karnak, las estatuas de Menfis y las inscripciones de Tebas, pero mis ojos volvían siempre a aquella admirable reliquia judaica, y mi pensamiento al misterio extraordinario que la rodeaba. Estaba yo sumido en esos pensamientos cuando mi acompañante dejó escapar un súbito jadeo, reteniendo el aliento, y me oprimió el brazo con mano convulsa. En el mismo instante descubrí yo lo que de tal manera lo había conmocionado a él.

He dicho ya que a la derecha de la puerta de entrada (es decir, a la derecha de donde mirábamos nosotros, pero a la izquierda conforme se entraba en la sala) había un gran sarcófago de momia apoyado en la pared. Con indecible asombro nuestro, el sarcófago empezó a abrirse lentamente. La tapa se iba alzando paso a paso, y la negra abertura de la misma se iba haciendo cada vez más ancha. Tan suavemente y con tal cuidado se realizaba aquel desplazamiento, que parecía casi imperceptible. Y, conforme estábamos mirando aquello con el aliento en suspenso, surgió una mano blanca y delgada en la abertura, empujando hacia arriba la tapa pintada; luego surgió otra, y, por último, una cara; una cara que ambos conocíamos perfectamente: la del profesor Andreas. Se deslizó sigilosamente fuera del sarcófago, lo mismo que un zorro que sale de su madriguera, volviendo constantemente la cabeza a derecha e izquierda, avanzando, deteniéndose y volviendo a avanzar, como una imagen viviente de la astucia y de la precaución. En un momento dado, bastó un ruido que venía de la calle para dejarlo rígido e inmóvil, escuchando, vuelto el oído en aquella dirección, dispuesto a precipitarse otra vez en el refugio que tenía a sus espaldas. Luego volvió a avanzar sigilosamente, caminando de puntillas, muy suavemente, muy lentamente, hasta que llegó a la vitrina que había en el centro de la sala. Una vez allí extrajo del bolsillo un manojo de llaves, abrió la cerradura de la vitrina, sacó el pectoral judaico y, dejándolo sobre el cristal que tenía delante, empezó a manipular en el mismo con una herramienta pequeña y brillante. Quedaba tan vertical debajo de nosotros, que su cabeza nos impedía ver lo que estaba haciendo, aunque por el movimiento de sus manos adivinábamos que estaba ocupado en terminar aquel sorprendente trabajo de desfiguración que había empezado otras noches.

Por el jadeo de la respiración de mi compañero, y por los respingos nerviosos de la mano de mi amigo, que seguía aferrado con ella a mi muñeca, pude comprender la arrebatada indignación de que estaba poseído al contemplar semejante vandalismo realizado precisamente por la persona de quien menos podía esperarse. Quien se hallaba en ese momento entregado a semejante profanación era precisamente el

hombre que quince días antes se había inclinado con reverencia ante aquella reliquia única en su clase, ponderándonos su antigüedad y su carácter sagrado. Aquello era imposible, inimaginable…, pero, sin embargo, allí teníamos al hombre vestido de negro, de cabellos entrecanos y del brazo tembloroso, bien enfocado por el claro resplandor de la luz eléctrica que había debajo de nosotros. ¿Qué hipocresía inhumana, qué odiosos abismos de maldad contra su sucesor tenían que ocultarse bajo aquella siniestra tarea nocturna? Resultaba doloroso de pensar y terrible de mirar. A mí mismo, que no poseía la exacerbada sentimentalidad del especialista, me resultaba insoportable el mirar y contemplar la mutilación tan calculada de una antiquísima reliquia. Fue un alivio para mí el que mi compañero me tirase de la manga para indicarme que le siguiese. Salió de la buhardilla caminando con paso sigiloso. No abrió la boca hasta que estuvimos dentro de su propio departamento, y entonces pude ver en sus facciones la honda consternación de que estaba poseído.

—¡Ese bárbaro repugnante! ¿Habrías podido imaginarte cosa igual? —exclamó.

—Me ha dejado atónito.

—Ese hombre es un canalla o un lunático. Una cosa u otra. Pronto vamos a salir de dudas. Ven conmigo, Jackson, y llegaremos hasta la raíz de este asunto tan negro.

El pasillo del departamento de mi amigo tenía una puerta por la que se entraba en el museo. Se quitó los zapatos, y yo le imité, abriendo acto continuo con su llave muy suavemente la cerradura. Fuimos avanzando juntos con mucho tiento por las diferentes salas, hasta que tuvimos delante la visión de la gran sala central, y dentro de ella al hombre vestido de negro, que seguía inclinado sobre la vitrina central, entregado a su tarea. Avanzamos hacia él con la misma cautela que le habíamos visto emplear; pero por suaves que fuesen nuestras pisadas no conseguimos apoderamos de él por sorpresa. Mediaría entre él y nosotros una docena de yardas cuando se revolvió sobresaltado, lanzó un ahogado grito de espanto y echó a correr como loco por el museo.

—¡Simpson! ¡Simpson! —rugió Mortimer, y vimos de pronto que la rígida figura del veterano surgía al fondo de las distintas puertas del panorama iluminado por la luz eléctrica. También el profesor Andreas lo vio y se detuvo en su carrera con un gesto de desaliento. En el mismo instante lo sujetábamos mi amigo y yo, poniéndole una mano en cada hombro. El profesor jadeó:

—Sí, caballeros, sí. Iré con ustedes. ¡Por favor, señor Ward Mortimer, condúzcame a sus habitaciones! Comprendo que le debo una explicación.

La indignación de mi amigo era tal, que yo me di cuenta de que no se atrevía a darle la respuesta que habría querido. Caminamos conduciendo entre los dos al anciano profesor, llevando para guardar la retaguardia al atónito vigilante nocturno. Cuando volvimos a estar junto a la vitrina violentada, Mortimer se inclinó y examinó el pectoral. Una de las piedras preciosas de la hilera inferior tenía ya el engarce aflojado de la misma manera que las otras. Mi amigo lo levantó en su mano y gritó, mirando con furor al preso:

—¡Cómo ha podido usted! ¡Cómo ha podido usted!

—¡Sí; es horrible, horrible! —dijo el profesor—. No me extraña su indignación. Lléveme a sus habitaciones.

—¡Pero eso no le librará de que yo lo saque a la vergüenza pública! —gritó Mortimer.

Mi amigo cogió el pectoral y lo llevó con ternura en su mano, mientras yo caminaba al lado del profesor, lo mismo que un guardia junto a un criminal. Entramos en las habitaciones de Mortimer, dejando que el veterano, que no volvía de su asombro, hiciese las hipótesis que mejor le pareciesen. El profesor se sentó en el sillón de Mortimer y se puso tan lívido que nuestros rencores se convirtieron momentáneamente en preocupación. Un buen vaso de aguardiente lo reanimó. Entonces dijo:

—¡Bueno, ya me siento mejor ahora! Estos últimos días han podido más que yo. Estaba convencido de que no podría resistir mucho más. Es una pesadilla, una pesadilla horrible, el verme detenido como ladrón en el que durante tanto tiempo ha sido mi propio museo. Sin embargo, no los censuro a ustedes. No podían obrar de otro modo. Yo esperaba poder dar fin a la tarea sin ser descubierto. Lo de esta noche era el coronamiento de mi obra.

—¿Cómo se las arregló usted para entrar? —preguntó Mortimer.

—Tomándome la excesiva libertad de utilizar su puerta particular. Pero la finalidad que me traía justificaba mi acción. Esa finalidad lo justificaba todo. Cuando sepa lo ocurrido, se tranquilizará usted. Por lo menos no se indignará contra mí. Yo disponía de una llave de la puerta lateral independiente para entrar en el departamento de usted y de otra llave para la puerta de entrada desde ese departamento al museo. Me quedé con ellas cuando hice entrega a usted de la dirección. Ya ve, pues, que no me resultó difícil entrar aquí. Lo hacía cuando circulaba aún la multitud por la calle. Luego me escondía en el sarcófago de la momia, y en cuanto Simpson iniciaba su ronda, yo me refugiaba en él. Siempre le oía venir. Salía de la misma manera que había entrado.

—Se exponía usted a un peligro.

—No tenía más remedio.

—Pero ¿por qué? ¿Qué diablos de finalidad se proponía usted, usted, al hacer una cosa como ésta?

Mortimer señaló con expresión de censura el pectoral que estaba delante de él encima de la mesa.

—No se me ocurrió ninguna otra solución. Por más que trabajé y trabajé con mi pensamiento, no encontraba otra alternativa, como no fuese un vergonzoso escándalo público, y un dolor y un pesar que habrían ensombrecido nuestras vidas. Actué llevado de las mejores intenciones, por increíble que esto les parezca, y únicamente les pido que me escuchen y me permitan demostrárselo.

—Le escucharé lo que tenga usted que decir, antes de tomar ninguna otra medida

—dijo Mortimer con acento adusto.

—Estoy resuelto a no callarme nada y a confiarme por completo a ustedes dos. Dejaré a la resolución de su propia generosidad el decidir la manera que tendrán de emplear los datos que voy a darles.

—Poseemos ya los hechos esenciales.

—Pero, a pesar de ello, ustedes no comprenden todavía nada de lo ocurrido. Empezaré tomando las cosas desde hace algunas semanas, y se lo aclararé todo. Créanme que lo que les diga será la verdad pura y completa. Yo les presenté a ustedes cierta persona que se hace llamar capitán Wilson. Digo que se hace llamar, porque tengo ya razones para creer que no es ése su verdadero apellido. Me llevaría demasiado tiempo el detallar todos los medios a que recurrió para conseguir que me lo presentasen y para ganarse mi amistad y el cariño de mi hija. Se presentó con cartas de colegas extranjeros que me obligaron a atenderlo. Después, y gracias a sus propias dotes, que son muy notables, consiguió llegar a ser visita muy bien recibida en mis propias habitaciones. Al enterarme de que había logrado ganarse el amor de mi hija juzgué prematuro ese hecho, pero no me sorprendió en modo alguno, porque era hombre dotado de un trato encantador y de una conversación que lo habría llevado al primer plano en cualquier círculo social. Se interesaba muchísimo por las antigüedades orientales, y ese interés se hallaba justificado por sus conocimientos en la materia. Muchas veces, en el transcurso de las veladas que pasaba con nosotros, pedía permiso para entrar en el museo con objeto de poder examinar en privado las distintas piezas expuestas en el mismo. Ya se imaginarán ustedes que a mí, tan entusiasta por esta materia, semejante petición me agradaba, y que ninguna sorpresa me producía esa reiteración de sus visitas. Cuando el compromiso con Elisa fue un hecho, apenas dejaba de faltar una noche, dedicando por lo general una o dos horas en la velada al museo. Iba y venía por éste con entera libertad, y yo no tuve incluso ningún inconveniente en que durante algunas noches que yo estaba ausente hiciese él aquí lo que más le agradase. Semejante estado de cosas sólo finalizó cuando yo presenté la dimisión de mi cargo oficial y me retiré a Norwood, con la esperanza de disponer de tiempo para escribir una obra importante que tenía proyectada.

»Apenas habría transcurrido una semana de mi dimisión, cuando comprendí por primera vez la verdadera índole y personalidad del hombre a quien de un modo tan imprudente había yo introducido en mi familia. Debí semejante descubrimiento a cartas que me enviaron mis amigos extranjeros, de las que resultó patente el que las de presentación eran unas puras falsificaciones. Aterrado por aquella revelación, me pregunté cuál podía ser el móvil que había llevado a ese hombre a engañarme mediante un procedimiento tan complicado. Yo soy hombre demasiado pobre para que me señalase como víctima suya ningún cazadotes. ¿Por qué, pues, había venido? Recordé entonces que algunas de las piedras preciosas de mayor valor que había en Europa habían estado bajo mi custodia, y se me vinieron también a la imaginación las excusas ingeniosas de que ese hombre se había servido para manipular con toda

comodidad en las vitrinas en que esas piedras estaban guardadas. Ese hombre era un canalla que proyectaba un robo gigantesco. ¿Cómo podía yo, sin lastimar dolorosamente a mi propia hija, que estaba enamoradísima de él, impedirle que llevase a cabo sus proyectos, cualesquiera que éstos fuesen? El medio a que recurrí fue torpe, pero no se me ocurrió otro más eficaz. Si yo hubiese firmado la carta, lo natural habría sido que usted me pidiese detalles que yo no deseaba dar. Recurrí, pues, a una carta anónima, rogándole que se mantuviese en guardia. No estará de más que les diga que mi cambio de domicilio desde Belmore Street a Norwood no interrumpió las visitas de ese hombre, el que, según yo creo, siente por mi hija un amor verdadero y dominador. Por lo que a ella se refiere, jamás habría creído yo que ninguna mujer pudiera caer de manera tan absoluta bajo la influencia de un hombre. Por lo visto, su fuerte personalidad la dominaba por completo. Yo no me di cuenta de la verdadera situación ni del punto a que habían llegado las cosas entre ellos hasta la noche misma en que vi con claridad el verdadero carácter de aquel hombre. Había dado orden de que cuando se presentase en casa lo pasasen a mi despacho en vez de pasarlo a la sala. Una vez en mi despacho, le dije sin andarme con rodeos que estaba enterado de su verdadera personalidad, que había dado pasos para hacerle fracasar en sus propósitos, y que ni yo ni mi hija queríamos volverlo a ver. Añadí que daba gracias a Dios de que lo había descubierto antes de que pudiera hacer daño a los valiosos objetos que durante toda mi vida yo me había consagrado a proteger.

»Era, sin duda, hombre de nervios de hierro. Mis palabras no despertaron en él ninguna reacción de sorpresa ni de desafío, porque me escuchó con seriedad y suma atención hasta que terminé de hablar. Entonces cruzó el despacho sin decir palabra, y tocó el timbre de llamada. Cuando acudió la criada le dijo: “Pida usted a miss Andreas que tenga la amabilidad de venir al despacho”. Entró mi hija, y aquel hombre cerró la puerta. Luego la cogió de la mano y le dijo: “Elisa, tu padre acaba de descubrir que yo soy un canalla. Sabe ya lo que tú no ignorabas”. Mi hija calló y escuchó. “Dice tu padre que debemos separamos para siempre”, le dijo. Mi hija no retiró su mano. “¿Seguirás siéndome fiel, o harás que desaparezca la última influencia buena que ha entrado en mi vida?” “¡No te abandonaré nunca, John! Nunca, nunca, aunque todo el mundo se vuelva contra ti”, le contestó ella, apasionadamente.

»Fueron inútiles cuantas razones le expuse y cuantas súplicas le hice. Absolutamente inútiles. Había ligado por completo su vida a la de aquel hombre que estaba delante de mí. Pues bien, señores. Mi hija es todo lo que me ha quedado por amar en este mundo, y me sentí angustiado al ver mi impotencia para salvarla de su mina. Ese sentimiento mío de desamparo pareció conmover al hombre causante de mi dolor, y entonces dijo con su habitual serenidad: «Quizá la situación no sea tan mala como usted cree, señor. Yo amo a Elisa con un amor tan firme que basta para regenerar incluso a quien tiene un pasado como el mío. Ayer precisamente le prometí que jamás, en toda mi vida, volvería a hacer nada que pudiera avergonzarla a ella. He

tomado esa resolución, y hasta ahora nunca tomé resolución que no haya cumplido». Su acento daba convicción a sus palabras. Cuando acabó de hablar, metió la mano en el bolsillo y extrajo una cajita de cartón, diciendo: «Voy a darle a usted una prueba de mi resolución. Aquí tienes ya, Elisa, el primer fruto de tu influencia redentora. Acertó usted, señor, al pensar que yo traía determinados designios sobre las piedras preciosas de su museo. Esta clase de aventuras tienen para mí un encanto especial, porque hay en su realización riesgos que igualan al valor del botín. Las célebres y antiquísimas piedras del pontífice israelita constituían un reto a mi audacia y a mi habilidad. Resolví, pues, apoderarme de ellas». «Lo barrunté.» «Pero hay algo que usted no llegó a barruntar.» «¿Y qué fue eso?» «Que las tenía en mi poder. Están dentro de esta cajita». Abrió la cajita y vertió el contenido en el ángulo de mi mesa escritorio. Se me erizaron los cabellos y se me escalofrió todo el cuerpo al ver aquello. Eran doce magníficas piedras cuadradas y grabadas con caracteres místicos. No cabía duda alguna de que eran las *urim* y *thummim*. «¡Santo Dios!», exclamé. «¿Cómo ha podido usted hacerlo sin que se haya descubierto?» «Poniendo en su lugar otras doce, fabricadas ex profeso, y en las que están las originales imitadas de manera tan minuciosa que desafío a cualquiera a que descubra la diferencia.» «Según eso, las piedras que tiene ahora el pectoral son falsas», exclamé. «Lo son desde hace algunas semanas.» Todos permanecimos en silencio, pero mi hija, aunque pálida de emoción, no retiró su mano de la de aquel hombre. Éste dijo: «Ya ves, Elisa, de lo que soy capaz». «Sí, ya veo que eres capaz de arrepentirte y devolver lo que no te pertenece», contestó ella. «¡Gracias a tu influencia! Señor, le entrego las piedras. Haga con ellas lo que mejor le parezca. Pero tenga presente que cualquier cosa que haga en perjuicio mío lo hace en perjuicio del futuro esposo de su propia hija. Elisa, pronto recibirás noticias mías. Es ésta la última vez que doy un disgusto a tu tierno corazón.» Dichas estas palabras, se retiró del despacho y de la casa.

»Mi situación era espantosa. ¿Cómo podía yo devolver aquellas piedras preciosas que estaban en poder mío sin levantar un escándalo y exponerme a la vergüenza pública? Conocía yo a fondo el carácter de mi hija para saber que no sería capaz de dejar de querer a aquel hombre una vez que le había entregado por completo su corazón. Tampoco estaba seguro de obrar bien apartándola de él, ejerciendo como ejercía una influencia tan grande y tan bienhechora sobre el mismo. ¿Me sería posible desenmascararlo a él sin hacer un daño a ella? ¿Hasta qué punto estaba yo justificado en sacarlo a la vergüenza pública después de que se me había entregado inerme y por propio impulso? Medité largamente en todo ello y llegué por último a una decisión que quizá les parezca a ustedes disparatada, pero que, si volviese a encontrarme en el mismo caso, seguiría pareciéndome la mejor de cuantas podía tomar. Mi resolución fue la de volver a colocar las piedras, sin que nadie se enterase de lo ocurrido. Disponía de llaves para penetrar en el museo en cualquier momento y confiaba en evitar cualquier encuentro con Simpson, porque conocía perfectamente su horario y sus normas. Decidí no confiarme a nadie, ni siquiera a mi hija. Dije a ésta que

marchaba de visita a casa de mi hermano en Escocia. Me hacía falta disponer de entera libertad durante algunas noches, sin que me hiciese preguntas sobre mis idas y venidas. Con ese objeto alquilé esa misma noche una habitación en Harding Street diciendo que soy periodista y que trasnocharía mucho. Esa misma noche penetré en el museo y coloqué en sus lugares respectivos cuatro de las piedras auténticas. El trabajo era difícil y me llevó toda la noche. Siempre que oía las pisadas de Simpson, al hacer éste sus rondas, me ocultaba en el sarcófago de la momia. Yo tengo algunos conocimientos de orífice, pero soy infinitamente menos hábil que el ladrón. Éste había movido y vuelto a ajustar los engarces con tanta perfección que nadie habría sido capaz de notar diferencia alguna. Mi trabajo, en cambio, fue tosco y rudimentario. Sin embargo, confiaba en que el pectoral no sería objeto de estudio detenido, ni se descubriría lo desmañado del engarce hasta después de que yo hubiese terminado mi tarea. Al siguiente día reemplacé otras cuatro piedras. Hoy habría dado fin a mi tarea de no ser por la desdichada circunstancia que me ha puesto en la obligación de revelar tantas cosas que yo habría querido que no se conociesen. Hago, señores, un llamamiento a ustedes, a su sentido del honor y a su compasión, antes de que decidan si todo esto que les he relatado ha de quedar entre nosotros o hacerse público. Todo depende de la decisión que ustedes tomen: mi propia felicidad, el porvenir de mi hija, las esperanzas de que ese hombre se regenere.

—Nuestra decisión es que no hay nada malo en lo que acaba bien, y que este asunto queda terminado aquí y ahora mismo. Un orífice experto pondrá mañana a punto los engarces sueltos, y con eso el *urim* y *thummim* se habrá salvado del peligro mayor que lo amenazó desde la destrucción del templo —dijo mi amigo—. Profesor Andreas, aquí tiene usted mi mano, y ojalá que yo, puesto en una situación tan difícil, hubiese sido capaz de portarme con tanta ausencia de egoísmo y de tan digna manera.

Voy a poner una nota a este relato. Elisa Andreas contrajo matrimonio antes de que transcurriese un mes con un hombre que, si yo cometiese la indiscreción de escribir aquí su patronímico y su apellido, resultarían éstos para mis lectores los de una persona extensamente conocida y merecidamente honrada. Pero si se supiese toda la verdad, esa honra no le corresponde a él, sino a la bondadosa joven que tiró de él y le hizo volver sobre sus pasos cuando ya marchaba muy adelante por el ominoso camino del que muy pocos vuelven.

El cuarto de la pesadilla

La sala de estar de la familia Masón era un cuarto muy curioso. En uno de sus lados estaba amueblado con extraordinario lujo. Los mullidos sofás, los sillones bajos y cómodos, las estatuitas voluptuosas y los ricos cortinajes que colgaban de galerías anchas y decorativas de metal trabajado formaban un recuadro muy a propósito para la encantadora dueña de la casa. Mason, hombre de negocios joven, pero de gran fortuna, no había escatimado molestias ni dinero para satisfacer todas las necesidades y todos los caprichos de su bellísima esposa. Era natural que lo hiciese, porque también ella había renunciado a muchas cosas por amor suyo. Ella, la más célebre danzarina de Francia, la heroína de una docena de extraordinarias aventuras de amor, había renunciado a su vida de placeres deslumbrantes con objeto de compartir la suerte de un joven norteamericano cuyas austeras normas de vida tanto se diferenciaban de las suyas. El marido procuraba compensar lo que ella había perdido proporcionándola todo cuanto la riqueza era capaz de conseguir. Quizá algunas personas pensarán que habría dado pruebas de mejor gusto no proclamando ese hecho, no permitiendo que apareciese en letras de molde; pero, fuera de ciertos detalles pequeños como éste, su conducta como marido no dejó de ser ni un solo momento la de un hombre enamorado. Ni siquiera en presencia de espectadores se recataba de exhibir públicamente el amor absorbente que lo dominaba.

Pero la sala en cuestión era extraordinaria. Al principio parecía una cosa que no se salía de lo vulgar; pero después de frecuentarla por algún tiempo se descubrían en la misma unas características siniestras. Era un cuarto silencioso, de una mudez absoluta. En sus ricas alfombras y tapicerías se ahogaban toda clase de pisadas. Ni siquiera un forcejeo, o la caída de un cuerpo, producían el más ligero ruido. Otra característica era lo apagado de sus colores y la luz, que parecía estar pasada siempre por un tamiz. Tampoco su amueblamiento resultaba de gusto uniforme. Se habría dicho que cuando el joven banquero llevaba derrochadas miles de libras en aquel salón íntimo, en aquel estuche para la joya de que era dueño, se dio súbitamente cuenta de que no había calculado el coste de aquello, y no había seguido adelante, por miedo a la bancarrota. Todo el lujo estaba concentrado en la parte del cuarto que daba a la calle concurrida que pasaba por debajo. En cambio, en el lado contrario, el cuarto estaba desnudo, espartano, y reflejaba más bien los gustos de un hombre sumamente ascético y no los de una mujer amante del placer. Quizá por esa razón ella no pasaba en ese cuarto sino algunas horas cada día, dos unas veces, cuatro en otras ocasiones; pero mientras estaba allí vivía intensamente, y Lucila Masón era dentro de aquel cuarto de pesadilla una mujer muy distinta de lo que era fuera de allí, y también mucho más peligrosa.

Peligrosa. Ésa era la palabra. Nadie que hubiese visto su cuerpo delicado descansando encima de la enorme piel de oso con que el sofá estaba revestido habría dudado de su peligrosidad. Lucila descansaba sobre el codo del brazo derecho y

apoyaba su barbilla fina, pero voluntariosa, en la palma de su mano, mientras sus ojos, rasgados y lánguidos, adorables, pero inexorables, miraban frente a ella con una firme intensidad que tenía algo de confusamente espantoso. Era el suyo un rostro encantador, el rostro de una niña; pero la Naturaleza había colocado en ese rostro alguna marca sutil, cierta expresión indefinible, que delataban el demonio que se escondía en el interior. Se había observado que los perros retrocedían al aproximarse a ella y que los niños rompían a llorar y huían cuando pretendía acariciarlos. El instinto profundiza más que la razón.

La tarde a que nos referimos ocurrió algo que la había trastornado profundamente. Tenía en su mano una carta, y la leía y releía con una contracción de sus finas cejas y un adusto apretar de sus labios deliciosos. De pronto experimentó un sobresalto, y una sombra de miedo suavizó la felina amenaza de sus facciones. Se incorporó, apoyándose en su brazo, y clavó con ansiedad su mirada en la puerta. Escuchó atentamente; permaneció escuchando en espera de algo que le causaba espanto. Una sonrisa de alivio jugueteó por un momento en su rostro expresivo. De pronto metió la carta dentro de su escote, con una mirada de horror. Acababa de hacerlo, cuando se abrió la puerta y entró con paso vivo en el cuarto un hombre joven. Era Archie Mason, su esposo, el hombre al que ella había amado; el hombre por el que había sacrificado su celebridad europea; el hombre al que ahora miraba como único obstáculo para su nueva y maravillosa aventura.

El norteamericano era hombre de unos treinta años, completamente afeitado, de miembros atléticos, vestido elegantemente, con un traje de corte ajustado, que marcaba la línea perfecta de su cuerpo. Se quedó cerca de la puerta, cruzado de brazos, mirando fijamente a su mujer; su cara habría podido calificarse de máscara hermosa y curtida del sol de no haber sido por aquellos ojos de mirada cortante. Ella seguía recostada sobre el codo, pero no apartaba sus ojos de los de Mason. Algo espantoso ocultaba aquel silencioso intercambio de miradas. Ambos se interrogaban mutuamente, y ambos hacían pensar en que la respuesta a su interrogación era asunto de vida o muerte. La pregunta del marido podía interpretarse como «¿Qué es lo que has hecho?». Ella, por su parte, parecía estar preguntando: «¿Qué es lo que tú sabes?». Por último, Mason avanzó, se sentó encima de la piel de oso; al lado de Lucila, y agarrando con toda delicadeza entre sus dedos el fino lóbulo de una oreja, volvió hacia él la cara de su mujer y preguntó:

—Lucila, ¿verdad que me estás envenenando?

Ella dio un respingo para evitar su contacto; en su rostro se pintó el horror y las protestas acudieron a sus labios. Demasiado emocionada para hablar, fueron sus manos, extendidas violentamente, y sus facciones convulsas las que exteriorizaron su sorpresa y su cólera. Trató de levantarse, pero los dedos del marido apretaron su presión sobre la muñeca de la mujer. Repitió la pregunta, pero esta vez le dio un significado terrible:

—Lucila, ¿por qué me estás envenenando?

—¡Tú estás loco, Archie, estás loco! —contestó ella jadeante.

La contestación de Masón heló la sangre de Lucila. No supo hacer otra cosa que mirarle fijamente, con los labios pálidos entreabiertos y las mejillas lívidas, en un silencio de desamparo, mientras él extraía de su bolsillo una botellita y se la ponía delante de los ojos, gritando:

—¡Estaba en el estuche de tus joyas!

Por dos veces trató ella de hablar y no pudo. Por fin, las palabras acudieron lentamente, una a una, a sus labios contorsionados:

—Pero nunca llegué a usarlo.

Otra vez buscó él algo en su bolsillo. Sacó un papel, lo desdobló y se lo puso delante de los ojos:

—Es el certificado del doctor Angus. Afirma que contiene doce gramos de antimonio. Tengo también la declaración de Du Val, el farmacéutico que lo vendió.

Daba miedo ver la cara de Lucila. Esas palabras no admitían réplica. No acertaba sino a seguir allí, inmóvil y con la mirada fija y desesperada. Parecía una fierecilla caída en una trampa mortal. Él le preguntó:

—¿Qué contestas?

No obtuvo otra réplica que un movimiento de desesperación y de súplica. Entonces él dijo:

—¿Por qué? Yo necesito saber el porqué.

Mientras Masón hablaba, descubrió el borde de la carta que ella había metido apresuradamente dentro del pecho. Se la arrancó de un tirón. Ella lanzó un grito desesperado y se la quiso quitar, pero él la mantuvo apartada con un brazo mientras leía el escrito. De pronto jadeó:

—¡Campbell! ¡Es de Campbell!

Ella recobró su audacia. Ya no había nada que ocultar. La expresión de su rostro se hizo dura y firme, y sus miradas parecían puñaladas mortales.

—Sí; es de Campbell —gritó.

—¡Santo Dios! ¡Precisamente de Campbell! Se puso en pie y caminó a rápidas zancadas por la sala. Campbell, el más noble entre todos los hombres que él había tratado en su vida: Campbell, cuya historia no era otra cosa que una larga cadena de abnegaciones, de valor, de todas las cualidades que distinguen al hombre elegido. También él era una víctima más de esta sirena, y se había visto arrastrado hasta el punto de traicionar, si no de hecho, con la intención al menos al hombre cuya mano estrechaba como la de un amigo. Aquello parecía increíble…, pero allí estaba, en sus manos, la carta apasionada, suplicante, en la que pedía a su esposa que huyese y compartiese el destino de un hombre pobre de necesidad. Pero, al menos, todas las frases de la carta daban a entender que Campbell no había pensado en la suerte de Masón, que lo habría desembarazado de toda clase de dificultades. Solución tan endemoniada era producto del cerebro astuto y malvado que maquinaba sus planes dentro de aquel cuarto maravilloso.

Masón era un hombre de los que sólo se encuentra uno entre un millón: filósofo, pensador, poseído de una simpatía llena de comprensión y de ternura hacia los demás. Su alma quedó anegada en amargura durante un momento. En ese momento habría sido capaz de matar a su esposa y a Campbell, para después matarse con la serenidad de espíritu propia de quien ha cumplido con lo que era una obligación evidente. Pero un momento después, paseándose por la habitación, empezaron a prevalecer en su cerebro otros pensamientos más benignos. ¿Cómo podía censurar a Campbell? Esta mujer poseía un encanto irresistible, nacido no sólo de su belleza física maravillosa. Parecía dotada de una facultad exclusiva suya: la de interesarse por un hombre, meterse a fuerza de retorcimientos hasta lo más hondo de su conciencia, atravesar aquellos pliegues de su personalidad demasiado sagrados para exponerlos al mundo y aguijonearlo hacia la ambición, e incluso hacia la virtud. Ahí era precisamente donde se descubría la mortífera sabiduría de sus redes. Recordaba lo que a él le había ocurrido. Lucila era entonces una mujer libre —o así, al menos, lo creyó él— y no había encontrado ningún obstáculo para hacerla su esposa. Pero supongamos que hubiese estado casada. ¿Habría sido eso un obstáculo insuperable para él? ¿Habría sido capaz de apartarse de ella sin haber llegado a saciar sus anhelos? Masón no tenía más remedio que confesarse que, a pesar de toda su tenacidad de hombre de la Nueva Inglaterra, no habría podido resignarse. ¿Por qué, pues, sentía tal rencor contra este desdichado amigo suyo que se veía ahora en el mismo caso? Y al pensar en Campbell, su corazón rebosó de piedad y simpatía.

¿Y ella? Allí la tenía, tendida en el sofá, como una pobre mariposa destrozada, con sus ensueños aventados, su conjura descubierta, las perspectivas de su porvenir tétricas y llenas de peligros. Y el corazón de Masón se sintió invadido de compasión, incluso hacia ella, convicta de envenenadora. Conocía detalles de su vida pasada. La echaron a perder desde la cuna a fuerza de mimos, de falta de frenos, de no domar sus instintos, de dejarla que se saliese siempre con la suya, a fuerza de astucia, de belleza y de encantos. Jamás encontró un obstáculo en su camino. Ahora que surgía uno había querido apartarlo, en un acceso de locura y de perversidad. Pero si ella había querido apartar a toda costa el obstáculo, ¿no significaba eso mismo que él, Masón, había sido encontrado falto de peso, es decir, que él no era el hombre capaz de proporcionarle la paz del alma y la satisfacción interior? Él era demasiado severo y demasiado razonable para aquel temperamento de alas inquietas y alegre. Él era un hombre del Norte y ella una mujer del Sur, a los que había juntado fuertemente la ley de los contrastes, pero sólo de un modo pasajero. Él debió preverlo, sí; debió haberlo comprendido. Sintió que su corazón se compadecía de ella como se habría compadecido de una niña que se encuentra en una situación dolorosa e irremediable. Estuvo un rato paseándose por la sala sin decir palabra, con los labios apretados, con los puños apretados hasta clavarse las uñas en la carne. De pronto, en un arranque brusco, sentóse junto a Lucila y oprimió entre las suyas las manos frías e inertes de la joven. Un pensamiento se abrió paso en su cerebro: «¿Es esto que hago un acto de

caballerosidad o de cobardía?». Esa pregunta resonó en sus oídos, tomó forma en letras ante sus ojos, y casi le pareció que tomaba forma exterior y material de modo que todo el mundo podía leer esas letras.

La lucha interna había sido terrible pero él se había dominado, y dijo.

—Querida, tú misma vas a elegir entre nosotros. Si estás verdaderamente segura, segura, ¿use comprendes?, de que Campbell es capaz de hacerte feliz como marido, yo no seré un obstáculo.

—¿Te divorciarías? —jadeó ella.

La mano de Masón apretó la botella del veneno y contestó:

—Llámalo divorcio, si así te parece.

Los ojos de aquella mujer, fijos en Masón, se fueron iluminando con un extraño resplandor. Ella no se había enterado de la existencia de ese hombre dentro de Masón. Desaparecía el norteamericano, rudo y materialista. En su lugar empezaba ella a vislumbrar a un héroe, a un santo, a un hombre capaz de elevarse hasta alturas inhumanas de abnegación. Apretó con sus dos manos la mano de Masón que oprimía la botella fatal y gritó:

—Archie, ¿serías tú capaz de perdonarme hasta eso?

Él la miró y se sonrió:

—Después de todo, no eres sino una niñita voluntariosa.

Ella extendió sus manos para abrazarlo, pero en ese instante dieron unos golpes a la puerta y entró la doncella caminando de la manera muda con que todo se movía dentro del cuarto de pesadilla. Presentó una tarjeta en la bandeja. Lucila miró a Masón y dijo:

—Es el capitán Campbell. No quiero recibirlo.

Masón se puso en pie de un salto.

—Todo lo contrario; llega en buena hora. Hágalo pasar inmediatamente.

Pocos momentos después entraba en la sala mi militar joven, de elevada estatura y rostro bronceado por el sol. Avanzó con una sonrisa en su rostro simpático; pero así que se cerró la puerta y las dos caras que tenía delante recuperaron su expresión natural, se detuvo, indeciso, mirando primero al uno y luego a la otra.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Masón se adelantó hacia él y le puso las manos en los hombros, diciendo:

—No te guardo rencor.

—¿Rencor?

—Estoy enterado de todo. Quizá si yo estuviese en tu lugar y tú en el mío habría hecho lo mismo que has hecho tú.

Campbell se echó atrás y dirigió una mirada interrogadora a la dama. Ésta inclinó la cabeza en señal de asentimiento y luego encogió sus hombros encantadores. Masón se sonrió.

—No temas que te quiera sacar por sorpresa una confesión. Ella y yo hemos hablado con franqueza acerca del asunto. Veamos, Jack. Tú fuiste siempre un buen

sportsman. Mira esta botella. No te importe cómo ha llegado a mis manos. La situación quedará despejada con sólo que tú o yo bebamos su contenido —hablaba como fuera de sí, como si delirase casi—. Lucila, ¿cuál de nosotros va a ser?

En el cuarto de pesadilla venía actuando en todo ese tiempo una fuerza extraña. Había allí un tercer hombre, aunque ninguno de los tres que se encontraban en la crisis del drama de su vida había tenido ni tiempo ni pensamiento para darse por enterado de su presencia. Nadie habría podido decir el tiempo que allí llevaba, ni todo lo que había escuchado. Permanecía agazapado junto a la pared, en el rincón más lejano del pequeño grupo, lo mismo que un siniestro reptil, silencioso e inmóvil, salvo por un leve calambre nervioso de su mano derecha cerrada. Ocultábalo a la vista una especie de caja cuadrada y un puño negro dispuesto astutamente encima, como para ocultar su cara. Había seguido con la mayor atención y ansiedad todas las fases del drama, y casi había llegado el momento de que interviniese. Pero ninguno de los otros tres personajes esperaba esa intervención. Absortos en el juego mutuo de sus propias emociones, habían perdido de vista una fuerza superior a ellos; una fuerza que podía dominar la escena en cualquier momento.

—¿Eres hombre bien templado, Jack? —preguntó Mason.

El militar asintió con un movimiento de cabeza. Pero en ese instante gritó la mujer:

—¡No! ¡Eso no, por amor de Dios!

Masón había quitado el tapón de la botella, y volviéndose hacia una mesita lateral, sacó una baraja. Colocó juntas la botella y las cartas y dijo:

—No debemos cargar sobre ella la responsabilidad. ¡Ea, Jack, la suerte decidirá!

El militar se acercó a la mesa y barajó las cartas fatales. La mujer, apoyándose en una mano, inclinó la cabeza hacia adelante y miró con ojos fascinados.

Entonces, y sólo entonces, descargó el rayo.

El tercer hombre se había erguido, pálido y muy serio.

Los tres restantes se dieron súbitamente cuenta de su presencia y se volvieron hacia él con expresión de ansiosa interrogación en sus miradas. Él los miró con frialdad, con desagrado, con algo en su porte del que es allí el amo.

—¿Qué tal? —preguntaron los tres al mismo tiempo.

—¡Un desastre! —les contestó—. ¡Un desastre! Mañana volveremos a rodar toda la escena.



ARTHUR CONAN DOYLE. Médico, novelista y escritor de novelas policiacas, creador del inolvidable maestro de detectives Sherlock Holmes. Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra). *Estudio en escarlata*, el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje de Holmes con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que le acompañan: su amigo bondadoso y torpe, el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el archicriminal profesor Moriarty. Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina y se dedicó por entero a escribir. Los relatos más valorados de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *El sabueso de Baskerville* (1902) y *Su última reverencia* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso y popularizó el género de la novela policiaca. Surgió, y todavía pervive, el culto al detective Holmes.

Gracias a su versatilidad literaria, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La Guardia Blanca* (1891), *Rodney Stone* (1896) y *Sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro *Historia de Waterloo* (1894). Durante la guerra de los bóers fue médico militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los Bóers* (1900) y *La guerra en Suráfrica* (1902), justificando la participación de su país. Por estas obras se le concedió el título de *sir* en 1902.

Durante la I Guerra Mundial escribió *La campaña británica en Francia y Flandes* (6 volúmenes, 1916-1920) en homenaje a la valentía británica. La muerte en la guerra de su hijo mayor le convirtió en defensor del espiritismo, dedicándose a dar conferencias y a escribir ampliamente sobre el tema. Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924. Murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex).